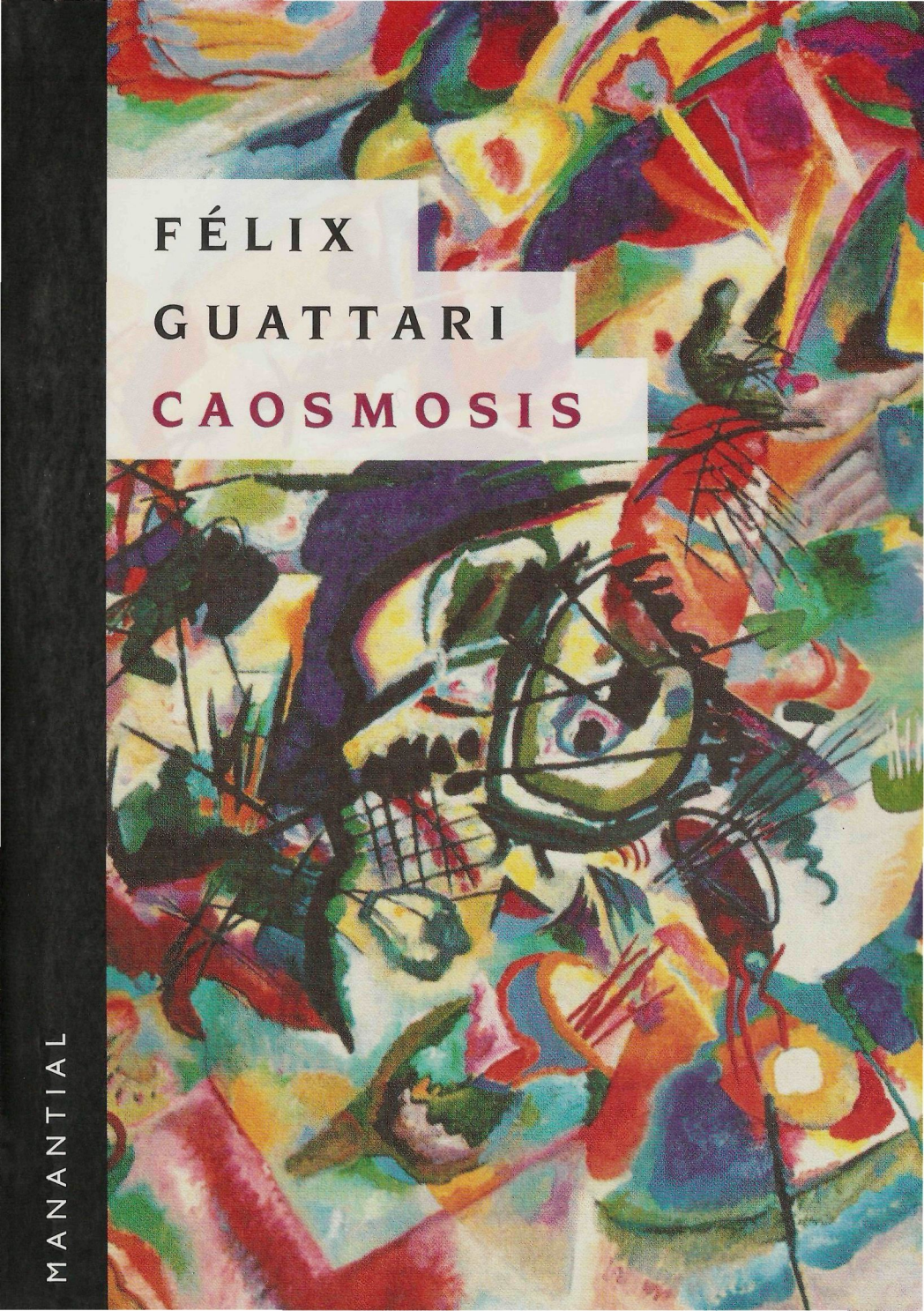


The background of the cover is a vibrant, abstract painting. It features a dense composition of bold, expressive brushstrokes in a wide range of colors including red, yellow, blue, green, and purple. Black lines, some straight and some curved, crisscross the composition, adding a sense of dynamic movement and complexity. The overall effect is one of intense energy and visual chaos, which directly relates to the title 'CAOSMOSIS'.

FÉLIX

GUATTARI

CAOSMOSIS

MANANTIAL

CAOSMOSIS

FÉLIX GUATTARI

Caosmosis

MANANTIAL

Título original: *Chaosmose*
Éditions Galilée, París
© Éditions Galilée, 1992

Traducción: Irene Agoff

Diseño de tapa: Estudio R
Ilustración: W. Kandinsky, *Composición VII*, 1913 (detalle)

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 1996, de la edición en castellano, Ediciones Manantial SRL
Avda. de Mayo 1365, 6° piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

ISBN: 978-987-500-006-3

Derechos reservados

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

“En los suelos de la cubierta, en las paredes del barco, en el mar, con el recorrido del sol en el cielo y el del barco, se dibuja, se dibuja y se diluye con la misma lentitud, una escritura ilegible y desgarradora de sombras, de aristas, de trazos de luz rasgada remendada en los ángulos, triángulos de una geometría fugitiva que se desmorona al capricho de la sombra de las olas del mar. Para después, otra vez, incansablemente, volver a existir.”

MARGUERITE DURAS¹

1. *L'Amant de la Chine du Nord*, Gallimard, 1991, págs. 218-19.
[*El amante de la China del Norte*, Buenos Aires, Tusquets, 1991, pág. 192.]

ÍNDICE

1. Acerca de la producción de la subjetividad	11
2. La heterogénesis maquínica.....	47
3. Metamodelización esquizoanalítica.....	75
4. La caosmosis esquizo	97
5. La oralidad maquínica y la ecología de lo virtual.....	109
6. El nuevo paradigma estético.....	121
7. El objeto ecosófico	145

1. ACERCA DE LA PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

Mis actividades profesionales en el campo de la psicoterapia, a la par que mis compromisos políticos y culturales, me llevaron a enfatizar cada vez más la subjetividad como producida por instancias individuales, colectivas e institucionales.

Considerar la subjetividad desde el ángulo de su producción no implica ningún retorno a los tradicionales sistemas de determinación binaria, infraestructura material-superestructura ideológica. Los diferentes registros semióticos que concurren a engendrar subjetividad no mantienen relaciones jerárquicas obligadas, establecidas de una vez para siempre. Puede ocurrir, por ejemplo, que la semiotización económica se haga dependiente de factores psicológicos colectivos, según permite constatarlo la sensibilidad de los índices bursátiles a las fluctuaciones de la opinión. De hecho, la subjetividad es plural y polifónica, para retomar una expresión de Mijail Bajtin. No conoce ninguna instancia dominante de determinación que gobierne a las demás instancias como respuesta a una causalidad unívoca.

Por lo menos tres órdenes de problemas nos incitan a extender la definición de la subjetividad, superando la oposición clásica entre sujeto individual y sociedad, y por ello mismo a revisar los modelos de Inconsciente actualmente en curso: la irrupción de los factores subjetivos en el primer plano de la actualidad, el desarrollo masivo de las producciones maquinicas de subjetividad y, en último lugar, la reciente acentuación de aspectos etológicos y ecológicos relativos a la subjetividad humana.

Los factores subjetivos ocuparon siempre un lugar importante en la Historia. Pero, al parecer, van adquiriendo un papel preponderante desde que los *mass media* de alcance mundial comienzan a relevarlos. Señalaremos en este libro, de modo sumario, unos pocos ejemplos. El inmenso movimiento lanzado por los estudiantes chinos de la plaza Tiananmen tenía ciertamente por objetivo consignas de democratización política. Pero parece también incuestionable que las contagiosas cargas afectivas de que era portador iban más allá de las simples reivindicaciones ideológicas. Este movimiento puso en juego todo un estilo de vida, una concepción de las relaciones sociales (basada en las imágenes transmitidas por el Oeste), una ética colectiva. ¡Y, a la larga, nada podrán los tanques contra esto! ¡Lo mismo que en Hungría o Polonia, la mutación existencial colectiva tendrá la última palabra! Sin embargo, los grandes movimientos de subjetivación no toman necesariamente un rumbo emancipador. La inmensa revolución subjetiva que atraviesa al pueblo iraní desde hace más de diez años se focalizó a su vez en arcaísmos religiosos y en actitudes sociales globalmente conservadoras, particularmente en lo que se refiere a la condición femenina (cuestión sensible en Francia a raíz de los sucesos del Magreb y de las repercusiones de esta actitud represiva hacia las mujeres en los sectores de inmigrantes).

En el Este, la caída de la cortina de hierro no se produjo bajo la presión de insurrecciones armadas sino por la cristalización de un inmenso deseo colectivo que demolió el sustrato mental del sistema totalitario poststalinista. Fenómeno extremadamente complejo por cuanto combina aspiraciones emancipadoras con pulsiones retrógradas, conservadoras y hasta fascistas, de orden nacionalista, étnico y religioso. En medio de esta tormenta, ¿cómo superarán los pueblos de Europa central y de los países del Este la amarga decepción que les ha reservado hasta ahora el Oeste capitalista? La Historia nos lo dirá. ¡Una Historia portadora quizá de ingratas sorpresas, pero también, por qué no, de un ulterior resurgimiento de las luchas sociales! ¡Cuán asesina habrá sido, en comparación, la guerra del Golfo! A su respecto casi podría hablarse de genocidio pues condujo a la exterminación, sin distinción de pueblos, de muchos más iraquíes que las víctimas causadas en 1945 por las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Con la perspectiva del tiempo, su apuesta aparece claramente como una tentativa de someter a las poblaciones árabes y de adueñarse de la opinión mundial: había que demostrar que el estilo yanqui de subjetivación podía imponerse merced al poder combinado de las armas y de los medios de comunicación.

De una manera general, puede decirse que la historia contemporánea está siendo dominada cada vez más por un incremento de reivindicaciones de singularidad subjetiva: contienen lingüísticas, reivindicaciones autonomistas, cuestiones nacionalísticas, nacionales que, con total ambigüedad, expresan una aspiración a la liberación nacional, pero que por otro lado se manifiestan en lo que yo llamaría reterritorializaciones conservadoras de la subjetividad. Cierta representación univer-

salista de la subjetividad encarnada por el colonialismo capitalista del Oeste y del Este, ha fracasado, sin que hasta ahora se puedan medir plenamente, en su vastedad, las consecuencias de tal derrota. Hoy, como todos saben, el ascenso del integrismo en los países árabes y musulmanes puede tener consecuencias incalculables no sólo sobre las relaciones internacionales sino sobre la economía subjetiva de cientos de millones de individuos. Un angustioso punto de interrogación viene a sellar toda la problemática del desasosiego, pero también del ascenso reivindicativo del tercer mundo, de los países del Sur.

Ante el actual estado de cosas, la sociología, las ciencias económicas, políticas y jurídicas parecen bastante mal pertrechadas para explicar semejante mezcla de arcaizante apego a las tradiciones culturales y, no obstante, de aspiración a la modernidad tecnológica y científica, mezcla que caracteriza al cóctel subjetivo contemporáneo. Por su parte, el psicoanálisis tradicional no está mejor ubicado para afrontar estos problemas, a causa de su manera de reducir los hechos sociales a mecanismos psicológicos. En estas condiciones parece oportuno forjar una concepción más transversalista de la subjetividad, que permita responder a la vez de sus colisiones territorializadas idiosincrásicas (Territorios existenciales) y de sus aperturas a sistemas de valor (Universos incorpóreos) con implicaciones sociales y culturales.

¿Deben considerarse las producciones semióticas de los *mass media*, de la informática, la telemática, la robótica, al margen de la subjetividad psicológica? No lo creo. Así como las máquinas sociales pueden ser ubicadas en el capítulo general de los Equipos colectivos, las máquinas tecnológicas de información y comunicación operan en el corazón de la subjetividad humana, no únicamente en el seno de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos y

de sus fantasmas inconscientes. La consideración de estas dimensiones maquínicas de subjetivación nos mueve a insistir, en nuestra tentativa de redefinición, sobre la heterogeneidad de los componentes que agencian la producción de subjetividad. Encontramos así: 1) componentes semiológicos significantes manifestados a través de la familia, la educación, el ambiente, la religión, el arte, el deporte...; 2) elementos fabricados por la industria de los medios de comunicación, del cine, etc., y 3) dimensiones semiológicas a-significantes que ponen en juego máquinas informacionales de signos, funcionando paralelamente o con independencia del hecho de que producen y vehiculizan significaciones y denotaciones, y escapando, pues, a las axiomáticas propiamente lingüísticas. Las corrientes estructuralistas no dieron a este régimen semiótico a-significante su autonomía ni su especificidad, aunque autores como Julia Kristeva o Jacques Derrida hayan arrojado cierta luz sobre la relativa autonomía de este tipo de componentes. Pero, en general, la economía a-significante del lenguaje se vio reducida a lo que yo llamo máquinas de signos, a la economía lenguajera, significacional de la lengua. Esto es particularmente claro en Roland Barthes, quien refiere los elementos del lenguaje y los segmentos de narratividad a las figuras de Expresión, y otorga a la semiología lingüística una preeminencia sobre todas las semióticas. ¡Fue un grave error de la corriente estructuralista pretender situar todo lo concerniente al psiquismo bajo la única batuta del significante lingüístico! Las transformaciones tecnológicas nos obligan a tomar en cuenta, a la vez, una tendencia a la homogeneización universalizante y reduccionista de la subjetividad y una tendencia heterogenética, es decir, al reforzamiento de la heterogeneidad y de la singularización de sus componentes. El “diseño asistido por computadora” conduce, valga el caso, a la producción de imágenes que se abren a Universos plásticos in-

sospechados –pienso, por ejemplo, en el trabajo de Matta con la paleta gráfica– o a la solución de problemas matemáticos propiamente inimaginable pocos años atrás. Pero también aquí hay que cuidarse de cualquier ilusión progresista o de cualquier visión sistemáticamente pesimista. La producción maquínica de subjetividad puede laborar tanto para lo mejor como para lo peor. Existe una actitud antimodernista consistente en rechazar en bloque las innovaciones tecnológicas, especialmente las ligadas a la revolución informática. Tal evolución maquínica no puede ser juzgada ni positiva ni negativamente; todo depende de lo que llegue a ser su articulación con las conformaciones* colectivas de enunciación. Lo mejor es la creación, la invención de nuevos Universos de referencia; lo peor, la masmediatización embrutecedora a la que millones de individuos están hoy condenados. Las evoluciones tecnológicas, aunadas a experimentaciones sociales en estos nuevos ámbitos, tal vez puedan librarnos de la etapa opresiva actual y hacernos entrar en una era posmediática caracterizada por una reapropiación y una resingularización en la utilización de los medios de comunicación. (Acceso a los bancos de datos, a las videotecas, interactividad entre protagonistas, etc.)

El mismo movimiento de comprensión polifónica y heterogénica de la subjetividad nos lleva a tomar en consideración ciertas investigaciones de aspectos etológicos y ecológicos contemporáneos. Daniel Stern, en *The Interpersonal World of*

* La palabra *agencement*, arreglo, disposición, organización, ordenamiento, de uso generalizado en el libro, se ha traducido como “conformación” [n. del t.].

the Infant,¹ exploró de manera notable las formaciones subjetivas preverbales del niño. El muestra que de ningún modo se trata de “estadios” en el sentido freudiano, sino de niveles de subjetivación que persistirán de forma paralela durante toda la vida. Renuncia, pues, a la ponderación excesiva de la psicogénesis de los complejos freudianos, presentados como “Universales” estructurales de la subjetividad. Pone de relieve, además, el carácter inicialmente transubjetivo de las experiencias precoces del niño, que no disocian el sentimiento de sí del sentimiento del otro. Una dialéctica entre los “afectos compartibles” y los “afectos no compartibles” estructura las fases emergentes de la subjetividad. Subjetividad en estado naciente que no cesará de reaparecer en el sueño, el delirio, la exaltación creadora o el sentimiento amoroso...

La ecología social y la ecología mental hallaron ámbitos privilegiados de exploración en las experiencias de psicoterapia institucional. Pienso obviamente en la clínica de La Borde, donde yo mismo trabajo desde hace mucho tiempo; allí se lo ha dispuesto todo para que los enfermos psicóticos vivan en un clima de actividad y asunción de responsabilidades, con el fin no sólo de promover un ambiente de comunicación sino también para crear focos locales de subjetivación colectiva. No se trata, pues, de una simple remodelación de la subjetividad de los pacientes –tal como preexistía antes de la crisis psicótica– sino de una producción sui generis. Por ejemplo, ciertos enfermos psicóticos oriundos de medios agrícolas pobres serán invitados a practicar artes plásticas, a hacer teatro, video,

1. Nueva York, Basic Book, Inc. Publishers, 1985. Traducido al francés por PUF: *Le monde interpersonnel du nourrisson*, París, 1989. Cf. más adelante, págs. 94-7.

música, etc., universos que hasta entonces les eran ajenos. En cambio, los burócratas e intelectuales se verán atraídos hacia el trabajo material, en la cocina, el jardín, la alfarería, el club hípico. Lo importante no es la mera confrontación con una nueva materia de expresión, sino la constitución de complejos de subjetivación: individuo-grupo-máquina-intercambios múltiples. En efecto, estos complejos ofrecen a la persona posibilidades diversificadas de rehacerse una corporeidad existencial, salir de sus atolladeros repetitivos y en cierto modo resingularizarse. Se operan así injertos de transferencia que no proceden sobre la base de dimensiones “ya ahí” de la subjetividad, cristalizadas en complejos estructurales, sino de una creación y que, por ese carácter, dependen de una suerte de paradigma estético. Se crean nuevas modalidades de subjetivación, del mismo modo que un plástico crea nuevas formas sobre la base de la paleta de que dispone. Dado este contexto, los componentes más heterogéneos pueden concurrir a la evolución positiva de un enfermo: relaciones con el espacio arquitectónico, vínculos económicos, cogestión entre el enfermo y el profesional en diferentes vectores asistenciales, aprovechamiento de todas las ocasiones de apertura al exterior, explotación procesual de las “singularidades” de los acontecimientos; todo cuanto contribuya a crear una relación auténtica con el otro. A cada uno de estos componentes de la institución asistencial le corresponde una práctica necesaria. No estamos frente a una subjetividad dada como un en-sí, sino frente a procesos de toma de autonomía, o de autopoiesis (en un sentido algo diferente del que da a este término Francisco Varela²).

Veamos ahora un ejemplo de explotación de los resortes etológicos y ecológicos de la psique en el campo de las psicoterapias familiares. Lo tomamos de la corriente que, con eje en Mony Elkaïm, intenta desembarazarse del influjo de las teorías sistémicas vigentes en los países anglosajones y en Italia.³ Aquí también la inventividad de las curas nos aleja de los paradigmas cientificistas y nos acerca a un paradigma ético-estético. El terapeuta se compromete, asume riesgos, pone en juego sus propios fantasmas y crea un clima paradójico de autenticidad existencial, combinado con una libertad de juego y de simulacro. La terapia familiar produce subjetividad de la manera más artificial que existe. Se lo comprueba en las sesiones de formación, cuando los terapeutas se reúnen para improvisar escenas psicodramáticas. La escena implica en este caso un escalonamiento de la enunciación: visión de sí mismo como encarnación concreta; sujeto de la enunciación que duplica al sujeto del enunciado y a la distribución de roles; gestión colectiva del juego; interlocución con los comentadores de la escena y, por último, mirada video que restituye en *feed-back* el conjunto de estos niveles superpuestos. Este tipo de performance favorece el abandono de una actitud “realista” que tomaría las escenas vividas como sistemas realmente encarnados en las estructuras familiares. Este aspecto teatral multifacético permite captar el carácter artificial, creacionista de la producción de subjetividad. Subrayemos que la instancia de la mirada video habita en todo instante la visión de los terapeutas. Incluso cuando la cámara está detenida, se toman la costumbre de observar ciertas manifestaciones semióticas que escapan a la mirada corriente. El cara a cara lúdico con los pacientes, la

3. Mony Elkaïm, *Si tu m'aimes, ne m'aime pas*, París, Seuil, 1989.

acogida de las singularidades desarrolladas por esta especie de terapia se diferencian de la actitud del psicoanalista que aparta la mirada, e incluso de la performance psicodramática clásica.

Si nos volvemos hacia la historia contemporánea, hacia las producciones semióticas maquínicas o hacia la etología de la infancia, la ecología social y la ecología mental, asistiremos a un mismo cuestionamiento de la individuación subjetiva, que subsiste, ciertamente, pero acusando el efecto de las conformaciones colectivas de enunciación. La definición provisoria de la subjetividad que me estaría dado proponer en esta etapa como más abarcadora, será: “Conjunto de condiciones por las que instancias individuales y/o colectivas son capaces de emerger como Territorio existencial sui-referencial, en adyacencia o en relación de delimitación con una alteridad a su vez subjetiva”. Sabemos que en ciertos contextos sociales y semiológicos la subjetividad se hace individual; una persona tenida por responsable de sí misma se sitúa en el seno de relaciones de alteridad regidas por usos familiares, costumbres locales, leyes jurídicas... En otras condiciones, la subjetividad se hace colectiva, lo cual no significa que se torne exclusivamente social. El término “colectivo” ha de entenderse aquí en el sentido de una multiplicidad que se despliega a la vez más allá del individuo, del lado del socius, y más acá de la persona, del lado de intensidades preverbales tributarias de una lógica de los afectos más que de una lógica de conjuntos bien circunscritos.

Las condiciones de producción esbozadas en esta redefinición implican, pues, conjuntamente instancias humanas intersubjetivas manifestadas por el lenguaje, instancias sugestivas o identificatorias tributarias de la etología, interacciones insti-

tucionales de diversas naturalezas, dispositivos maquínicos como los que se basan en la asistencia por computadora, Universos de referencia incorporales como los que atañen a la música y a las artes plásticas. Es esencial esta parte no humana pre-personal de la subjetividad, por cuanto sólo a partir de ella se puede desarrollar su heterogénesis. ¡Malamente se cuestionó a Deleuze y Foucault, quienes enfatizaban una parte no humana de la subjetividad, haciéndolos sospechosos de adoptar posiciones antihumanistas! El problema no es ése. Se trata más bien de aprehender la existencia de máquinas de subjetivación que no laboran únicamente en el seno de “facultades del alma”, de relaciones interpersonales o de complejos intrafamiliares. La subjetividad no se fabrica sólo a través de los estadios psicogenéticos del psicoanálisis o de los “mate-mas” del Inconsciente, sino también en las grandes máquinas sociales, masmediáticas o lingüísticas que no pueden calificarse de humanas. Falta hallar aún cierto equilibrio entre los descubrimientos estructuralistas, nada superfluos, evidentemente, y su gestión pragmática, para no sucumbir al abandonismo social posmoderno.

Con su concepto de Inconsciente, Freud postuló la existencia de un continente oculto de la psique en cuyo seno se desplegaría lo esencial de las opciones pulsionales, afectivas y cognitivas. En la actualidad, no es posible disociar las teorías del Inconsciente de las prácticas psicoanalíticas, psicoterapéuticas, institucionales, literarias que hacen referencia a ellas. El Inconsciente ha pasado a ser una institución, un “Equipo Colectivo”, entendido en sentido lato. Queda uno revestido de un inconsciente desde el momento en que sueña, en que delira, en que comete un acto fallido o un lapsus... Indiscutiblemente, los descubrimientos freudianos —que prefiero calificar de invenciones— enriquecieron los ángulos desde los que hoy es posible

abordar la psique, de modo que si hablo aquí de invención... ¡no es en absoluto en un sentido peyorativo! Así como los cristianos inventaron una nueva fórmula de subjetivación, así como la caballería cortés y el romanticismo inventaron un nuevo amor, una nueva naturaleza, así como el bolchevismo inventó un nuevo sentimiento de clase, las diversas sectas freudianas segregaron una nueva manera de sentir y hasta de producir la histeria, la neurosis infantil, la psicosis, la conflictividad familiar, la lectura de los mitos, etc. El propio Inconsciente freudiano evolucionó en el curso de su historia, perdió parte de la riqueza bullente y del inquietante ateísmo de sus orígenes y pasó a centrarse en el análisis del yo, la adaptación a la sociedad o la conformidad con un orden significativo en su versión estructuralista.

Mi perspectiva consiste en hacer transitar las ciencias humanas y las ciencias sociales desde los paradigmas científicistas hacia paradigmas ético-estéticos. El problema ya no es saber si el Inconsciente freudiano o el Inconsciente lacaniano aportan una respuesta científica a los problemas de la psique. Estos modelos sólo serán considerados en su carácter de producción de subjetividad entre otros, inseparables tanto de los dispositivos técnicos e institucionales que los promueven como de su impacto sobre la psiquiatría, la enseñanza universitaria o los *mass media*... De una manera más general, deberá admitirse que cada individuo, cada grupo social vehiculiza su propio sistema de modelización de subjetividad, es decir, una cierta cartografía hecha de puntos de referencia cognitivos pero también míticos, rituales, sintomatológicos, y a partir de la cual cada uno de ellos se posiciona en relación con sus afectos, sus angustias, e intenta administrar sus inhibiciones y pulsiones.

Una cura psicoanalítica nos confronta con una multiplicidad de cartografías: la del analista y la del analizante, pero también la de la familia, el entorno, etc. Sólo la interacción de estas cartografías dará su régimen a las diferentes conformaciones de subjetivación. De ninguna de ellas, sea fantasmática, delirante o teórica, se podrá decir que expresa un conocimiento objetivo de la psique. Todas tienen importancia por cuanto apuntalan un cierto contexto, un cierto marco, una armadura existencial de la situación subjetiva. Nuestra interrogación no es aquí simplemente de orden especulativo, sino que se plantea desde ángulos sumamente prácticos: los conceptos de Inconsciente que se nos proponen en el “mercado” del psicoanálisis, ¿se adecuan a las condiciones actuales de producción de subjetividad? ¿Hace falta transformarlos, inventar otros nuevos? Este problema de modelización (para ser más exactos, de metamodelización psicológica), conduce a evaluar la utilidad de estos instrumentos cartográficos, de estos conceptos psicoanalíticos, sistémicos, etc. ¿Se los utiliza como grilla de lectura global exclusiva y de pretensión científica, o como instrumentos parciales que entran en composición con otros, siendo el criterio último de orden funcional? ¿Qué procesos se desenvuelven en una conciencia ante el choque de lo inhabitual? ¿Cómo se operan las modificaciones de un modo de pensamiento, de una aptitud para aprehender el mundo circundante en plena mutación? ¿Cómo cambiar las representaciones de un mundo exterior, él mismo en pleno cambio? El Inconsciente freudiano es inseparable de una sociedad apegada a su pasado, a sus tradiciones falocráticas, a sus invariantes subjetivas. Las conmociones contemporáneas reclaman sin duda una modelización más orientada hacia el futuro y la aparición de nuevas prácticas sociales y estéticas. La devaluación del sentido de la vida produce la fragmentación de la imagen del yo: sus repre-

sentaciones se tornan confusas, contradictorias. Frente a estos sacudimientos, la mejor actitud es considerar el trabajo de cartografía y modelización psicológica en relación dialéctica con los individuos y grupos involucrados; lo esencial, entre tanto, es seguir el rumbo de una coestión de la producción de subjetividad, desconfiando de las actitudes autoritarias y de sugestión que, aunque el psicoanálisis pretenda haberlas dejado atrás, ocupan un lugar tan importante en él.

Hace mucho tiempo que renuncié al dualismo Consciente-Inconsciente de las tópicas freudianas y a todas las oposiciones maniqueístas correlativas de la triangulación edípica y del complejo de castración. Opté por un Inconsciente que superpone múltiples estratos de subjetivaciones, estratos heterogéneos, de extensión y consistencia variables. Inconsciente, pues, más “esquizo”, liberado de las sujeciones familiaristas, más vuelto hacia praxis actuales que hacia fijaciones y regresiones sobre el pasado. Inconsciente de Flujos y máquinas abstractas más que Inconsciente de estructura y lenguaje. Sin embargo, no atribuyo a mis “cartografías esquizoanalíticas”⁴ el carácter de teorías científicas. Así como un artista toma de sus predecesores y contemporáneos los rasgos que le convienen, del mismo modo invito a quienes me leen a tomar y rechazar libremente mis conceptos. Lo importante no es el resultado final, sino el hecho de que el método cartográfico multicomponential pueda coexistir con el proceso de subjetivación y que resulte así posible una reapropiación, una autopoiesis de los medios de producción de la subjetividad.

¡Desde luego, no equiparo la psicosis a una obra de arte ni al psicoanalista con un artista! Solamente señalo que los re-

4. *Cartographies schizoanalytiques*, París, Galilée, 1989.

gistros existenciales involucrados comprometen una dimensión de autonomía de orden estético. Estamos en presencia de una opción ética crucial: o bien objetivamos, reificamos, “cientifizamos” la subjetividad, o bien, por el contrario, intentamos captarla en su dimensión de creatividad procesual. Kant había establecido que el juicio estético arrastra a la subjetividad y a su relación con el otro a cierta actitud de “desinterés”.⁵ Pero no es suficiente señalar las categorías de libertad y desinterés como dimensiones esenciales de la estética inconsciente; conviene explicitar, además, su modo de inserción activo en la psique. ¿De qué modo ciertos segmentos semióticos adquieren su autonomía, se ponen a trabajar por cuenta propia y a generar nuevos campos de referencia? Sólo a partir de una ruptura semejante se hará posible una singularización existencial, correlativa de la génesis de nuevos coeficientes de libertad. Este desprendimiento de un “objeto parcial” ético-estético del campo de las significaciones dominantes corresponde a la vez a la promoción de un deseo mutante y a la conclusión de una cierta pérdida de interés. Quisiera tender aquí un puente entre el concepto de objeto parcial, o de objeto “a” según lo teorizara Lacan, que señala la autonomización de componentes de la subjetividad inconsciente, con la autonomización subjetiva relativa del objeto estético. Retorna aquí

5. “Se puede decir que, entre estas tres especies de complacencia (lo agradable, lo bello y lo bueno), sólo y únicamente la del gusto por lo bello es una complacencia desinteresada y libre, pues ningún interés, ni el de los sentidos, ni el de la razón, fuerza la aprobación”, Emmanuel Kant, *Critique de la faculté de juger*, París, Vrin, 1986, págs. 54-55. [Cita transcrita de la siguiente versión castellana: *Crítica de la facultad de juzgar*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1992, pág. 127 (n. del t.).]

una problemática de Mijail Bajtin. En su primer ensayo teórico de 1924,⁶ Bajtin pone de relieve la función de apropiación enunciativa de la forma estética por la autonomización del contenido cognitivo o ético, y la conclusión de este contenido en objeto estético, que yo calificaré de enunciador parcial. Mi intento es llevar el objeto parcial psicoanalítico adyacente al cuerpo, punto de enganche de la pulsión, hacia una enunciación parcial. La ampliación de la noción de objeto parcial en la que colabora Lacan al incluir en el objeto “a” la mirada y la voz, debería proseguirse. Se trata de convertir esta noción en una categoría que abarque el conjunto de los focos de autonomización subjetiva relativos a los grupos sujetos, a las instancias de producción de subjetividad maquínica, ecológica, arquitectónica, religiosa, etc. Bajtin describe una transferencia de subjetivación que se opera entre el autor y el contemplador de una obra: el “mirador”, en el sentido de Marcel Duchamp. A su juicio, en este movimiento el “consumidor” pasa a ser en cierto modo co-creador; y la forma estética no alcanza este resultado sino por el sesgo de una función de aislamiento o de separación, de tal suerte que la materia de expresión se torna formalmente creativa. El contenido de la obra se separa de sus connotaciones, tanto cognitivas como estéticas: “el aislamiento o la separación no corresponden a la obra como cosa, sino a su significación, a su contenido, que con gran frecuencia se libera de ciertos lazos necesarios con la unidad de la naturaleza y con la unidad del ser.”⁷ Así pues, es un cierto tipo de

6. “Le problème du contenu, du matériau et de la forme dans l’œuvre littéraire”, en *Esthétique et théorie du roman*, París, Gallimard, 1978.

7. *Op. cit.*, pág. 72.

fragmento de contenido el que “toma posesión del autor”, para engendrar un cierto modo de enunciación estética. En música, como observa Bajtin, el aislamiento y la invención no pueden ser relacionados axiológicamente con el material: “No se aísla el sonido de la acústica, ni se inventa el número matemático que interviene en la composición. Lo que la invención aísla y torna irreversible es el acontecimiento de la aspiración, la tensión valorizante, y gracias a eso se eliminan por sí mismos sin obstáculo y encuentran reposo en su perfeccionamiento.”⁸ En el ámbito de la poesía, la subjetividad creadora, para separarse, autonomizarse, perfeccionarse, se apoderará preferentemente:

1. del costado sonoro del vocablo, de su aspecto musical;
2. de sus significaciones materiales, con sus matices y variantes;
3. de sus aspectos de conexión verbal;
4. de sus aspectos entonativos emocionales y volitivos;
5. del sentimiento de la actividad verbal de engendrar en forma activa un sonido signifiante que comporta elementos motores de articulación, gesto, mímica; sentimiento de un movimiento al que es incitado el organismo entero, tanto la actividad como el alma del vocablo, en su unidad concreta.

Y este último aspecto, declara Bajtin, engloba a los demás.⁹

Estas agudas distinciones pueden conferir una mayor amplitud a nuestro enfoque de la subjetivación parcial. Hallamos

8. *Op. cit.*, pág. 74.

9. *Id.*, pág. 74.

también en Bajtin la idea de irreversibilidad del objeto estético e implícitamente la de autopoiesis, nociones sumamente necesarias en el campo del análisis de las formaciones del Inconsciente, de la pedagogía, de la psiquiatría y, más generalmente, en el campo social devastado por la subjetividad capitalística. Así, pues, no sólo en el ámbito de la música y de la poesía vemos ejercerse tales fragmentos desprendidos del contenido, que yo incluyo en la categoría de los “ritornelos existenciales”. La polifonía de los modos de subjetivación corresponde, en efecto, a una multiplicidad de maneras de “vencer al tiempo”. Otras rítmicas se ven así llevadas a hacer cristalizar conformaciones existenciales que ellas encarnan y singularizan.

Los casos más simples de ritornelos de delimitación de Territorios existenciales pueden ser hallados en la etología de muchas especies de aves. Ciertas secuencias específicas de canto operan al servicio de la seducción del compañero sexual, así como para alejar a los intrusos, anunciar la aparición de predadores...¹⁰ En cada oportunidad, se trata de definir un espacio funcional precisamente determinado. En las sociedades arcaicas, al cumplirse ciertos rituales y por virtud de referencias míticas, otros tipos de Territorios existenciales colectivos se circunscriben en función de ritmos, cantos, danzas, máscaras, marcas en el cuerpo, en el suelo, en los tótems.¹¹ Estas especies de ritornelos se señalan en la Antigüedad griega con los “nomos”, que constituían en cierto modo “indicativos sono-

10. Félix Guattari, *L'Inconscient machinique*, París, Recherche, 1979.

11. Véase el papel de los sueños en las cartografías míticas de los aborígenes de Australia. Barbara Glocewski, *Les Rêveurs du désert*, París, Plon, 1989

ros”, banderas y sellos para las corporaciones profesionales. Pero cada uno de nosotros conoce tales franqueamientos de umbral subjetivos por la puesta en acto de un módulo temporal catalizador que nos sumergirá en la tristeza o bien en una atmósfera de alegría y animación. Con este concepto de ritornelo aludimos no solamente a los afectos masivos, sino también a ritornelos hipercomplejos que catalizan la entrada de Universos incorporales como los de la música o las matemáticas, y que cristalizan los Territorios existenciales más desterritorializados. Este tipo de ritornelo transversalista escapa a una delimitación espacio-temporal estricta. Con él, el tiempo cesa de ser exterior y se convierte en foco intensivo de temporalización. El tiempo universal no aparece, desde esta perspectiva, más que como una proyección hipotética, como un tiempo del equivaler generalizado, como un tiempo capitalístico “aplanado”; mientras que lo esencial radica en esos módulos de temporalización parcial que se ejercen en diversos dominios biológicos, etológicos, socioculturales, maquínicos, cósmicos... y a partir de los cuales los ritornelos complejos constituyen sincronías existenciales muy relativas.

Para ilustrar este modo de producción de subjetividad polifónica en el que un ritornelo complejo desempeña un papel preponderante, consideremos el ejemplo del consumo televisivo. Cuando miro el televisor, yo existo en la intersección entre: 1) una fascinación perceptiva provocada por el barrido luminoso del aparato y que confina con el hipnotismo;¹² 2) una relación de captura con el contenido narrativo de la emisión,

12. En lo que atañe a un reexamen de la hipnosis y de la sugestión, cf. *Le cœur et la raison. L'hypnose en question de Lavoisier à Lacan*, Léon Chertok e Isabelle Stengers, París, Payot.

asociado a una vigilancia lateral respecto de los acontecimientos circundantes (el agua que hierve en la hornalla, un grito infantil, el teléfono...), y 3) un mundo de fantasmas que habitan mi ensoñación... Mi sentimiento de identidad personal se ve atraído, pues, en diferentes direcciones. Atravesado por semejante diversidad de componentes de subjetivación, ¿cómo puedo conservar un sentimiento relativo de unicidad?: gracias a esa ritornelización que me fija ante la pantalla, constituida desde ese momento como nudo existencial proyectivo. Yo soy lo que hay ahí delante. Mi identidad ha pasado a ser el locutor, el personaje que habla en el televisor. Como Bajtin, diré que el ritornelo no descansa en los elementos de formas, de materias, de significación corriente, sino en la separación de un “motivo” (o leitmotiv) existencial que se instaure como “atractor” en medio del caos sensible y significacional. Los diversos componentes conservan su heterogeneidad, pero no obstante son captados por un ritornelo que fija el Territorio existencial del yo. En el caso de la identidad neurótica, el ritornelo puede verse encarnado en una representación “endurecida”, por ejemplo un ritual obsesivo. Si por una razón cualquiera esta máquina de subjetivación se ve amenazada, toda la personalidad puede implotar; es lo que ocurre en la psicosis, en la que los componentes parciales parten en líneas delirantes, alucinatorias... Este concepto paradójico de ritornelo complejo permitirá referir un acontecimiento interpretativo, en una cura psicoanalítica, no ya a Universales o matemas, a estructuras preestablecidas de la subjetividad, sino a lo que yo llamo una constelación de Universos. No se trata de Universos de referencia en general, sino de dominios de entidades incorpóreas que se detectan al mismo tiempo que se los produce y que revelan estar ahí desde siempre, no bien se los engendra. He aquí la paradoja específica de esos Universos: se dan en el ins-

tante creador, como haecceidad, y escapan al tiempo discursivo; son como focos de eternidad anidados entre los instantes. Por otra parte, implican que se tome en cuenta, además de los elementos en situación (familiar, sexual, conflictiva), la proyección de todas las líneas de virtualidad abiertas a partir del acontecimiento de su emergencia. Tomemos un ejemplo simple: un paciente que durante la cura permanece bloqueado en sus problemas, dando vueltas en redondo, atascado en un punto muerto. Un día dice, sin darle demasiada importancia: “Pensé en retomar cursos de manejo de automóviles, pues hace años que no manejo”; o bien: “Tengo ganas de aprender procesamiento de texto”. Para una concepción tradicional del análisis, este tipo de verbalización puede seguir pasando inadvertido. Sin embargo, semejante orden de singularidad es capaz de convertirse en clave disparadora de un ritornelo complejo que modificará no solamente el comportamiento inmediato del paciente, sino que le abrirá nuevos campos de virtualidad: la reanudación del contacto con personas a las que había perdido de vista, la posibilidad de restablecer antiguos paisajes, de reconquistar una seguridad neurológica... Aquí, una neutralidad demasiado rígida, una no intervención del terapeuta resultaría negativa; puede ser necesario cazar la ocasión al vuelo, consentir, asumir el riesgo de equivocarse, probar suerte, decir: “Sí, esa experiencia es tal vez importante”. Tratar el acontecimiento como portador eventual de una nueva constelación de Universos de referencia. Esta es la razón por la que opto en favor de intervenciones pragmáticas orientadas a la construcción de la subjetividad, a la producción de campos de virtualidad no meramente polarizados por una hermenéutica simbólica centrada en la infancia.

Para esta concepción del análisis, el tiempo cesa de ser padecido; es actuado, orientado, objeto de mutaciones cualificativas. El análisis ya no es interpretación transferencial de síntomas en función de un contenido latente preexistente, sino invención de nuevos focos catalíticos susceptibles de bifurcar la existencia. Una singularidad, una ruptura de sentidos, un corte, una fragmentación, el desprendimiento de un contenido semiótico —a la manera dadaísta o surrealista— pueden originar focos mutantes de subjetivación. La química debió comenzar por depurar mezclas complejas para extraerles materias atómicas y moleculares homogéneas y componer a partir de ellas una gama infinita de entidades químicas que antes no existían. Asimismo, la “extracción” y la “separación” de subjetidades [*subjectités*] estéticas o de objetos parciales, en el sentido psicoanalítico, hacen posible una inmensa complejización de la subjetividad, de las armonías, de las polifonías, de los contrapuntos, de los ritmos y las orquestaciones existenciales hasta aquí inéditos e inauditos. Complejización desterritorializante esencialmente precaria, por la constante amenaza de abatimiento reterritorializante; sobre todo en el contexto contemporáneo, donde el primado de los flujos informativos engendrados maquinicamente amenaza conducir a una disolución generalizada de las antiguas Territorialidades existenciales. En las primeras etapas de las sociedades industriales, lo “demónico” continuaba aún aflorando, pero el misterio pasó a ser algo cada vez más raro. Baste evocar aquí la desesperada búsqueda de un Witkiewicz en pos de una última “extrañeza del ser” que parecía escurrírsele literalmente entre los dedos. En estas condiciones, le compete a la función poética, en sentido amplio, recomponer Universos de subjetivación artificialmente rarificados, resingularizados. Para ella no se trata de transmitir mensajes, de inventar imágenes como soportes de identificación o patrones de con-

ducta como sostén de procedimientos de modelización, sino de catalizar operadores existenciales capaces de adquirir consistencia y persistencia.

Esa catálisis poético-existencial, que veremos ejercerse en el seno de discursividades escriturales vocales, musicales o plásticas, compromete de un modo casi sincrónico la cristalización enunciativa del creador, del intérprete y del aficionado a la obra de arte, tanto como del analista y su paciente. Su eficiencia radica en su capacidad para promover rupturas activas, procesuales, en el seno de tejidos significacionales y denotativos semióticamente estructurados, a partir de los cuales pondrá en acción una subjetividad de la emergencia, en el sentido de Daniel Stern. Cuando se desencadena efectivamente en un área enunciativa dada —esto es, situada desde un punto de vista histórico y geopolítico—, una función analítico-poética semejante se instaura como foco mutante de autorreferenciación y de autovalorización. Por esta razón se la deberá considerar siempre desde dos ángulos: 1) en cuanto ruptura molecular, imperceptible bifurcación, susceptible de alterar la trama de las redundancias dominantes, la organización de lo “ya clasificado” o, si se prefiere, el orden de lo clásico; 2) en cuanto selecciona ciertos segmentos de estas mismas cadenas de redundancia para conferirles esa función existencial a-significante que vengo de evocar, para “ritornelizarlas”, para convertirlas en fragmentos virulentos de enunciación parcial que laborarían a título de *shifter* de subjetivación. Poco importa aquí la cualidad del material de base, como se lo ve en la música repetitiva o en la danza Buto que, según el anhelo de Marcel Duchamp, están enteramente vueltas hacia “el mirador”. Lo que importa sobre todo es el impulso rítmico mutante de una temporaliza-

ción capaz de sostener juntos los componentes heterogéneos de un nuevo edificio existencial.

Más allá de la función poética, se plantea la cuestión de los dispositivos de subjetivación. Y, más precisamente, aquello que debe caracterizarlos para que abandonen la serialidad —en el sentido de Sartre— y entren en procesos de singularización que restituyan a la existencia lo que podríamos llamar su autoesencialización. Abordamos una época en que, al diluirse los antagonismos de la guerra fría, aparecen de manera más neta las amenazas mayores que nuestras sociedades productivistas hacen pesar sobre la especie humana. Nuestra supervivencia en este planeta está amenazada no sólo por las degradaciones ambientales, sino también por la degeneración del tejido de solidaridades sociales y de los modos de vida psíquicos que conviene, literalmente, reinventar. La refundación de lo político deberá pasar por las dimensiones estéticas y analíticas que se implican en las tres ecologías del ambiente, el *socius* y la psique. No se puede concebir como respuesta al envenenamiento de la atmósfera y al recalentamiento del planeta debidos al efecto invernadero, una simple estabilización demográfica, sin una mutación de mentalidades, sin la promoción de un nuevo arte de vivir en sociedad. No se puede concebir disciplina internacional alguna en este dominio, si no se da solución a los problemas del hambre en el mundo, a la hiperinflación en el tercer mundo. No se puede concebir una recomposición colectiva del *socius*, correlativa de una resingularización de la subjetividad, sin una nueva manera de concebir la democracia política y económica, en el respeto de las diferencias culturales, y sin múltiples revoluciones moleculares. No se puede esperar un mejoramiento de las condiciones de vida de la especie humana sin un esfuerzo considerable de promoción de la condición femenina. El conjunto de la división del trabajo, sus mo-

dos de valorización y sus finalidades deben ser igualmente replanteados. La producción por la producción misma, la obsesión por los índices de crecimiento, sea en el mercado capitalista o en economías planificadas, conduce a absurdos monstruosos. La única finalidad aceptable de las actividades humanas es la producción de una subjetividad que autoenriquezca de manera continua su relación con el mundo. Los dispositivos de producción de subjetividad pueden existir tanto a escala de megapolos como a la de los juegos de lenguaje de un individuo. ¡Y para captar los resortes íntimos de esta producción –esas rupturas de sentido autofundadoras de existencia–, quizá la poesía tiene hoy más para enseñarnos que las ciencias económicas, las ciencias humanas y el psicoanálisis juntos!

Las transformaciones sociales contemporáneas proceden, por una parte, a gran escala, sea por mutaciones de subjetividad relativamente progresistas o bien moderadamente conservadoras, como se observa en los países del Este, o de modo francamente reaccionario y hasta neofascista en los países de Medio Oriente; al mismo tiempo, dichas mutaciones pueden producirse a escala molecular, microfísica en el sentido de Foucault, en una actividad política, en una cura analítica, en la instalación de dispositivos para cambiar la vida del entorno, el modo de funcionamiento de una escuela o de una institución psiquiátrica: en cualquier caso, la sinergia de estos dos procesos llama a abandonar el reduccionismo estructuralista y a refundar la problemática de la subjetividad. Subjetividad parcial, prepersonal, polifónica, colectiva y maquínica. Fundamentalmente, la cuestión de la enunciación se ve aquí descentrada con respecto a la de la individuación humana. Se torna correlativa no sólo de la emergencia de una lógica de las intensidades no discursivas, sino igualmente de una incorporación-aglomeración pática de estos vectores de subjetividad parcial.

Conviene, entonces, renunciar a las pretensiones habitualmente universalistas de las modelizaciones psicológicas. Los contenidos supuestamente científicos de las teorías psicoanalíticas o sistémicas (lo mismo que las modelizaciones mitológicas o religiosas, o aun las modelizaciones mitológicas del delirio sistemático...) valen esencialmente por su función existencializante, es decir, de producción de subjetividad. En estas condiciones, la actividad teórica se reorientará hacia una metamodelización capaz de responder por la diversidad de sistemas de modelización. En particular, es importante situar la incidencia concreta de la subjetividad capitalística (subjetividad del equívoco generalizado) en el contexto de desarrollo continuo de los *mass media*, de los Equipamientos Colectivos y de la revolución informática, que parece llamada a encubrir con su grisalla los menores gestos, los últimos recovecos de misterio del planeta.

Nos propondremos descentrar, pues, la cuestión del sujeto respecto de la cuestión de la subjetividad. El sujeto fue concebido tradicionalmente como esencia última de la individuación, como pura aprehensión pre-reflexiva, vacía, del mundo, como foco de la sensibilidad, de la expresividad, unificador de los estados de conciencia. Con la subjetividad se pondrá más el acento en la instancia fundadora de la intencionalidad. Se trata de tomar la relación entre el sujeto y el objeto por el medio y de llevar al primer plano la instancia expresante (o el Interpretante de la tríada de Peirce). Se replanteará, en consecuencia, el problema del Contenido. El Contenido participa de la subjetividad, dando consistencia a la cualidad ontológica de la Expresión. En esta reversibilidad del Contenido y la Expresión reside lo que yo denomino función existencializante. Partiremos, pues, de un primado de la sustancia enunciativa sobre la dupla Expresión y Contenido.

He creído hallar una alternativa válida a los estructuralismos inspirados en Saussure, echando mano a la oposición Expresión/Contenido según fuera concebida por Hjelmslev,¹³ es decir, fundada precisamente en una reversibilidad posible entre la Expresión y el Contenido. Más allá de Hjelmslev, propongo considerar una multiplicidad de instancias expresantes, sean del orden de la Expresión o del Contenido. En vez de recurrir a la oposición Expresión/Contenido, que en Hjelmslev continúa duplicando el par significante/significado de Saussure, se trataría de poner en paralelo, en polifonía, una multiplicidad de componentes de Expresión o sustancias de Expresión. La dificultad consiste en que el propio Hjelmslev empleaba la categoría de sustancia en una tripartición de materia, sustancia y forma, relativa por una parte a la Expresión y por otra al Contenido. Para este autor, la unión entre la Expresión y el Contenido se realizaba en el nivel de la forma de Expresión y de la forma del Contenido, que él identificaba una con otra. Esta forma común y conmutante resulta algo misteriosa, pero representa, a mi entender, una intuición genial, al plantear la cuestión de la existencia de una máquina formal, transversal a toda modalidad, sea de Expresión o de Contenido. Habría, pues, un puente, una transversalidad entre la máquina de discursividad fonemática y sintagmática de la Expresión propia del lenguaje, por un lado y, por el otro, el recorte de las unidades semánticas del Contenido (por ejemplo, la manera como

13. Louis Hjelmslev, *Prolégomènes à une théorie du langage*, París, Minuit, 1968; *Le langage*, París, Minuit, 1969; *Essais linguistiques*, París, Minuit, 1971; *Nouveaux essais*, París, PUF, 1985.

se establecerá una clasificación de los colores o de las categorías animales). Yo aplico a esta forma común el nombre de máquina desterritorializada, máquina abstracta. No es nueva esta noción de máquina semiótica abstracta: se la encuentra en Chomsky, quien postula su existencia en la raíz de la lengua. Sólo que este concepto, esta oposición Expresión/Contenido y este concepto chomskiano de máquina abstracta, permanecerían aún demasiado apegados al lenguaje. Nuestra ambición, en cambio, es situar la semiología en el marco de una más amplia concepción maquínica de la forma, que nos libere de la simple oposición lingüística Expresión/Contenido y nos permita integrar en las conformaciones enunciativas un número indefinido de sustancias de Expresión, como las codificaciones biológicas o las formas de organización propias del *socius*. En esta perspectiva, la cuestión de la sustancia enunciativa debería abandonar igualmente el marco de la tripartición de Hjelmslev materia-sustancia-forma (con la forma cayendo “como una red” sobre la materia para engendrar la sustancia, tanto de Expresión como de Contenido). Se trataría de hacer estallar de manera pluralista el concepto de sustancia, a fin de promover la categoría de sustancia de Expresión no sólo en los dominios semiológicos y semióticos, sino también en dominios extralingüísticos, no humanos, biológicos, tecnológicos, estéticos, etc. El problema de la conformación de enunciación no sería ya específico de un registro semiótico, sino que atravesaría un conjunto de materias expresivas heterogéneas. Transversalidad, pues, entre sustancias enunciativas que pueden ser, por una parte, lingüísticas pero, por otra parte, de orden maquínico, desarrollándose a partir de “materias no semióticamente formadas”, para recoger otra expresión de Hjelmslev. La subjetividad maquínica, la conformación maquínica de subjetivación aglomera estas diferentes enunciacio-

nes parciales y se instaura en cierto modo antes y al lado de la relación sujeto-objeto. Tiene, por añadidura, un carácter colectivo, es multi-componencial, es una multiplicidad maquínica. Y, por último, entraña dimensiones incorpóreas, en lo cual reside quizá su aspecto más problemático y que Noam Chomsky aborda sólo de manera lateral cuando intenta recoger el concepto medieval de Universales.

Las sustancias expresivas lingüísticas y no lingüísticas se instauran en la intersección de eslabones discursivos pertenecientes a un mundo finito preformado (el mundo del gran Otro lacaniano) y de registros incorpóreos de virtualidades creacionistas infinitas (que por su parte nada tienen que ver con los “matemas” lacanianos). En esta zona de intersección se fusionan, y encuentran su fundamento, el sujeto y el objeto. Es éste un dato en torno al cual se movieron los fenomenólogos al mostrar que la intencionalidad es inseparable de su objeto y depende de un más acá de la relación discursiva sujeto-objeto. Ciertos psicólogos pusieron el acento sobre las relaciones de empatía y de transitivismo en la infancia y en la psicosis. Lacan, en sus primeras obras, cuando acusaba aún la influencia de la fenomenología, recordó la importancia de este tipo de fenómeno. A grandes rasgos, se puede decir que el psicoanálisis nació de este punto de fusión objeto-sujeto que vemos operar en la sugestión, la hipnosis, la histeria. En el origen de la práctica y la teoría freudianas hay un intento de leer el transitivismo subjetivo de la histeria. Por otra parte, y ya en la época de Lévi-Bruhl, Prieziuski, etc., los antropólogos mostraron la existencia en las sociedades arcaicas de lo que ellos llamaban una “participación”, una subjetividad colectiva que investía cierto tipo de objeto y que se situaba en posición de foco existencial del grupo. En investigaciones sobre las nuevas formas de arte (como las de Deleuze sobre el cine) veremos, por

ejemplo, que imágenes-movimiento e imágenes-tiempo se constituyen en germen de producción de subjetividad. No estamos en presencia de una imagen pasivamente representativa, sino de un vector de subjetivación. Henos aquí, pues, confrontados con un conocimiento pático, no discursivo, dado como una subjetividad a cuyo encuentro salimos, subjetividad absorbente, propuesta de entrada en su complejidad. Podríamos referir su intuición a Bergson, quien explicó la experiencia no discursiva de la duración oponiéndola a un tiempo recortado en presente, pasado y futuro, en conformidad con esquemas espaciales. Es verdad que esta subjetividad pática, más acá de la relación sujeto-objeto, continúa actualizándose a través de las coordenadas energético-espacio-temporales, en el mundo del lenguaje y de múltiples mediaciones; pero lo que permite captar el mecanismo de la producción de subjetividad es la aprehensión, a través de ella, de laseudodiscursividad, de un desvío de discursividad instaurado en el fundamento de la relación sujeto-objeto, comoseudomediación subjetiva.

Esa subjetivación pática, en la raíz de todos los modos de subjetivación, queda ocultada en la subjetividad racionalista capitalística que tiende a soslayarla sistemáticamente. La ciencia se construye sobre una puesta entre paréntesis de estos factores de subjetivación, que no vienen a la Expresión sino dejando fuera de la significación ciertos eslabones discursivos. El freudismo, aunque impregnado de cientificismo, puede caracterizarse en sus primeras etapas como una rebelión contra el reduccionismo positivista que tendía a pasar por alto estas dimensiones páticas. Aquí, el síntoma, el lapsus, el chiste se conciben como objetos separados gracias a los cuales un modo de subjetividad que ha perdido su consistencia puede hallar el camino de una “puesta en existencia”. El síntoma funciona como ritornelo existencial a partir de su propia repetitividad. La

paradoja radica en que la subjetividad pática tiende a quedar constantemente desalojada de las relaciones de discursividad, mientras que los operadores de discursividad se fundan esencialmente en ella. La función existencial de las conformaciones de enunciación consiste en esta utilización de eslabones de discursividad para establecer un sistema de repetición, de insistencia intensiva, polarizado entre un Territorio existencial territorializado y Universos incorporales desterritorializados: dos funciones metapsicológicas que podemos calificar de onto-genéticas. Los Universos de valor referencial confieren su textura propia a las máquinas de Expresión articuladas en *Phylums* maquínicos. Los ritornelos complejos, más allá de los simples ritornelos de territorialización, declinan la consistencia singular de esos Universos. (Por ejemplo, la aprehensión pática de las resonancias armónicas basadas en la gama diatónica despliega el “fondo” de consistencia de la música polifónica, como, en otro ámbito, la aprehensión de la concatenación posible de los números y algoritmos despliega el de las idealidades matemáticas.) La consistencia maquínica abstracta conferida de este modo a las conformaciones de enunciación reside en el escalonamiento y ordenamiento de los niveles parciales de territorialización existencial. El ritornelo complejo funciona, por añadidura, como interfaz entre registros actualizados de discursividad y Universos de virtualidad no discursivos. El aspecto más desterritorializado del ritornelo, su dimensión de Universo de valor incorporal, toma el control de los estratos más territorializados. Lo hace a través de un movimiento de desterritorialización que desarrolla campos de posible, tensiones de valor, relaciones de heterogeneidad, de alteridad, de devenir otro. La diferencia entre estos Universos de valor y las Ideas platónicas es que no tienen ningún carácter de fijeza. Se trata de constelaciones de Universos en cuyo se-

no un componente puede afirmarse sobre los demás y modificar la configuración referencial inicial y el modo de valorización dominante. (Por ejemplo, veremos afirmarse en la Antigüedad el primado de una máquina militar basada en las armas de hierro, sobre la máquina de Estado despótico, la máquina de escritura, la máquina religiosa, etc.) La cristalización de una constelación semejante podrá ser “superada” en el transcurso de la discursividad histórica, pero nunca borrada en cuanto ruptura irreversible de la memoria incorporal de la subjetividad colectiva. Nos situamos aquí, pues, totalmente fuera de la visión de un Ser que atravesaría intacto la historia universal de las composiciones ontológicas. Existen constelaciones incorporales singulares que pertenecen a la historia natural y a la historia humana y al mismo tiempo se salen de ellas por mil líneas de fuga. A partir del momento en que hay surgimiento de Universos matemáticos, ya no es posible hacer que las máquinas abstractas que los sostienen no hayan existido ya en cualquier otra parte y desde siempre, y que no se proyecten sobre posibles venideros. Ya no se puede hacer que la música polifónica no haya sido inventada para la sucesión de los tiempos pasados y futuros. He aquí el primer cimiento de consistencia ontológica de esa función de subjetivación existencial, situada en la perspectiva de cierto creacionismo axiológico.

El segundo es el de la encarnación de estos valores en la irreversibilidad del ser-ahí de los Territorios existenciales, que confieren a los focos de subjetivación su sello de autopoiesis, de singularización. En la lógica de los conjuntos discursivos por la que se rigen los dominios de los Flujos y *Phylums* maquínicos, existe siempre una separación entre los polos del sujeto y del objeto. La verdad de una proposición responde al

principio del tercero excluido; cada objeto se presenta en una relación de oposición binaria con un “fondo”. En la lógica pática, por el contrario, ya no se puede circunscribir ninguna referencia global extrínseca. La relación objetal se encuentra precarizada, así como cuestionadas las funciones de subjetivación. El Universo incorporal no se apoya en coordenadas amarradas al mundo, sino en ordenadas, en una ordenación intensiva enganchada, mal que bien, a esos Territorios existenciales. Territorios que pretenden englobar en un mismo movimiento el conjunto de la mundanidad, y que no descansan de hecho sino sobre ritornelos irrisorios que permiten medir, si no su vacuidad, al menos el grado cero de su intensidad ontológica. Territorios, pues, jamás dados como objeto sino siempre como repetición intensiva, lancinante afirmación existencial. Y, lo repito, esta operación se efectúa tomando en préstamo eslabones semióticos desprendidos y desviados de su vocación significacional o de codificación. Aquí, una instancia expresiva se funda en una relación materia-forma que extrae formas complejas a partir de una materia caótica.

La lógica de los conjuntos discursivos encuentra una especie de consumación desesperada en la del Capital, el Significante, el Ser con S mayúscula. El Capital es el referente de la equivalencia generalizada del trabajo y los bienes; el Significante, el referente capitalístico de las expresiones semiológicas, el gran reductor de la polivocidad ontológica. Lo verdadero, lo bueno, lo bello son categorías de “puesta en norma” de procesos que escapan a la lógica de los conjuntos circunscritos. Son referentes vacíos que hacen el vacío, que instauran trascendencia en las relaciones de representación. Las elecciones del Capital, del Significante, del Ser participan de una misma opción eticopolítica. El Capital aplasta a todos los otros modos de valorización. El Significante hace callar las virtuali-

dades infinitas de las lenguas menores y de las expresiones parciales. El Ser es como un encierro que ciega a la riqueza y la multivalencia de los Universos de valor, los cuales, sin embargo, proliferan ante nuestra vista. Existe una elección ética en favor de la riqueza de lo posible, una ética y una política de lo virtual que descorporiza, desterritorializa la contingencia, la causalidad lineal, el peso de los estados de cosas y de las significaciones que nos asedian. Una elección de la procesualidad, de la irreversibilidad y de la resingularización. Este despliegue puede operarse a pequeña escala según el modo del cercamiento, de la pobreza y hasta de la catástrofe en la neurosis. Puede tomar prestadas referencias religiosas reactivas. Puede anonadarse en el alcohol, la droga, la televisión, la cotidianidad sin horizonte. Pero también puede tomar prestados otros procedimientos, más colectivos, más sociales, más políticos...

Para cuestionar las oposiciones de tipo dualista Ser-Ente, Sujeto-Objeto, y los sistemas de valorización bipolar maniqueísta, he propuesto el concepto de intensidad ontológica. Este concepto implica un compromiso ético-estético de la conformación enunciativa, tanto en registros actuales como virtuales. Pero otro elemento de la metamodelización aquí propuesta reside en el carácter colectivo de las multiplicidades maquínicas. No hay ninguna totalización personológica de los diferentes componentes de Expresión, totalización cerrada sobre sí misma de los Universos de referencia, ni en las ciencias ni en las artes y tampoco en la sociedad. Hay aglomeración de factores heterogéneos de subjetivación. Los segmentos maquínicos remiten a una mecanosfera destotalizada, desterritorializada, a un juego infinito de interfaz. No hay un Ser ya-ahí

instalado a través de la temporalidad. Este cuestionamiento de relaciones duales, binarias, del tipo Ser-Ente o Consciente-Inconsciente, implica el del carácter de linealidad semiótica, que parece ir siempre de suyo. La expresión pática no se instaure en una relación de sucesividad discursiva para postular al objeto sobre el fondo de un referente bien circunscrito. Aquí se está en un registro de co-existencia, de cristalización de intensidad. El tiempo no existe como continente vacío (concepción que permanece en el fundamento del pensamiento einsteiniano). Las relaciones de temporalización son esencialmente de sincronía maquínica. Hay despliegue de ordenadas axiológicas, sin constitución de un referente exterior a este despliegue. Estamos más acá de la relación de linealidad “extensionalizante”, entre un objeto y su mediación representativa en el seno de una complejidad maquínica abstracta.

¿Se dirá que la parte incorporal y virtual de las conformaciones de enunciación es “in voce” según una óptica “terminista” nominalista, que hace a las entidades semióticas tributarias de una pura subjetividad? ¿O se dirá que es “in re” en el marco de una concepción realista del mundo, no siendo la subjetividad más que un artefacto ilusorio? Pero quizá sea preciso afirmar conjuntamente estas dos posiciones: instaurándose el dominio de las intensidades virtuales antes de toda distinción entre la máquina semiótica, el objeto referido y el sujeto enunciatador. Por no haber visto que los segmentos maquínicos eran autopoieticos y ontogenéticos, se procedió a incesantes reducciones universalistas sobre el Significante y sobre la racionalidad científica. Las interfaces maquínicas son heterogenéticas; reclaman la alteridad de los puntos de vista que es posible tomar sobre ellas y, en consecuencia, sobre los sistemas de metamodelización que en una u otra forma permiten dar cuenta del carácter intrínsecamente inaccesible de sus focos autopoieticos.

ticos. Conviene desprenderse aquí de una referencia única a las máquinas tecnológicas y extender el concepto de máquina para posicionar esta adyacencia de la máquina a los Universos de referencia incorporales. Señalemos que las categorías de metamodelización aquí propuestas, los Flujos, los *Phylums* maquínicos, los Territorios existenciales, los Universos incorporales, tienen interés únicamente por ir de a cuatro y permitir desprenderse de las descripciones ternarias, que siempre acababan reduciéndose a un dualismo. El cuarto término vale por un enésimo término: es la apertura a la multiplicidad. Lo que distingue a una metamodelización de una modelización es, entonces, el disponer de términos que acondicionan aberturas posibles a lo virtual y a la procesualidad creativa.

2. LA HETEROGÉNESIS MAQUÍNICA

Si dependiera del uso, se hablaría de la máquina como de un subconjunto de la técnica. Habría que entender más bien que la problemática de las técnicas se sitúa en dependencia de la de las máquinas y no al revés. La máquina se haría condición previa de la técnica, en vez de ser expresión de ésta. El maquinismo es objeto de fascinación, a veces de delirio. Existe sobre él todo un “bestiario” histórico. Desde el origen de la filosofía, la relación del hombre con la máquina es fuente de interrogación. Aristóteles considera que la *techné* tiene la misión de crear aquello que la naturaleza no tiene posibilidad de efectuar. Del orden del “saber” y no del “hacer”, aquélla interpone entre la naturaleza y la humanidad una suerte de mediación creativa cuyo estatuto de intercesión es fuente de perpetua ambigüedad. Las concepciones “mecanicistas” de la máquina la despojan de todo cuanto le permitiría escapar a una simple construcción partes extra partes. Las concepciones “vitalistas” la equiparan a los seres vivos;

cuando no se equipara a éstos con aquélla. La perspectiva “cibernética”, abierta por Norbert Wiener,¹ trata a los sistemas vivos como máquinas particulares dotadas del principio de retroacción. Concepciones “sistémicas” más recientes (Humberto Maturana y Francisco Varela) desarrollan el concepto de autopoiesis (autoproducción), reservándolo para las máquinas vivientes. Siguiendo a Heidegger, una moda filosófica atribuye a la *techné* –en su oposición a la técnica moderna– una misión de “develamiento de la verdad” que va a “buscar lo verdadero a través de lo exacto”. La fija, así, a un zócalo ontológico –a un *grund*– y compromete su carácter de apertura procesual.

A través de estas posiciones, intentaremos discernir diversos umbrales de intensidad ontológica y abordar el maquinismo en su conjunto según sus avatares técnicos, sociales, semióticos, axiológicos. Y esto implica reconstruir un concepto de máquina que se extiende mucho más allá de la máquina técnica. Plantearemos, con respecto a cada tipo de máquina, no la cuestión de su autonomía vital –no se trata de un animal–, sino de su poder singular de enunciación: lo que yo denomino su consistencia enunciativa específica. El primer tipo de máquina en el que pensamos es el de los dispositivos materiales. Están fabricados por la mano del hombre –relevada a su vez por otras máquinas– y lo están de acuerdo con concepciones y planos que responden a objetivos de producción. Denomino a estas diferentes etapas: esquemas diagramáticos finalizados.

Pero ya este montaje y estas finalizaciones imponen la necesidad de extender los límites de la máquina, *stricto sensu*, al

1. N. Wiener, *Cybernétique et Société*.

conjunto funcional que la asocia al hombre. Veremos que esto implica la consideración de múltiples componentes:

- componentes materiales y energéticos;
- componentes semióticos diagramáticos y algorítmicos (planos, fórmulas, ecuaciones, cálculos que concurren a la fabricación de la máquina);
- componentes de órganos, de influjos, de humor del cuerpo humano;
- informaciones y representaciones mentales individuales y colectivas;
- investiduras de máquinas deseantes que producen una subjetividad en adyacencia a estos componentes;
- máquinas abstractas que se instauran transversalmente a los niveles maquínicos materiales, cognitivos, afectivos y sociales antes considerados.

Cuando hablamos de máquinas abstractas, por “abstracto” podemos entender también “extracto”, en el sentido de extraer. Son montajes capaces de poner en relación todos los niveles heterogéneos que ellos atraviesan y que acabamos de enumerar. La máquina abstracta les es transversal, es ella la que les dará o no una existencia, una eficiencia, una potencia de autoafirmación ontológica. Los diferentes componentes se ven arrastrados, reorganizados en una especie de dinamismo. Semejante conjunto funcional será calificado desde ahora como conformación maquínica. El término “conformación” no supone ninguna noción de lazo, de pasaje, de anastomosis entre sus componentes. Es una conformación del campo de los posibles, de los virtuales tanto como de los elementos constituidos, sin noción de relación genérica o de especie. Dentro de este marco, los utensilios, los instrumentos, las herramientas más sim-

ples, las menores piezas estructuradas de una maquinaria adquirirán estatuto de protomáquina.

Tomemos un ejemplo. Si desarmamos un martillo quitándole el mango, sigue siendo un martillo, pero en situación de “mutilado”. La “cabeza” del martillo –otra metáfora zoomórfica– puede ser reducida por fusión. Franqueará entonces un umbral de consistencia formal en el que perderá su forma; esta gestalt maquinica opera, además, tanto en un plano tecnológico como en un nivel imaginario si se evoca el recuerdo, caído en desuso, de la hoz y el martillo. Estamos en presencia nada más que de una masa metálica vuelta al alisado, a la desterritorialización que precede a su ingreso en una forma maquinica. Para superar este tipo de experiencia comparable al pedazo de cera cartesiano, intentemos, a la inversa, asociar el martillo y el brazo, el clavo y el yunque. Estos mantienen entre sí relaciones de encadenamiento sintagmático. Y su “danza colectiva” podrá devolver vida a la difunta corporación de los herreros, a la siniestra época de las antiguas minas de hierro, a los usos ancestrales de las ruedas herradas... Leroi-Gourhan señalaba que el objeto técnico no es nada fuera del conjunto técnico al que pertenece. Lo mismo sucede con las máquinas sofisticadas, como esos robots que pronto serán engendrados por otros robots. El gesto humano permanece adyacente a su gestación, en espera de la insuficiencia que requiera su intervención: este residuo de un acto directo. Pero todo esto, ¿no es tributario de una visión parcial, de cierto regusto por una época datada de la ciencia-ficción? Es curioso observar que las máquinas, para adquirir cada vez más vida, exigen a cambio cada vez más vitalidad humana abstracta: y esto a lo largo de toda su andadura evolutiva. La concepción por computadora, los sistemas expertos y la inteligencia artificial dan tanto para pensar como sustraen al pensamiento. Lo aligeran de esque-

mas inertes. Las formas de pensamiento asistidas por computadora son mutantes, tributarias de otras músicas, de otros Universos de referencia.²

Así pues, es imposible negar al pensamiento humano su parte en la esencia del maquinismo. Pero, ¿hasta dónde puede ser calificado aún de humano? El pensamiento técnico-científico, ¿no es tributario de cierto tipo de maquinismo mental y semiótico? Aquí se impone una distinción entre las semiologías productoras de significaciones –moneda común de los grupos sociales–, como la enunciación “humana” de las personas que trabajan alrededor de la máquina y, por otra parte, semióticas a-significantes que, más allá de la cantidad de significaciones que vehiculicen, manejan figuras de expresión que podríamos calificar de “no humanas”; ecuaciones, planos que enuncian a la máquina y la hacen actuar a título diagramático sobre los dispositivos técnicos y experimentales. Las semiologías de la significación juegan sobre tableros de oposiciones distintivas de orden fonemático o escritural que transcriben los enunciados en materias de expresión significativa. Los estructuralistas se han complacido en erigir al Significante como categoría unificadora de todas las economías expresivas: la lengua, el ícono, el gesto, el urbanismo o el cine, etc. Pero, al hacerlo, ¿no desconocieron la dimensión esencial de una auto-poiesis maquina? Esta emergencia continua de sentidos y efectos no pertenece a la redundancia de la mimesis sino a una

2. Cf. Pierre Lévy, *Les Technologies de l'intelligence*, París, La Découverte, 1990, *Plissé fractal. Idéographie dynamique* (memoria de habilitación para dirigir investigaciones en ciencias de la información y de la comunicación) y *L'Idéographie dynamique*, París, La Découverte, 1991.

producción de efecto de sentido singular, aunque indefinidamente reproducible.

Este núcleo autopoietico de la máquina es lo que la sustrae a la estructura, la diferencia de ella, le otorga su valor. La estructura implica bucles de retroacciones, pone en juego un concepto de totalización que ella controla a partir de sí misma. Está habitada por *inputs* y *outputs* con vocación de hacerla funcionar según un principio de eterno retorno. Está asediada por un deseo de eternidad. La máquina, por el contrario, está trabajada por un deseo de abolición. Su emergencia se redobra en el atasco, la catástrofe, la muerte que la amenazan. Posee una dimensión suplementaria: la de una alteridad que desarrolla en diferentes formas. Esta alteridad la aparta de la estructura, centrada en un principio homeomorfo. La diferencia aportada por la autopoiesis se funda en el desequilibrio, la prospección de Universos virtuales alejados del equilibrio. Y no se trata únicamente de una ruptura de equilibrio formal, sino de una radical reconversión ontológica. Para poder existir como tal, la máquina depende siempre de elementos exteriores. Implica una complementariedad, no sólo con el hombre que la fabrica, la hace funcionar o la destruye, sino que ella misma es, en una relación de alteridad con otras máquinas actuales y virtuales, enunciación “no humana”, diagrama protosubjetivo.

Esta reconversión ontológica destituye el alcance totalizante del concepto de Significante. Porque no son las mismas entidades significantes que operan las diversas mutaciones de referente ontológico las que nos hacen pasar del Universo de la química molecular al de la química biológica, o del mundo de la acústica al de las músicas polifónicas y armónicas. Ciertamente, líneas de desciframiento significativo —compuestas de fi-

guras discretas, binarizables, sintagmatizables y paradigmaticizables— se recortan a veces de un Universo al otro. Y se puede tener la ilusión de que una misma trama significativa habita todos estos dominios. Es por completo diferente cuando se considera la textura misma de estos Universos de referencia. Están marcados cada vez por el sello de la singularidad. De la acústica a la música polifónica, las constelaciones de intensidades expresivas divergen. Son tributarias de una cierta relación pática y ofrecen consistencias ontológicas irreductiblemente heterogéneas. Se descubren así tantos tipos de desterritorialización como rasgos de materias de expresión. La articulación significativa que los sobrevuela —en su indiferente neutralidad— es incapaz de imponerse como relación de inmanencia a las intensidades maquínicas, a ese núcleo autopoietico, no discursivo, autoenunciador, autovalorizante. Este núcleo no se somete a ninguna sintaxis general de los procedimientos de desterritorialización. Ningún par ser-ente, ser-nada, ser-otro podrá ocupar el rango de *binary digit* ontológico. Las proposiciones maquínicas escapan a los juegos ordinarios de la discursividad, a las coordenadas estructurales de energía, tiempo y espacio.

Sin embargo, existe de todos modos una transversalidad ontológica. Lo que sucede en un nivel particular-cósmico no carece de relación con el alma humana o con un acontecimiento del *socius*. Pero no con arreglo a unas armónicas universales de naturaleza platónica (“El sofista”). La composición de las intensidades desterritorializantes se encarna en máquinas abstractas. Hay que considerar que existe una esencia maquínica que va a encarnarse en una máquina técnica, pero también en el medio social, cognitivo, ligado a esa máquina: los conjuntos sociales son también máquinas, el cuerpo es una máquina, hay

máquinas científicas, teóricas, informacionales. La máquina abstracta atraviesa todos estos componentes heterogéneos, pero sobre todo los heterogeneiza, al margen de cualquier rasgo unificador y de acuerdo con un principio de irreversibilidad, singularidad y necesidad. En este aspecto, el significante laciano está afectado por una doble carencia: es demasiado abstracto pues traductibiliza a buen precio las materias de expresión heterogéneas, deja escapar la heterogénesis ontológica, uniformiza y sintactiza gratuitamente las diversas regiones del ser y, a la vez, no es lo bastante abstracto porque es incapaz de dar cuenta de la especificidad de esos núcleos maquínicos autopoieticos sobre los cuales debemos ahora volver.

Francisco Varela caracteriza a una máquina por “el conjunto de las interrelaciones de sus componentes independientemente de sus componentes mismos”.³ La organización de una máquina, pues, no tiene nada que ver con su materialidad. Varela distingue dos tipos de máquinas: las máquinas “alopoiéticas”, que producen otra cosa que a ellas mismas, y las máquinas “autopoiéticas”, que engendran y especifican continuamente su propia organización y sus propios límites. Estas últimas cumplen un proceso incesante de reemplazo de sus componentes porque están sometidas a perturbaciones externas que deben compensar constantemente. En realidad, Varela reserva la calificación de autopoietico para el dominio biológico; quedan excluidos los sistemas sociales, las máquinas técnicas, los sistemas cristalinos, etc. Este es el sentido de su distinción entre alopoesis y autopoiesis. Pero la autopoiesis, que define únicamente entidades autónomas, individuadas, unitarias y que escapan a las relaciones de *input* y *output*, carece de

3. F. Varela, *op. cit.*

las características esenciales de los organismos vivos, como el hecho de que nacen, mueren y sobreviven a través de los *phylums* genéticos. La autopoiesis merecería ser repensada en función de entidades evolutivas, colectivas que, en vez de cerrarse implacablemente sobre sí mismas, mantienen entre sí diversos tipos de relaciones de alteridad. Por ejemplo, las instituciones, como las máquinas técnicas, corresponden en apariencia a la alopoiesis; pero cuando se las considera en el marco de las conformaciones maquinales que constituyen con los seres humanos, pasan a ser, ipso facto, autopoieticas. Se considerará, pues, la autopoiesis desde el ángulo de la ontogénesis y de la filogénesis propias de una mecanosfera que se superpondría a la biosfera.

La evolución filogenética del maquinismo se traduce en un primer nivel por el hecho de que las máquinas se presentan por “generaciones”, reprimiéndose unas a otras a medida que se tornan obsoletas. La filiación de las generaciones pasadas se prolonga hacia el futuro por líneas de virtualidad y por sus árboles de implicación. Pero no se trata de una causalidad histórica unívoca. Las líneas evolutivas se presentan en rizomas; las dataciones no son sincrónicas, sino heterocrónicas. Ejemplo: el “despegue” industrial de las máquinas de vapor, que tuvo lugar siglos después de que el Imperio Chino las utilizara como juego infantil. En realidad, estos rizomas evolutivos atraviesan en bloques las civilizaciones técnicas. Una innovación tecnológica puede conocer períodos de largo estancamiento o de regresión, pero casi no hay ejemplos de que no “vuelva a arrancar” en una época ulterior. Esto resulta especialmente claro en las innovaciones tecnológicas militares: puntuaban frecuentemente grandes secuencias históricas a las que marcan con un sello de irreversibilidad, borrando imperios en beneficio de nuevas configuraciones geopolíticas. Pero, rei-

tero, esto ya ocurría con los instrumentos, utensilios y herramientas más humildes, que no escapan a esta filogénesis. Por ejemplo, se podría dedicar una exposición a la evolución del martillo a partir de la edad de piedra y emitir conjeturas sobre lo que el martillo estará llamado a ser en el contexto de los nuevos materiales y de las nuevas tecnologías. El martillo que hoy compramos en el supermercado se encuentra, en cierto modo, “tomado” de una línea filogenética con prolongamientos virtuales indefinidos.

En la intersección de Universos maquínicos heterogéneos de dimensiones diferentes y textura ontológica extranjera, con innovaciones radicales, puntos de referencia de maquinismos ancestrales ayer olvidados para reactivarse después, se singulariza el movimiento de la Historia. La máquina neolítica asocia, entre otros componentes, la máquina de la lengua hablada, las máquinas de piedra tallada, las máquinas agrarias basadas en la selección de los granos y una protoeconomía lugareña. La máquina escritural, por su parte, no se verá emerger sino con el nacimiento de las megamáquinas urbanas (Lewis Mumford), correlativas de la implantación de los imperios arcaicos. Paralelamente, grandes máquinas nómadas se constituirán a partir de la colusión entre la máquina metalúrgica y nuevas máquinas de guerra. En cuanto a las grandes máquinas capitalísticas, sus maquinismos de base fueron proliferantes: máquinas de Estado urbano y de realeza luego, máquinas comerciales, bancarias, máquinas de navegación, máquinas religiosas monoteístas, máquinas musicales y plásticas desterritorializadas, máquinas científicas y técnicas, etcétera.

Más compleja es la cuestión de la reproducibilidad de la máquina en un plano ontogenético. El mantenimiento del estado de marcha de una máquina, su identidad funcional, nunca están absolutamente garantizados. El desgaste, la precariedad,

las averías, la entropía le imponen cierta renovación de sus componentes materiales, energéticos e informacionales, pudiendo caer estos últimos en el “ruido”. Paralelamente, el mantenimiento de la consistencia de la conformación maquínica exige renovar también la parte de gesto y de inteligencia humana que entran en su composición. Así, pues, la alteridad hombre-máquina está inextricablemente ligada a una alteridad máquina-máquina que se juega en relaciones de complementariedad, en relaciones agónicas (entre máquinas de guerra) o incluso en relaciones de piezas o de dispositivos. De hecho, el desgaste, el accidente, la muerte y la resurrección de una máquina en un nuevo ejemplar o en un nuevo modelo forman parte de su destino y pueden pasar al primer plano de su esencia en ciertas máquinas estéticas (las “compresiones” de César, las “metamecánicas”, las máquinas *happening*, las máquinas delirantes de Jean Tinguely). La reproducibilidad de la máquina no es, entonces, una pura repetición programada. Sus escansiones de ruptura e indiferenciación, que separan a un modelo de todo soporte, introducen su lote de diferencias tanto ontogenéticas como filogenéticas. Es con ocasión de estas fases de pasaje al estado de diagrama, de máquina abstracta desencarnada, cuando se confiere a los “suplementos de alma” del núcleo maquínico sus diferencias respecto de los simples aglomerados materiales. Un amontonamiento de piedras no es una máquina, mientras que un muro es ya una protomáquina estática, que manifiesta polaridades virtuales, un adentro y un afuera, un alto y un bajo, una derecha y una izquierda... Estas virtualidades diagramáticas nos hacen salir de la caracterización de la autopoiesis maquínica de Varela en términos de individuación unitaria, sin *input* ni *output*; nos orientan hacia un maquinismo más colectivo, sin unidad delimitada, cuya autonomía se aviene a diversos soportes de alteridad. La reprodu-

cibilidad de la máquina técnica, a diferencia de la de los seres vivos, no descansa en secuencias de codificado perfectamente circunscritas en un genoma territorializado. Cada máquina tecnológica tiene sin duda sus planos de concepción y montaje. Pero, por una parte, éstos guardan su distancia respecto de ella y, por la otra, se reenvían de una máquina a otra para constituir un rizoma diagramático que tiende a cubrir globalmente la mecanosfera. Las relaciones de las máquinas tecnológicas entre sí y los ajustes de sus piezas respectivas presuponen una serialización formal y una cierta pérdida de su singularidad —más fuerte que la de las máquinas vivientes—, correlativas de una toma de distancia entre la máquina manifestada en coordenadas energético-espacio-temporales y la máquina diagramática, que se desarrolla en coordenadas más desterritorializadas.

Esa distancia desterritorializada y esa pérdida de singularidad deben ser vinculadas a un reforzamiento en el alisado de las materias que constituyen la máquina técnica. Ciertamente, nunca pueden suprimirse por completo las asperezas singulares propias de estas materias, pero sólo deben interferir en el “juego” de la máquina cuando su funcionamiento diagramático las requiera para ello. Examinemos, a partir de un dispositivo maquinico en apariencia simple —el par formado por una cerradura y su llave—, estos dos aspectos de distancia maquinica y de alisado. Se ponen aquí en ejercicio dos tipos de formas, de texturas ontológicas heterogéneas: 1) formas materializadas, contingentes, concretas, discretas, de singularidad cerrada sobre sí misma, encarnadas respectivamente por el perfil Fc de la cerradura y por el perfil Fll de la llave. Fc y Fll no coinciden nunca del todo. Cambian con el tiempo debido al desgaste y la oxidación, pero las dos están compelidas a per-

manecer en el marco de una distancia-tipo límite más allá del cual la llave cesaría de ser operativa, y 2) formas “formales”, diagramáticas, subsumidas por esa distancia-tipo, que se presentan como un continuo que incluye toda la gama de los perfiles FII, Fc, compatibles con el funcionamiento efectivo de la cerradura.

Se comprueba de inmediato que el efecto maquinico, el pasaje al acto posible, debe ser situado por entero del lado de la segunda clase de formas. Aunque escalonadas en la distancia-tipo más restringida posible, estas formas diagramáticas se presentan en número infinito. De hecho, se trata de una integral de las formas FII, Fc.

Esta forma integral infinitaria duplica y alisa las formas contingentes Fc y FII, que sólo valen maquinicamente por pertenecerle. Se tiende así un puente “por encima” de las formas concretas autorizadas. Esta es la operación que yo califico de alisado desterritorializado, y que recae tanto sobre la normalización de las materias constitutivas de la máquina como sobre su calificación “digital” y funcional. Un mineral de hierro que no hubiese sido suficientemente laminado, desterritorializado, presentaría rugosidades de machacamiento de los minerales de origen que falsearían los perfiles ideales de la llave y la cerradura. El alisado del material debe quitarle excesivos aspectos de contingencia y hacerle comportarse de modo tal que haga un fiel vaciado de las improntas formales que le son extrínsecas. Agreguemos que este moldeado, comparable en ello a la fotografía, no debe ser demasiado evanescente y conservar una suficiente consistencia propia. Aquí también se observa un fenómeno de distancia-tipo donde se pone en juego una consistencia diagramática teórica. Una llave de plomo o de oro correría el riesgo de doblarse en una cerradura de acero. Una llave pasada al estado líquido o al estado gaseoso pierde de in-

mediato su eficiencia pragmática y abandona el campo de la máquina técnica.

Este fenómeno de umbral formal reaparecerá en todos los niveles de las relaciones intra-máquinas y de las relaciones inter-máquinas, sobre todo con la existencia de piezas de recambio. Los componentes de la máquina técnica son, pues, como las piezas de una moneda formal, lo que se hizo mucho más patente desde su concepción y confección asistida por computadora. Estas formas maquinicas, estos alisados de materia, de distancia-tipo entre las piezas, de ajustamientos funcionales, tenderían a hacer pensar que la forma prima sobre la consistencia y sobre las singularidades materiales, mientras que la reproducibilidad de la máquina tecnológica impondría la inserción de cada uno de sus elementos en una definición preestablecida de orden diagramático. Charles Sanders Pierce, quien calificó el diagrama de “ícono de relación” y lo equiparó a la función de los algoritmos, nos propuso una visión ampliada que es importante acondicionar a la presente perspectiva. El diagrama, en efecto, se concibe aquí como una máquina auto-poiética que no sólo le confiere una consistencia funcional y una consistencia material, sino que también le impone desplegar sus diversos registros de alteridad, gracias a los cuales puede escapar de una identidad cerrada sobre simples relaciones estructurales. La protosubjetividad de la máquina se instaure en Universos de virtualidades que desbordan por todos lados su Territorialidad existencial. Así, nos negamos a postular una subjetividad formal intrínseca a la semiotización diagramática, por ejemplo una subjetividad “anidada” en las cadenas significantes con arreglo al célebre principio lacaniano: “Un significante representa al sujeto para otro significante”. No existe, para los diversos registros de máquina, una subjetividad unívoca, sobre la base de corte, falta y sutura, sino

dos ontológicamente heterogéneos de subjetividad, constelaciones de Universos de referencia incorporales que adoptan una posición de enunciadores parciales en dominios de alteridad múltiples, mejor nombrados dominios de alterificación.

Conocimos ya cierto número de estos registros de alteridad maquínica:

- la alteridad de proximidad entre máquinas diferentes y entre piezas de la misma máquina;
- la alteridad de consistencia material interna;
- la alteridad de consistencia formal diagramática;
- la alteridad de *phylum* evolutivo;
- la alteridad agónica entre máquinas de guerra a cuyo prolongamiento podría asociarse la alteridad “auto-agónica” de las máquinas deseantes que tienden a su propio colapso, a su propia abolición.

Otra forma de alteridad ha recibido un abordaje muy indirecto: se trata de la alteridad de escala, o alteridad fractal, que establece un juego de correspondencias sistemáticas entre máquinas de diferentes niveles.⁴ Sin embargo, no estamos confeccionando una tabla universal de las formas de alteridad maquínicas porque, en verdad, sus modalidades ontológicas son infinitas. Se organizan por constelaciones de Universos de referencia incorporales, de combinatorias y creatividad ilimitadas.

4. Leibniz, en su afán de rendir homenaje a lo infinitamente grande y a lo infinitamente pequeño, estima que la máquina viviente, a la que homologa con una máquina divina, continúa siendo máquina en sus menores partes, hasta el infinito (lo que no sería el caso de la máquina hecha por el arte del hombre), en *Monadologie*, págs. 178 y 179, París, Delagrave, 1962.

Las sociedades arcaicas están mejor pertrechadas que las subjetividades blancas, masculinas, capitalísticas para cartografiar esta multivalencia de la alteridad. Recomendando a este respecto la exposición de Marc Augé sobre los registros heterogéneos con los que se vincula el objeto fetiche Legba en las sociedades africanas de los Fon. El Legba llega al ser transversalmente en:

- una dimensión de destino;
- un universo de principio vital;
- una filiación ancestral;
- un dios materializado;
- un signo de apropiación;
- una entidad de individuación;
- un fetiche a la entrada del caserío, otro en el pórtico de la casa; después del rito iniciático, a la entrada de la habitación...

El Legba es un puñado de arena, un receptáculo, pero es también la expresión de la relación con el otro. Se lo encuentra en la puerta, en el mercado, en la plaza del pueblo, en las esquinas. Puede transmitir los mensajes, las preguntas, las respuestas. Es también el instrumento de la relación con los muertos o los antepasados. Es a un tiempo un individuo y una clase de individuos; un nombre propio y un nombre común. “Su existencia corresponde a la evidencia del hecho de que lo social no es solamente del orden de la relación sino del orden del ser.”⁵ Marc Augé señala la imposible transparencia y tra-

5. M. Augé, “Le fétiche et son objet”, en *L’Objet en psychanalyse*, presentación de Maud Mannoni, “L’espace analytique”, París,

ducibilidad de los sistemas simbólicos. “El dispositivo Legba [...] se construye según dos ejes. Uno visto del exterior al interior, el otro de la identidad a la alteridad. Así el ser, la identidad y la relación con el otro se construyen, a través de la práctica fetichista, no solamente a título simbólico sino también a título ontológico abierto.”⁶

Más aún que la subjetividad de las sociedades arcaicas, las conformaciones maquínicas contemporáneas no poseen referente estándar unívoco. Pero estamos mucho menos habituados a la irreductible heterogeneidad –e incluso al carácter de heterogénesis– de sus componentes referenciales. El Capital, la Energía, la Información, el Significante son otras tantas categorías que nos hacen creer en la homogeneidad ontológica de los referentes biológicos, etológicos, económicos, fonológicos, escriturales, musicales, etcétera.

En el contexto de una modernidad reduccionista, nos toca volver a descubrir que a cada promoción de una encrucijada maquínica le corresponde una constelación específica de Universos de valor a partir de la cual se instituye una enunciación parcial no humana. Las máquinas biológicas promueven Universos de lo viviente que se diferencian en devenires vegetales, devenires animales. Las máquinas musicales se instauran sobre el fondo de Universos sonoros constantemente modificados después de la gran mutación polifónica. Las máquinas téc-

Denoël, 1986. [Trad. cast.: “El fetiche y su objeto”, en *El objeto en psicoanálisis*, Presentación de Maud Mannoni, Buenos Aires, Gedisa, 1987.]

6. M. Augé, *op. cit.*

nicas se instituyen en el cruce de los componentes enunciativos más complejos y heterogéneos. Heidegger,⁷ quien juzgaba el mundo de la técnica como una suerte de destino maléfico causado por un movimiento de alejamiento del ser, tomaba el ejemplo de un avión comercial posado sobre la pista: el objeto visible esconde “lo que él es y la manera como es”. No revela su “fondo sino en la medida en que está comisionado para sostener la posibilidad de un transporte” y, con este fin, “es preciso que sea comisionable, es decir, que esté listo para volar y que lo esté en toda su construcción”. Esta interpelación, esta “comisión” que revela lo real como “fondo”, es efectuada esencialmente por el hombre y se traduce en términos de operación universal, desplazarse, volar... Pero este “fondo” de la máquina, ¿reside verdaderamente en un ya-ahí, bajo la especie de verdades eternas, reveladas al ser del hombre? De hecho, la máquina habla a la máquina antes de hablar al hombre, y los dominios ontológicos que revela y segrega son, en cada realización, singulares y precarios.

Volvamos al ejemplo del avión comercial, esta vez no con carácter genérico sino a través del modelo tecnológicamente fechado que recibió el nombre de Concorde. La consistencia ontológica de este objeto es básicamente heteróclita; está en la encrucijada, en el punto de constelación y de aglomeración pática de Universos que poseen cada uno su propia consistencia ontológica, sus rasgos de intensidad, sus ordenadas y coordenadas, sus maquinismos específicos. “Concorde” es tributario, a la vez:

7. *Essais et conférences*, Martin Heidegger, París, Gallimard, 1988.

- de un Universo diagramático con los planos de su “factibilidad” teórica;
- de Universos tecnológicos que trasponen esa “factibilidad” en términos materiales;
- de Universos industriales aptos para producirlo efectivamente;
- de Universos imaginarios colectivos correspondientes a un deseo suficiente de hacerlo nacer;
- de Universos políticos y económicos conducentes, entre otras cosas, a liberar los créditos de su puesta en práctica...

¡Pero el conjunto de estas causas finales, materiales, formales y eficientes, al fin de cuentas no dan la talla! El objeto Concorde circula efectivamente entre París y Nueva York, pero permanece clavado al suelo económico. Esta falta de consistencia de uno de sus componentes fragilizó decisivamente su consistencia ontológica global. El Concorde no existe más que en el límite de una reproducibilidad de doce ejemplares y en la raíz del *phylum* posibilista de los supersónicos del futuro. ¡Lo cual no es poca cosa!

¿Por qué insistimos tanto en la imposibilidad de fundar una traducibilidad general de los diversos componentes de referencia y de enunciación parcial de conformación? ¿Por qué esta falta de reverencia hacia la concepción lacaniana del Significante? Porque, precisamente, esta teorización nacida del estructuralismo lingüístico no nos saca de la estructura y nos veda el acceso al mundo real de la máquina. El significativo estructuralista es siempre sinónimo de discursividad lineal. De un símbolo al otro, el efecto subjetivo adviene sin otra garantía ontológica. Opuestamente, las máquinas heterogéneas, tal como las considera nuestra perspectiva esquizo-analítica, no producen un ser estándar al capricho de una temporalización

universal. Para iluminar este punto será preciso establecer ciertas distinciones entre las diferentes formas de linealidad semiológica, semiótica y de encodificación:

- las codificaciones del mundo “natural”, que intervienen sobre varias dimensiones espaciales (por ejemplo las de la cristalografía) y que no implican la extracción de operadores de codificación autonomizados;
- la linealidad relativa de las codificaciones biológicas, por ejemplo la doble hélice del ADN que, a partir de cuatro radicales químicos de base, se desarrolla igualmente en tres dimensiones;
- la linealidad de las semiologías presignificantes, que se desarrollan en líneas paralelas relativamente autónomas, aunque las cadenas fonológicas de la lengua hablada parezcan siempre sobrecodificar a todas las otras;
- la linealidad semiológica del significante estructural, que se impone de manera despótica a todos los otros modos de semiotización, los expropia e incluso tiende a hacerlos desaparecer en el marco de una economía comunicacional dominada por la informática (aclaremos: la informática en su situación actual, pues tal estado de cosas no tiene nada de definitivo);
- la sobrelinealidad de sustancias de expresión a-significantes, donde el Significante pierde su despotismo. Las líneas informacionales de los hipertextos pueden reencontrar una cierta polimorfia dinámica y trabajar en directa conexión con Universos referentes que, a su vez, no son en modo alguno lineales y tienden a escapar, por añadidura, a una lógica de conjuntos espacializados.

La materia señalética de las máquinas semióticas a-significantes está constituida por “puntos-signos”; éstos son de orden semiótico por un lado, y por el otro intervienen directamente en una serie de procesos maquínicos materiales. Ejemplo: la cifra de la tarjeta de crédito que opera la puesta en marcha del distribuidor de billetes. Las figuras semióticas a-significantes no segregan sólo significaciones. Profieren órdenes de marcha y detención y, sobre todo, desencadenan la “puesta en el ser” de Universos ontológicos. Consideremos ahora el ejemplo del ritornelo musical pentatónico que al cabo de algunas notas cataliza la constelación debussista de múltiples Universos:

- el Universo wagneriano en torno a Parsifal, que se liga al Territorio existencial constituido por Bayreuth;
- el Universo del canto gregoriano;
- el de la música francesa, con Rameau y Couperin nuevamente de actualidad;
- el de Chopin, a causa de una trasposición nacionalista (mientras que Ravel se apropió de Liszt);
- la música javanesa que Debussy descubrió en la Exposición Universal de 1889;
- el mundo de Manet y Mallarmé, vinculado a la estancia del músico en la Villa Médicis.

Y a estas influencias presentes y pasadas convendría agregar las resonancias prospectivas que constituyen la reinvencción de la polifonía a partir del Ars Nova, su influjo sobre el *phylum* musical francés de Ravel, Duparc, Messiaen, etc., sobre la mutación sonora detonada por Stravinsky, su presencia en la obra de Proust...

Bien se advierte que no existe ninguna correspondencia

biunívoca entre eslabones lineales significantes o de arché-es-
critura, según los autores, y esta catálisis maquinaica multidimensional, multirreferencial. La simetría de escala, la transversalidad, el carácter pático no discursivo de su expansión: todas estas dimensiones nos sacan de la lógica del tercero excluido y facilitan nuestra renuncia al binarismo ontológico que antes denunciábamos. A través de sus diversos componentes, una conformación maquinaica obtiene su consistencia franqueando umbrales ontológicos, umbrales de irreversibilidad no lineales, umbrales ontogenéticos y filogenéticos, umbrales de heterogénesis y de autopoiesis creativas. A fin de pensar las simetrías fractales en términos ontológicos, sería conveniente extender aquí la noción de escala. Lo que las máquinas fractales atraviesan son escalas sustanciales. Las atraviesan al engendrarlas. Pero —hay que reconocerlo— estas ordenadas existenciales que ellas “inventan” siempre han estado ahí. ¿Cómo sostener semejante paradoja? Es que todo se hace posible (incluido el alisado recesivo del tiempo al que alude René Thom) desde el momento en que se admite una fuga de la conformación fuera de las coordenadas energético-espacio-temporales. Y también aquí nos toca redescubrir una manera de ser del Ser —antes, después, aquí y en cualquier otra parte—, sin ser no obstante idéntico a sí mismo; un Ser procesual, polifónico, singularizable en las texturas infinitamente complejizables, al capricho de las velocidades infinitas que animan sus composiciones virtuales.

La relatividad ontológica aquí preconizada es inseparable de una relatividad enunciativa. El conocimiento de un Universo (en el sentido astrofísico o axiológico) sólo es posible por mediación de máquinas autopoieticas. Es importante que un

foco de pertenencia a sí mismo exista en alguna parte para que algún ente o alguna modalidad de ser, los que fueren, puedan llegar a la existencia cognitiva. Fuera de este acoplamiento máquina/Universo, los entes tienen nada más que un puro estatuto de entidad virtual. Lo mismo sucede con sus coordenadas enunciativas. La biosfera y la mecanosfera, adosadas a este planeta, focalizan un punto de vista de espacio, tiempo y energía. Trazan un ángulo de constitución de nuestra galaxia. Fuera de este punto de vista particularizado, el resto del Universo existe tan sólo (en el sentido en que nosotros aprehendemos, aquí abajo, la existencia) a través de la virtualidad de existencia de otras máquinas autopoieticas en el interior de otras biomecanosferas dispersas por el cosmos. Ahora bien, la relatividad de los puntos de vista de espacio, tiempo, energía, no produce la caída de lo real en el sueño. La categoría de Tiempo se disuelve en consideraciones cosmológicas sobre el Big Bang, mientras que se afirma la de irreversibilidad. La objetividad residual es lo que resiste al barrido de la infinita variación de los puntos de vista constituibles sobre él. Imaginemos una entidad autopoietica cuyas partículas estuviesen edificadas a partir de las galaxias. O, a la inversa, una cognitividad constituida a escala de los quarks. Otro panorama, otra consistencia ontológica. La mecanosfera extrae y actualiza configuraciones que existen entre una infinidad de otras en campos de virtualidad. Las máquinas existenciales están a igual altura que el ser en su multiplicidad intrínseca. No son mediatizadas por significantes trascendentes ni subsumidas por un fundamento ontológico unívoco. Son para sí mismas su propia materia de expresión semiótica. La existencia, en cuanto proceso de desterritorialización, es una operación intermaquínica específica que se superpone a la promoción de intensidades existenciales singularizadas. Y, lo repito, no existe

ninguna sintaxis generalizada de estas desterritorializaciones. La existencia no es dialéctica, no es representable. ¡Apenas si es tolerable!

Las máquinas deseantes que entran en ruptura con los grandes equilibrios orgánicos interpersonales y sociales y que invierten los mandos, juegan el juego del otro en contra de una política de autocentrado en el yo. Por ejemplo, las pulsiones parciales y las investiduras perversas polimorfas del psicoanálisis no constituyen una raza de máquinas desviada y excepcional. Todas las conformaciones maquínicas encubren, así sea en estado embrionario, focos enunciativos que son otras tantas protomáquinas deseantes. Para abordar este punto, nos es preciso extender nuestro puente transmaquínico entendiendo el alisado de la textura ontológica del material maquínico y los *feedback* diagramáticos como otras tantas dimensiones de intensificación por las que superamos las causalidades lineales de la aprehensión capitalista de los Universos maquínicos. Nos es preciso igualmente abandonar las lógicas fundadas en los principios de tercero excluido y de razón suficiente. A través del alisado, se juega un ser más allá, un ser-para-el-otro que hace tomar consistencia a un existente fuera de su delimitación estricta, aquí y ahora. La máquina es siempre sinónimo de foco constitutivo de Territorio existencial sobre fondo de constelación de Universos de referencia (o de valor) incorporales. El “mecanismo” de esta inversión de ser consiste en el hecho de que ciertos segmentos discursivos de la máquina no juegan ya solamente un juego funcional o significacional, sino que asumen una función existencializante de pura repetición intensiva, que he llamado función de ritornelo. El alisado es como un ritornelo ontológico, y así, lejos de aprehender una verdad uní-

voca del ser a través de la *techné*, como lo quisiera la ontología heideggeriana, tenemos delante una pluralidad de seres como máquinas desde el momento en que adquirimos los medios páticos y cartográficos para acceder a ellos. Las manifestaciones, no del Ser, sino de multitudes de componentes ontológicos, son del orden de la máquina. Y esto sin mediación semiológica, sin codificado trascendente, directamente como “dar-a-ser”, como dando. Acceder a semejante “dar” es ya participar ontológicamente en ello de pleno derecho. El término “derecho” no surge aquí por casualidad, tan cierto es que en este nivel protoontológico se necesita afirmar ya una dimensión protoética. El juego de intensidad de la constelación ontológica es en cierto modo una elección de ser, no solamente para sí, sino para toda la alteridad del cosmos y para lo infinito de los tiempos.

Si tendrá que haber elección y libertad en ciertos pisos antropológicos “superiores”, entonces también deberá hallárlas en los estratos más elementales de las concatenaciones maquina. Pero las nociones de elemento y complejidad son susceptibles de invertirse aquí brutalmente. Lo más diferenciado y lo más indiferenciado coexisten en el seno de un mismo caos que, a velocidad infinita, juega sus registros virtuales unos contra otros y unos con otros. El mundo maquina-técnico, en cuya “terminal” se estructura la humanidad de hoy, está cercado por horizontes de constante y de limitación de las velocidades infinitas del caos (velocidad de la luz, horizonte cosmológico del Big Bang, distancia de Planck y cuanto elemental de acción de la física cuántica, imposibilidad de superar el cero absoluto...). Pero este mismo modo de coacción semiótica se ve duplicado, triplicado, infinitizado por otros mundos que, en ciertas condiciones, no demandan sino bifur-

carse por fuera de su Universo de virtualidad y engendrar nuevos campos de posible.

Las máquinas de deseo, las máquinas de creación estética, a la par que las máquinas científicas, rectifican constantemente nuestras fronteras cósmicas. Por esta razón deben tomar un lugar eminente en el seno de las conformaciones de subjetivación, llamados a su vez a relevar a nuestras viejas máquinas sociales, incapaces de seguir la eflorescencia de revoluciones maquínicas que hacen estallar nuestro tiempo por todas partes.

En vez de tomar con frialdad la inmensa revolución maquínica que barre el planeta (con peligro de llevárselo), o de aferrarse a sistemas de valor tradicionales cuya trascendencia se pretenderá refundar, el movimiento del progreso o, si se prefiere, el movimiento del proceso, se aplicará a reconciliar valores y máquinas entre sí. Los valores son immanentes a las máquinas. La vida de los Flujos maquínicos no se manifiesta solamente a través de las retroacciones cibernéticas; es también correlativa de una promoción de Universos incorporeales a partir de una encarnación Territorial enunciativa, de una toma de ser valorizante. La autopoiesis maquínica se afirma como un para-sí no humano a través de los focos de protosubjetivación parcial, y despliega un para-otro bajo la doble modalidad de una alteridad ecosistémica “horizontal” (los sistemas maquínicos se posicionan en rizoma de dependencia recíproca) y de una alteridad filogenética (que sitúa cada estasis maquínica actual en contra de una filiación en lo pretérito y de un *Phylum* de mutaciones por venir). Todos los sistemas de valor –religiosos, estéticos, científicos, ecosóficos...– se instauran en esta interfaz maquínica entre lo actual necesario y lo virtual posibilista. Los Universos de valor constituyen de este modo los enunciadorees incorporeales de complexiones maquínicas abstractas empalmables con las realidades discursivas. La consis-

tencia de estos focos de protosubjetivación no se asegura, pues, sino en la medida en que éstos se encarnan, con mayor o menor intensidad, en nudos de finitud, Territorios de *grasping* caótico que garanticen, por añadidura, su recarga posible de complejidad procesual. Doble enunciación, pues, territorializada finita e incorporal infinita.

Sin embargo, estas constelaciones de Universos de valor no constituyen Universales. El hecho de que se anuden en Territorios existenciales singulares les confiere, en efecto, una potencia de heterogénesis, es decir, de apertura hacia procesos irreversibles de diferenciación, necesarios y singularizantes. ¿De qué modo esa heterogénesis maquínica que diferencia cada color de ser, que hace, por ejemplo, del plano de consistencia del concepto filosófico un mundo completamente distinto del plano de referencia de la función científica o del plano de composición estética, acaba reducida a la homogeneidad capitalística del equivaler generalizado, desembocando en la equivalencia de todos los valores, en el hecho de que todos los Territorios apropiativos se midan con la misma vara económica de poder y de que todas las riquezas existenciales caigan bajo la férula del valor de cambio? A la estéril oposición entre valor de uso y valor de cambio conviene oponerle una complexión axiológica que incluya todas las modalidades maquínicas de valorización: los valores de deseo, los valores estéticos, los valores ecológicos, económicos... El valor capitalístico, que subsume generalmente el conjunto de estas plusvalías maquínicas, procede por un golpe de fuerza reterritorializante basado en la primacía de las semióticas económicas y monetarias, y corresponde a una suerte de implosión general de todas las Territorialidades existenciales. En realidad, el valor capitalístico no se encuentra aparte, a un costado de los otros sistemas de valorización; constituye su corazón mortífero, correspon-

diente al franqueamiento del inefable límite entre una desterritorialización caós mica controlada –bajo la égida de prácticas sociales, estéticas, analíticas– y un vuelco vertiginoso en el agujero negro de lo aleatorio, a saber: de una referencia paroxísticamente binarista que disuelve implacablemente cualquier toma de consistencia de los Universos de valor que pretendieran escapar a la ley capitalística. Así, pues, sólo por abuso se pudo colocar a las determinaciones económicas en posición princeps frente a las relaciones sociales y a las producciones de subjetividad. La ley económica, lo mismo que la ley jurídica, debe deducirse del conjunto de los Universos de valor, para cuyo desmoronamiento no cesa de laborar. Su reconstrucción sobre los escombros mezclados de las economías planificadas y del neoliberalismo, y en virtud de nuevas finalidades ético-políticas (ecosofía), reclama, como contrapartida, una infatigable recuperación de consistencia de las conformaciones maquínicas de valorización.

3. METAMODELIZACIÓN ESQUIZOANALÍTICA

El psicoanálisis está en crisis; se estanca en una práctica rutinaria y en concepciones petrificadas. El movimiento social se encuentra, por su lado, en un callejón sin salida debido a la quiebra de los regímenes comunistas y a la conversión de los socialdemócratas al liberalismo. Tanto de un lado como del otro, la subjetividad individual y colectiva se ve privada de modelización. Y está bien claro que, de aquí en más, ni el freudismo, aun revisitado por el estructuralismo, ni algún freudo-marxismo podrán hacerlos avanzar en este plano. De hecho, se ha abierto un inmenso taller de recomposición teórica y de invención de nuevas prácticas. He intentado establecer que el cuestionamiento del fundamento de la subjetividad en Universales personológicos, matemas estructurales o bases infraestructurales biológicas o económicas, implicaba una redefinición del maquinismo. En lo sucesivo, la máquina será concebida en oposición a la estructura, hallándose asociada ésta a un sentimiento de eternidad y aquélla a

la asunción de la finitud, la precariedad, la destrucción y la muerte.

Tras la diversidad de los entes no está dado ningún zócalo ontológico unívoco sino un plano de interfaces maquinicas. El ser se cristaliza a través de una infinidad de conformaciones enunciativas que asocian componentes discursivos actualizados (Flujos materiales y señaléticos, *Phylums* maquinicos) a componentes virtuales no discursivos (Universos incorporales y Territorios existenciales). Así, los puntos de vista singulares sobre el ser, con su precariedad, sus incertidumbres y sus aspectos creadores, priman sobre la fijeza de las estructuras propias de las visiones universalistas. A fin de establecer un puente intensivo entre estos funtores actuales y virtuales, nos veremos llevados a postular la existencia de un caos determinista moviéndose a velocidades infinitas. A partir de él se constituyen composiciones complejas susceptibles de lentificarse en coordenadas energético-espacio-temporales o en sistemas categoriales.

En vez de partir de sistemas automáticos de articulación entre un plano de Expresión y un plano de Contenido, se pondrá el acento en los operadores parciales de su conformación. Por ejemplo, al aspecto mecánico de la doble articulación lingüística entre unidades significativas monemáticas y unidades no significativas fonemáticas, se sustituirán máquinas abstractas que atraviesan a estos dos registros heterogéneos y son capaces de bifurcación y de producción de nuevas asociaciones. No cae de su peso que Universos de valor funcionen de concierto con máquinas semióticas, que máquinas semióticas se alíen a máquinas concretas, que Territorios existenciales recorren puntos de vista sobre el mundo... Al dejar abiertas las conformaciones de enunciación, al dejarlas caóticamente determinadas, la concatenación de los cuatro funtores ontológicos de

Universo, *Phylum* maquínico, Flujo y Territorio, preserva su procesualidad pragmática. La moda estructuralista quiso poner entre paréntesis las problemáticas del significado, del ícono, la Imago y lo imaginario, en provecho de articulaciones sintagmáticas. La atención se focalizaba en una mecánica estructural interactiva que animaba supuestamente el paisaje fenoménico. Se perdían así de vista los puntos de cristalización ontológica que emergen de este paisaje. Las discursividades fonológicas, gestuales, espaciales, musicales..., referidas todas a una misma economía significante, debían ejercer un control absoluto sobre los contenidos que estarían encargados de producir en figuras paradigmáticas discretas. Pero lo que da consistencia a estos sistemas discursivos, lo que autoriza la erección de mónadas enunciativas ha de ser buscado más bien del lado del Contenido; es decir, del lado de esa función existencial que, tomando apoyo en ciertos eslabones discursivos, desviándolos de sus incidencias significacionales, denotacionales y proposicionales, les hace cumplir un papel de ritornelo de afirmación ontológica.

LA CONFORMACIÓN DE LOS CUATRO FUNCTORES ONTOLÓGICOS

	Expresión actual (discurso)	Contenido focos enunciativos virtuales (no discursivos)
posible	Φ = discursividad maquínica	U = complejidad incorpóral
real	F = discursividad energético-espacio-temporal	T = encarnación caótica

Los funtores F , Φ , T , U tienen la misión de conferir un estatuto conceptual diagramático (cartografía pragmática) a los focos enunciativos virtuales envasados en la Expresión manifiesta. Su concatenación matricial debe preservar cuanto sea posible su heterogeneidad radical, la cual no puede sino presentarse a través de un abordaje fenomenológico discursivo. Se los califica aquí de metamodelizantes para indicar que su finalidad esencial es dar cuenta de la manera como los diversos sistemas de modelización existentes (religiosos, metafísicos, científicos, psicoanalíticos, animistas, neuróticos...) abordan, siempre más o menos contorneándola, la problemática de la enunciación sui-referencial. Así pues, el esquizoanálisis no operará por una modelización con exclusión de otra. Intentará discernibilizar, en el seno de las diversas cartografías en acto, en una situación dada, focos de autopoiesis virtual para actualizarlos, transversalizándolos, confiriéndoles un diagramatismo operatorio (por ejemplo, mediante un cambio de materia de Expresión), haciéndolos a ellos mismos operatorios en el seno de conformaciones modificadas, más abiertas, más procesuales, más desterritorializadas. El esquizoanálisis, antes que seguir el sentido de las modelizaciones reduccionistas que simplifican el complejo, trabajará para su complejización, para su enriquecimiento procesual, para la toma de consistencia de sus líneas virtuales de bifurcación y diferenciación; en síntesis, para su heterogeneidad ontológica.

La determinación de los focos de vida parciales, de aquello que puede dar consistencia enunciativa a las multiplicidades fenoménicas, no depende de una pura descripción objetiva. El conocimiento de una mónada de ser-en-el-mundo, de una esfera de para-sí, implica una aprehensión pática que escapa a las

coordenadas energético-espacio-temporales. Aquí, el conocimiento es primero transferencia existencial, transitivismo no discursivo. La puesta en enunciado de esta transferencia pasa siempre por el desvío de una narración cuya función primera no es engendrar una explicación racional sino promover ritornelos complejos, soportes de una persistencia memorial intensiva y de una consistencia de acontecimiento. Sólo a través de los relatos míticos, religiosos, fantasmáticos, etc., accede al discurso la función existencial. Pero este mismo discurso no es un simple epifenómeno; es la apuesta de estrategias ético-políticas de evitamiento de la enunciación. Los cuatro funtores ontológicos, cual batayolas, guiñadas de llamada al orden, tienen la misión de visibilizar las apuestas de esas estrategias.

Por ejemplo, los Universos incorporales de la Antigüedad clásica, asociados a un compromiso politeísta en vínculo con una multitud de Territorialidades clánicas y étnicas, sufrieron una transformación radical con la revolución trinitaria del cristianismo, medida sobre el ritornelo del signo de la cruz y que pasará a centrar no solamente el conjunto de los Territorios existenciales sociales sino también todas las conformaciones corporales, mentales, familiares sobre el único Territorio existencial de la encarnación y de la crucifixión crística. ¡Este inaudito *coup de force* de sujeción subjetiva desborda, evidentemente, el mero marco teológico! La nueva subjetividad de la culpa, de la contrición, del marcado del cuerpo y de la sexualidad, de la mediación redentora, es también una pieza esencial en los nuevos dispositivos sociales, en las nuevas máquinas de sometimiento que debían buscarse entre los vestigios del Bajo Imperio y las reterritorializaciones de los órdenes feudales y urbanos venideros.

Más próximo a nosotros, el relato mítico-conceptual del freudismo operó también una transformación de los cuatro

cuadrantes ontológicos. Toda una maquinaria dinámica y tóptica de la represión rige aquí la economía de los Flujos de libido; entre tanto, una zona de focos enunciativos (que el abordaje clínico había soslayado) de orden onírico, sexual, neurótico, infantil, relativo al lapsus o al chiste, invade el sector derecho de nuestro cuadro. El Inconsciente promovido como Universo de la no-contradicción, de la heterogénesis de los contrarios, envuelve los Territorios manifiestos del síntoma, cuya vocación a la autonomización, a la repetición autopoietica, pática y patógena, amenaza la unidad del yo. Y ésta se revelará, además, en el curso de la historia de la clínica analítica, cada vez más precaria y hasta fractalizada. La cartografía freudiana no es solamente descriptiva; es inseparable de la pragmática de la transferencia y de la interpretación. Por otra parte, conviene, en mi opinión, deslindar ésta de una perspectiva significacional y entenderla como conversión de los medios expresivos y como mutación de las texturas ontológicas que despejan nuevas líneas de posible, y esto por el simple hecho de que se instalan nuevas conformaciones de escucha y modelización. El sueño, objeto de renovado interés, narrado como un relato que encubre claves inconscientes, pasado por el tamiz de la asociación libre, sufre una profunda mutación. Del mismo modo en que tras la revolución del *Ars Nova*, en la Italia del siglo XIV, la música no será escuchada ya de la misma manera en el área cultural europea, el sueño y la actividad onírica cambiarán intrínsecamente de naturaleza en el seno de su nueva conformación referencial. Y, paralelamente, una multitud de ritornelos psicopatológicos no serán vividos ya, y por consiguiente modelizados, de la misma manera. El enfermo obsesivo que se lava las manos cien veces por día exacerbará su angustia solitaria en un contexto de Universos de referencia profundamente modificado.

Con la invención del dispositivo analítico, la modelización freudiana marcó un enriquecimiento indudable en la producción de subjetividad, una ampliación de sus constelaciones referenciales, una nueva apertura pragmática. Pero rápidamente encontró sus límites con sus concepciones familiaristas y universalizantes, con su práctica estereotipada de la interpretación, pero sobre todo con su dificultad para tomar campo más allá de la semiología lingüística. Mientras que el psicoanálisis conceptualiza la psicosis a través de su visión de la neurosis, el esquizoanálisis aborda todas las modalidades de subjetivación iluminado por el modo de ser en el mundo de la psicosis. Porque en ninguna otra parte se muestra al desnudo la modelización ordinaria de la cotidianidad (los “axiomas de cotidianidad”), que ponen obstáculos a las raíces de la función existencial a-significante, grado cero de cualquier modelización posible. Con la neurosis, la materia sintomática continúa sumergida en el ambiente de significaciones dominantes mientras que, en cambio, con la psicosis, el mundo del *Dasein* estandarizado pierde su consistencia. La alteridad como tal pasa a ser entonces la cuestión primera. Lo que, por ejemplo, se ve fragilizado, hendido, esquizado en el delirio y la alucinación, antes que el estatuto del mundo objetivo, es el punto de vista del otro en mí, el cuerpo reconocido en articulación con el cuerpo vivido y el cuerpo sentido; sólo las coordenadas de alteridad normalizadas dan su fundamento a la evidencia sensible.

La psicosis no es un objeto estructural, sino un concepto; no es una esencia inamovible, sino una maquinación que recommienza siempre al producirse cualquier encuentro con quien pasará a ser, a posteriori, el psicótico. Así pues, el concepto no es aquí una entidad cerrada sobre sí misma, sino la encarna-

ción maquina abstracta de la alteridad en su punto extremo de precariedad; es la marca indeleble de que todo, en este mundo, puede siempre estar en disyunción. El Inconsciente tiene muchísimo que ver con el concepto: es también una construcción incorporal que se apodera de la subjetividad en su punto de emergencia. Pero es un concepto que corre permanente riesgo de empastarse, que debe ser constantemente liberado de las escorias culturales que amenazan con reterritorializarlo. El Inconsciente demanda que se lo reactive, que se lo recargue maquinaicamente en razón de la virulencia de los acontecimientos que ponen la subjetividad en acto. La fractura esquizo es la vía regia de acceso a la fractalidad emergente del Inconsciente. Lo que podemos llamar reducción esquizo va mucho más allá de todas las reducciones eidéticas de la fenomenología, porque conduce hasta el encuentro de los ritornelos a-significantes que vuelven a producir relato, que refundan en el artificio una narratividad y una alteridad existenciales, así sean delirantes. Destaquemos de paso un curioso entrecruzamiento entre el psicoanálisis y la fenomenología: mientras que el primero dejó escapar, en lo esencial, la alteridad psicótica (debido, en particular, a sus concepciones reificantes en materia de identificación y de su incapacidad para pensar los devenires intensivos), la segunda, aunque produjo las mejores descripciones de la psicosis, no supo sacar a la luz, a través de ellas, el papel fundador de la modelización narrativa, soporte de la insoslayable función existencial del ritornelo: fantasmático, mítico, novelesco... Reaparece aquí el mecanismo de la paradoja de Tertuliano: si estos hechos han de considerarse indubitables, es porque es imposible que el hijo esté muerto, enterrado y resucitado. Justamente por lo mítica que es la teoría freudiana en muchos aspectos, puede engranar ritornelos de subjetivación mutante.

A la lógica tradicional de conjuntos calificados en forma unívoca (de suerte que siempre se pueda saber sin ambigüedad de uno de ellos si uno de sus elementos lo integra o no), la metamodelización esquizoanalítica le sustituye una ontológica, una maquínica de la existencia cuyo objeto no está circunscrito en coordenadas extrínsecas y fijas; y ese objeto, en todo momento, puede desbordar de sí mismo, puede proliferar o abolirse junto con los Universos de alteridad componibles con él. Como ya he señalado, los trabajos de Daniel Stern esclarecen este tipo de entidades transversalistas en el marco del desarrollo de las relaciones interpersonales del lactante.¹ La etología de las fases preverbales del niño revela, en efecto, un mundo psíquico en el que los personajes familiares no constituyen todavía polos estructurales autonomizados sino que dependen, para utilizar mi propia terminología, de Universos incorporales y de Territorios existenciales disyuntos, múltiples y enmarañados. Los Universos maternos, paternos, fraternos, los Territorios del yo se aglomeran en una suerte de fenómeno de bola de nieve autopoietica que torna por completo interdependiente el desarrollo del sentido del sí mismo y del sentido del otro.

Una primera conformación de subjetivación, que Daniel Stern denomina sí mismo emergente (*emergent self*), aparece desde el nacimiento y se despliega hasta el segundo mes. Al margen de cualquier distintividad lingüística o corporal, desarrolla un Universo de percepciones precoces de formas, intensidades, movimiento y número. Estas formas abstractas y amodales se instauran transversalmente a los diversos registros

1. *Op. cit.*

perceptivos, poseyendo el lactante, desde que nace, la extraordinaria capacidad de ver y oler lo que oye (y recíprocamente). El sí mismo emergente, atmosférico, pático, fusional, transiti-vista, ignora las oposiciones sujeto-objeto, yo-otro, y por supuesto masculino-femenino. Es el reino de una maternidad absoluta que no se presta a ninguna triangulación edípica, pero que tal vez será a posteriori (*Nachträglich*) el lugar electivo de un incesto esquizo hermano-hermana. Universo de emergencia, placa sensible de todos los devenires incorporales, este sí mismo emergente no es asimilable en modo alguno a un estadio psicogenético como el estadio oral. Primero, porque no es un estadio, ya que persistirá en paralelo con las otras formaciones del sí mismo y poblará la experiencia onírica, amorosa, poética del adulto. Después, porque la oralidad que pone en ejercicio no es pasivamente fisiológica o reducible a una cuestión de empuje, fuente, meta y objeto pulsional: es un foco parcial de subjetivación, activamente maquínico, conectado con los Universos de referencia más heterogéneos. Por ejemplo, el fantasma de devoración oral o de retorno al seno materno remite a una madre que no es real ni imaginaria ni simbólica, sino que es devenir cósmico, Universo tanto de emergencia procesual como de abolición. No nos encontramos por ello en el reino de las Imagos junguianas o de entidades mitológicas como Gea o Cronos. Los Universos de los que la boca y el pecho son operadores-ritornelo están constelados de manera heteróclita y hetero-genética: constituyen acontecimientos singulares.

Entre el segundo y el sexto mes, el sí mismo nuclear (*core self*) confiere su autocoherencia al cuerpo propio y al esquema corporal. Los datos propioceptivos y exteroceptivos se tornan entonces complementarios, mientras que la integración sensoriomotriz se desarrolla paralelamente a las interrelaciones con el medio ambiente. Se establece y se consolida un Territorio

de la acción, de la totalización física, de la pertenencia del afecto y de una protohistoricidad personal. La eventual fragilización de este Universo de corporeidad se manifestará más tarde en forma de catatonia, de parálisis histérica, de sentimiento de desrealización o de estado paranoide. La encontramos igualmente en la raíz de otra figura de la muerte, la muerte del cuerpo, el cadáver, la descomposición orgánica, que prevalecen en la neurosis obsesiva.

La constitución del sí mismo subjetivo (*subjective-self*), entre los siete y los quince meses, es correlativa de la estructuración de la afectividad. Una dialéctica llamada de armonización (*attunement*) se establece entre los afectos compartibles con otro y los no compartibles. Hay reconocimiento de que el otro puede sentir algo que el sujeto siente por sí mismo. En el seno de este Universo protosocial, siempre preverbal, se transmiten los rasgos familiares, étnicos, urbanos... digamos el Inconsciente cultural. Esta territorialidad subjetiva se ve coronada por la designación de la identidad propia (nombre y pronombre) en presencia del espejo, alrededor de los dieciocho meses.

El sí mismo verbal (*verbal self*), a partir de los dos años, nace al empezar a compartirse con el otro significaciones lingüísticas. Este sí mismo despliega la escena estructural de las identidades personológicas y de los complejos familiares con sus juegos de identificación, rivalidades, conflictos, negativismo, denegación, con sus disciplinas anales, educativas, sus prohibiciones, sus investiduras de la transgresión y del castigo... Será relevado por el sí mismo de lo escrito, asociado a las conformaciones escolares; luego, por el sí mismo puberal, con la intrusión de los componentes genitales; luego, por el sí mismo de los grupos etarios adolescentes, el sí mismo profesional, etc. Todos los Universos de referencia puestos en acto se superpondrán unos a otros, en una suerte de aglomeración existencial in-

corporal. Cuando uno de estos Universos se imponga en el primer plano no habrá, estrictamente hablando, represión de los otros sino puesta en reserva, en latencia, combinada eventualmente con una pérdida de consistencia de la constelación contextual; y ésta precisamente no se incluye en una tópica ni se equilibra en el seno de una economía energética. Toda representación metafórica de la pulsión, sea de orden tópico, dinámico o energético, corre el riesgo de soslayar arbitrariamente el carácter aporético de la cristalización de estos Territorios existenciales, a la vez incorporales, intensivos y multicomponentes. El lapsus, por ejemplo, desde esta perspectiva, no es la expresión conflictiva de un Contenido reprimido, sino la manifestación indicial positiva de un Universo que se busca, que viene a golpear a la ventana como un pájaro mágico.

El esquizoanálisis no consistirá, evidentemente, en remedar al esquizofrénico, sino en franquear como él las barreras de sinsentido que vedan el acceso a los focos de subjetivación asignificantes, única manera de poner en movimiento los sistemas de modelización petrificados. Implica un ensanchamiento óptimo de las entradas pragmáticas en las formaciones del Inconsciente. El autismo, por ejemplo, no referido ya con exclusividad a una regresión infantil de la era materna, será accesible a intervenciones distintas de la transferencia y centradas directamente en el cuerpo y en las identificaciones proyectivas. Su Universo caósmico puede constelarse, en efecto, con muchas otras Imagos además de la que corresponde a la madre personológica, con devenires vegetales, animales, cósmicos o maquínicos... El complejo psicótico no será exclusivamente tributario, pues, de la comunicación verbal y de la transferencia individuada. La cura del psicótico, en un contexto de psi-

coterapia institucional, labora a través de un abordaje renovado de la transferencia, centrada ahora en partes del cuerpo, en una constelación de individuos, en un grupo, un conjunto institucional, un sistema maquínico, una semiótica económica, etc. (injertos de transferencia), y concebida como devenir deseante, es decir, como intensidad existencial pática imposible de circunscribir como entidad diferenciada. Semejante proceder terapéutico tendrá el objetivo de ampliar todo lo posible la gama de los medios ofrecidos a la recomposición de los Territorios corporales, biológicos, psíquicos y sociales del paciente. Comprometerá con este fin múltiples vectores semióticos relativos a la corporeidad, la gestualidad, la posturalidad, los rasgos de fisonomía, la espacialidad, y que se conectan directamente con los niveles de conformaciones preverbales descritos por Daniel Stern. Tratada como conjunto de máquinas sociales autopoieticas y transversalistas, la institución asistencial podrá convertirse en campo propicio para una discernibilización de estos vectores que recortan la subjetividad individuada, que la trabajan como a pesar de ella misma.

Consideremos, por ejemplo, en la Clínica de La Borde, el subconjunto institucional constituido por la cocina. Este subconjunto conjuga dimensiones funcionales, sociales y subjetivas marcadamente heterogéneas. Este Territorio puede cerrarse sobre sí mismo, convertirse en lugar de comportamientos y actitudes estereotipados donde cada cual ejecuta mecánicamente su pequeño ritornelo. Pero también puede cobrar vida, engranar una aglomeración existencial, una máquina pulsional –y no solamente de orden oral– que influirá sobre las personas que participan en sus actividades o que sólo pasan por ahí. La cocina se convierte entonces en un pequeño escenario operísti-

co: allí se habla, se danza, se toca todo tipo de instrumentos, agua y fuego, masa de pastel y cubos de basura, relaciones de prestigio y de sumisión. En cuanto lugar de confección de los alimentos, es la sede de intercambio de Flujos materiales, señaléticos y de prestaciones de toda índole. Pero este metabolismo de Flujo sólo tendrá alcance transferencial si se da la condición de que el conjunto del dispositivo funcione efectivamente como estructura de acogida de los componentes preverbiales de los enfermos psicóticos. Este resorte de ambiente, de subjetivación contextual varía a su vez según el grado de apertura (coeficiente de transversalidad) de este subconjunto institucional al resto de la institución. La semiotización de un fantasma –por ejemplo el jefe que reencarna al “Père Lustucru”^{*}– depende, por tanto, de operadores externos. Desde este punto de vista, el buen funcionamiento de la cocina es inseparable de su articulación con los demás focos parciales de subjetivación de la institución (la comisión de menú, la hoja de información cotidiana sobre las actividades, los talleres de pastelería, invernadero, jardín, bar, las actividades deportivas, la reunión de los cocineros y un médico acerca de los enfermos de que se ocupan...). El psicótico que se acerca a un subconjunto institucional como el de la cocina atraviesa, pues, una zona de enunciación trabajada que, en ocasiones, puede estar más o menos cerrada sobre sí misma y sujeta a roles y funciones, pero que a veces puede encontrarse directamente conectada con Universos de alteridad que lo sacan de su cercamiento existencial. Menos que una decisión voluntaria, es la inducción de una conformación colectiva de enunciación inconsciente la que lo

^{*} *Lustucru*: contracción de *l'eusses-tu-cru* (¿lo hubieras creído?). Familiarmente alude a una persona ingenua, simple, tonta [n. del t.].

mueve a tomar una iniciativa, a aceptar una responsabilidad. Señalemos que “colectivo” no es aquí sinónimo de “grupál”; es una calificación que subsume elementos de intersubjetividad humana, pero también módulos sensibles y cognitivos pre-personales, procesos microsociales, elementos del imaginario social. Actúa de la misma manera sobre formaciones subjetivas no humanas, maquínicas, técnicas, económicas. El término es equivalente, pues, al de multiplicidad heterogénea. Así, en un contexto de psicoterapia institucional, lo que de un modo demasiado esquemático fue llamado relación asistente-asistido, se descompone en dimensiones heterogéneas: 1) de saber y tecnicidad psiquiátricos, relativos a trastornos bien circunscritos desde un punto de vista nosográfico; 2) de activación social en el seno de Territorios colectivos trabajados de manera permanente, y, 3) de aprehensión pática de las diferencias existenciales que entrañan los Universos psicóticos. El saber insta una distancia que la vida social colectiva tiende a disolver, mientras que la cesura existencial opera una aproximación mucho más íntima y enigmática. La formación en este dominio consistirá en articular estas tres dimensiones de un modo relativamente armonioso; en tanto que el tiempo de retorno al *socius* y a la técnica, tras la sumersión caósmica en la psicosis, es, de lejos, el más problemático.

El mundo psíquico más autístico no está carente, de por sí, en materia de alteridad. Simplemente, ésta se introduce en una constelación de Universos desconectada de las conformaciones de socialidad dominantes. Pueden tenderse puentes hacia el psicótico por mediaciones que darán consistencia a algunos de sus componentes de Universo o por agregación de otros que no preexistían. (Por la entrada de materias de expresión aún inéditi-

tas para el sujeto, relativas, por ejemplo, a las artes plásticas, el video, la música, el teatro o, simplemente... ¡la cocina!) La cartografía esquizoanalítica consistirá en discernibilizar estos componentes de escasa consistencia o existencia. Pero se trata de una empresa fundamentalmente precaria, creación continua que no disfruta de ningún soporte teórico preestablecido. La emergencia enunciativa de la cocina de La Borde –para continuar con el mismo ejemplo– podrá inducirla a cumplir un papel de analizador parcial, sin garantía en el tiempo. El carácter autopoietico de una instancia semejante reclama un permanente reabordaje de la conformación, una verificación de su capacidad de acogida de las singularidades a-significantes –los enfermos insoportables, los conflictos insolubles–, un reajuste constante de su apertura transversalista al exterior. Sólo la red de focos de enunciación parciales que comprende los grupos, las reuniones, los talleres, las actividades, las responsabilidades, las constelaciones espontáneas, los tratamientos individuales, podrá aspirar, en rigor, a este título de analizador institucional. El trabajo del psicoterapeuta en su despacho es tan sólo un eslabón en este dispositivo complejo; la transferencia individuada es tan sólo un elemento de la transferencia generalizada que se acaba de evocar. Así como el esquizo ha soltado amarras con la individuación subjetiva, del mismo modo el análisis del Inconsciente deberá recentrarse sobre los procesos de subjetivación no humanos que yo califico de maquínicos, pero que son más que humanos, suprahumanos en un sentido nietzscheano.

Este nuevo tipo de procedimiento no está reservado al análisis de los psicóticos sino que también concierne a los neuróticos, a los psicópatas, a los normópatas, según la afortunada expresión de Jean Oury. Pone igualmente sobre el tapete dispositivos analíticos venideros en el ámbito de la pedagogía, de la vida vecinal, de la ecología, de la tercera edad, de todo un

campo de revolución molecular; labora para salir de la desertificación social contemporánea. La apuesta de una recomposición teórica metamodelizante del análisis se hace proporcionalmente importante. Implica en prioridad un repudio de los conceptos universalistas y trascendentes del psicoanálisis, que coagulan y esterilizan la aprehensión de los Universos corporales y de los devenires singularizantes y heterogenéticos. En este aspecto, el concepto lacaniano de Significante representa a mi juicio un instrumento particularmente inadecuado para cartografiar la psicosis; lo es más aún para las formas de subjetividad maquínicas desarrolladas a partir de los *mass media*, de la informática, de los nuevos medios telemáticos y de la inflación de las velocidades “dromosféricas” (Paul Virilio) de intercambio, desplazamiento y comunicación. El Significante lacaniano homogeneiza las semióticas, pierde los caracteres de multidimensionalidad de muchas de ellas. Su linealidad fundamental, heredada del estructuralismo saussureano, no le permite aprehender el carácter pático, no discursivo, autopoietico de los focos de enunciación parciales. Un topos señalético remite siempre en él a un otro topos señalético, sin que se desprenda nunca la dimensión de aglomeración transtópica que caracteriza a las Territorialidades intensivas.

Ilustremos esta afirmación mediante la relectura lacaniana de la célebre observación de Freud sobre el juego de un niño de dieciocho meses, juego que consistía en arrojar, fuera de su cuna bordeada por un mosquitero, un carretel atado a la punta de un hilo, acompañando su desaparición con el sonido “¡Oooo!”, que Freud traducía en lengua alemana adulta por la palabra “Fort” (se fue) y su reaparición por “¡Da!” (acá está).²

Con este ritornelo Fort-Da, Freud entendía que el niño reproducía incesantemente la partida, la ausencia y el retorno de su madre. Además, ponía sobre todo el acento en la primera secuencia de rechazo, que consideraba más importante y de carácter penoso. Asociaba esta suerte de goce de repetición (propio, según él, de la infancia, mientras que los adultos se inclinarían más hacia un deseo de novedad) a la repetición de sueños de accidente, por ejemplo, que hallamos en ciertas neurosis traumáticas, o a la de los afectos opresivos indefinidamente repetidos en la transferencia psicoanalítica. La refería de manera más amplia a lo que él llamaba compulsión de repetición (*Wiederholungszwang*) obrante en el sadismo, el masoquismo, la ambivalencia, la agresividad y la mayoría de las neurosis. Esta compulsión pondría de manifiesto una tendencia incoercible (que él califica varias veces de demoníaca) a la descarga completa de la excitación, a la extinción de las tensiones y conflictos. Su economía no respondería ya al principio del placer, que tiende a sustituir un estado penoso por un estado agradable, puesto que repetiría al infinito un estado desagradable. Correspondería más bien al sometimiento de este principio del placer a una pulsión de muerte, a saber: una tendencia presunta de la vida a retornar por sí misma al estado inorgánico, no siendo las pulsiones de vida más que un rodeo provisorio en dirección a la muerte. Cuando, en sus *Escritos*,³ Lacan evoca este ritornelo Fort-Da, no toma ya en cuenta la cuestión de la ausencia de la madre. Según él, se trata esen-

rís, Payot, 1966, pág. 15. [Trad. cast.: "Más allá del principio de placer", *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984, 2da. edición, t. XVIII, pág. 15.]

3. *Ecrits*, París, Seuil, 1966, pág. 319. [Trad. cast.: *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, 14a. edición, págs. 306-307.]

cialmente de una encrucijada entre un juego de ocultación y una escansión alternativa de dos fonemas. La espera del retorno del objeto se constituye en “provocación anticipante”, que toma cuerpo “en la pareja simbólica de dos jaculatorias elementales” y anuncia en el sujeto “la integración diacrónica de la dicotomía de los fonemas, cuyo lenguaje existente ofrece la estructura sincrónica a su asimilación”.

Mientras que Freud remite el complejo juego del niño a la falta de la madre, haciéndolo tributario de una pulsión de muerte, Lacan lo refiere a la discursividad significativa del “lenguaje existente”. Lo cual no ahorra a este inocente ritor-nelo el estar marcado todavía por la muerte, de una manera más hegeliana, es verdad, ya que Lacan agrega, a propósito de este símbolo, que “se manifiesta en primer lugar como asesinato de la cosa y (que) esta muerte constituye en el sujeto la eternización de su deseo”. Así el carretel, el hilo, el mosquito-ro, la mirada del observador, todas las características singulares de la conformación de enunciación pasan a la trampa del Significante. En lugar de reconocer que a través de este ritor-nelo el niño se acerca a Universos inéditos de posible, con repercusiones virtuales incalculables, Lacan lo define como “un punto de inseminación de un orden simbólico que preexiste al sujeto infantil y según el cual le va a ser preciso estructurar-se”.⁴ En este caso, la estructura precede y envuelve a la máquina en una operación que la despoja de todos sus caracteres autopoiéticos y creativos. El orden simbólico pesa como una

4. *Op. cit.*, pág. 594. [Trad. cast.: *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987, 14a. edición, pág. 574.]

capa de plomo determinista, como un destino mortífero sobre las bifurcaciones posibles de los Universos incorporales. La eternización del deseo, mentada por Lacan, es una petrificación: por lo demás, en una frase siguiente se dice que la sepultura es el primer símbolo por el que reconocemos la humanidad.

El esquizoanálisis no hará depender, como Freud, el rítor-nelo Fort-Da de un sentimiento de frustración respecto de la madre y de principios universales de vida y muerte o, como Lacan, de un orden significante trascendente. Lo considerará como una máquina deseante que trabaja en la conformación del sí mismo verbal, en simbiosis con las otras conformaciones del sí mismo emergente, del sí mismo nuclear y del sí mismo subjetivo, inaugurando así un nuevo dominio del objeto, del tocamiento, de una espacialidad que se diferencia del espacio transicional de Winnicott.⁵ Como señala Freud, el Fort-Da reaparece en otros comportamientos, puede ser enunciado a propósito de la ausencia efectiva de la madre o bien de un juego del niño con su propia imagen en el espejo, a la que hace aparecer y desaparecer. Se trata, en realidad, de una máquina rica, multivalente, heterogenética, que no es legítimo fijar ni a una estasis materno-oral ni a una estasis de lenguaje, aunque participe indiscutiblemente de ambas. ¡Es todo eso a la vez y muchas otras cosas más! Se deberá optar aquí entre una concepción mecánica de la repetición mortífera y una concepción maquinica de la apertura procesual. Hay sin duda un rasgo genial en el presentimiento de Freud de una relación entre el au-

5. *La Psychanalyse*, tomo V, París, PUF, 1959.

tomatismo de repetición y una pulsión de muerte, relación que por mi parte acreditaría más bien a cierto deseo de abolición presente en toda máquina deseante. No hay cara a cara o relación de íntima intrincación entre dos pulsiones distintas: Eros y Tánatos; sino ida y vuelta a velocidad infinita entre el caos y la complejidad. Fort, es la sumersión caósica; Da, el dominio de una complexión diferenciada. La pulsión no es “conservadora”, como lo sería la pulsión de muerte (así se complace Freud en calificarla). La insistencia del fracaso, el eterno retorno de la astilla en la carne, la apariencia de fatalidad demoníaca que puede adoptar a veces la “mala pata” neurótica, se deben a la persistencia de una pérdida de consistencia de la conformación o, si se quiere, a la consistencia de una pérdida de consistencia (reterritorialización). La sumersión en la inmanencia caósica está siempre allí, acechando los menores desfallecimientos. Su presencia puebla, con mayor o menor intensidad, las situaciones precarias: una ausencia intolerable, un duelo, ciertos celos, cierta fragilización orgánica, un vértigo cósmico... Los rituales de conjuración que vienen a responderle pueden convertirse en ritornelos de fijación, de reificación, en una fidelidad tenaz al dolor o a la desgracia. Lejos estamos, sin duda, del ritornelo probablemente feliz del niño del Fort-Da. El Inconsciente de la hipótesis dualista de las pulsiones de vida y muerte, como el de la trascendencia del Significante, asesino de las “cosas” del contexto, petrifican la abolición caósica, haciéndole perder su inmanencia; la transforman en negatividad mortífera, en objeto cadavérico. Es verdad que cierto uso capitalístico reduccionista de la lengua vuelve a llevar cabalmente a ésta al estado de linealidad significativa de entidades discretas binarias que apagan, hacen callar, impotenzan y matan las cualidades polisémicas de un Contenido reducido al estado de “referente” neutro. ¿No es precisamente

tarea del análisis recargar la Expresión en heterogeneidad semiótica y salir al paso del desencantamiento, del desembrujamiento, de la despoetización del mundo contemporáneo denunciada por Max Weber?

4. LA CAOSMOSIS ESQUIZO

La “normalidad”, bajo la luz del delirio, de la lógica tecnocrática, bajo la ley del proceso primario freudiano, *pas de deux* hacia el caos en el intento de cercar una subjetividad alejada de los equilibrios dominantes, de captar sus líneas virtuales de singularidad, emergencia y renacimiento: ¿eterno retorno dionisiaco, o paradójico vuelco copernicano que se prolongaría en una inversión animista? Como mínimo, fantasma originario de una modernidad puesta incesantemente sobre el tapete y sin esperanza de remisión posmoderna. Siempre la misma aporía: la locura cercada en su extrañeza, reificada en una alteridad sin retorno habita de todos modos nuestra aprehensión ordinaria, sin cualidad, del mundo. Pero habría que ir más allá: el vértigo caótico que encuentra una de sus expresiones privilegiadas en la locura es constitutivo de la intencionalidad fundadora de la relación sujeto-objeto. La psicosis pone al desnudo un resorte esencial del ser-en-el-mundo.

Lo que prima, en efecto, en el modo de ser de la psicosis

—pero también, con otras modalidades, en el del “sí mismo emergente” de la infancia (Daniel Stern) o en el de la creación estética— es la irrupción en el primer plano de la escena subjetiva de un real “anterior” a la discursividad, cuya consistencia pática salta literalmente al cuello. ¿Debe considerarse que este real se ha coagulado, petrificado, vuelto catatónico por accidente patológico, o bien que estuvo allí en todo tiempo —pasados y futuros— al acecho de una puesta en acto que sancionaría la forclusión de una castración simbólica presunta? Tal vez sea necesario abrazar las dos perspectivas: estaba ya ahí como referencia virtual abierta, y surge correlativamente como producción *sui generis* de un acontecimiento singular.

Los estructuralistas actuaron con excesiva prisa al posicionar tópicamente lo Real de la psicosis por referencia a lo Imaginario de la neurosis y a lo Simbólico de la normalidad. ¿Qué ganaron con eso? Al erigir matemáticas universales de lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico, considerados cada uno de ellos de una pieza, reificaron, redujeron la complejidad de lo que estaba en juego, a saber: la cristalización de Universos reales-virtuales conformados a partir de una multiplicidad de Territorios imaginarios y semiotizados por las vías más diversas. Las complejidades reales —por ejemplo de la cotidianidad, del sueño, de la pasión, del delirio, de la depresión y de la experiencia estética— no son unas y otras de similar color ontológico. Por lo demás, no aparecen sufridas pasivamente ni articuladas mecánicamente o trianguladas dialécticamente con otras instancias. Una vez franqueados ciertos umbrales de consistencia autopoiética, se ponen a trabajar por cuenta propia, constituyendo focos de subjetivación parcial. Señalemos que sus instrumentos expresivos (de semiotización, codificación, catálisis, moldeado, resonancia, identificación) no se resumen en una sola economía significante. La práctica de la psicoterapia

institucional nos ha enseñado la diversidad de modalidades en que se aglomeran estas múltiples estasis reales o virtuales: las del cuerpo y el soma, el yo y el otro, el espacio vivido y los ritornelos temporales, el *socius* familiar y el *socius* artificialmente elaborado para abrir otros campos de posible, las de la transferencia psicoterapéutica o incluso de Universos inmateriales aferentes a la música, a las formas plásticas, a los devenires animales, vegetales, maquínicos...

Las complexiones del real psicótico en su emergencia clínica constituyen una vía exploratoria privilegiada de los demás modos de producción ontológicos, por cuanto revelan sus facetas de exceso, de experiencias límite. Así, la psicosis puebla no sólo la neurosis y la perversión, sino también todas las formas de normalidad. La patología psicótica se especifica en el hecho de que, por equis razones, los ida y vuelta esperados y las relaciones polifónicas “normales” entre los diferentes modos de puesta en el ser de la enunciación subjetiva, ven comprometida su heterogeneidad por la repetición, la insistencia exclusiva de una estasis existencial que yo califico de caósmica y que es susceptible de tomar todos los tintes de una gama esquizo-paranoica-maníaca-epileptoide, etc. En cualquier otra parte dicha estasis sólo se aprehende mediante una evitación, un desplazamiento, un desconocimiento, una desfiguración, una sobredeterminación, una ritualización... En estas condiciones, la psicosis podría ser definida como una hipnosis de lo real. Aquí, un sentido de ser en sí se impone previamente a cualquier esquema discursivo, únicamente posicionado a través de un continuo intensivo cuyos rasgos de distintividad no son aprehensibles por un aparato de representación sino por una absorción pática existencial, una aglomeración preyoica, preidentificatoria. Mientras que el esquizofrénico está como instalado en pleno centro de esta hiancia caótica, el delirio pa-

ranoico manifiesta una voluntad ilimitada de tomar posesión de ella. Por su lado, los delirios pasionales (Sérieux, Capgras y de Clérambault) marcarían una intencionalidad de acaparamiento de la caosmosis menos cerrada, más procesual. Las perversiones implican ya una recomposición significativa de polos de alteridad a los que se ordena encarnar desde el exterior una caosmosis dominada, teleguiada por libretos fantasmáticos. En cuanto a las neurosis, presentan todas las variantes de evitación recién mencionadas, empezando por la más simple, la más reificante, la de la fobia, continuando por la histeria, que le forja sustitutos en el espacio social y el cuerpo, para terminar por la neurosis obsesiva, que segrega a su respecto una perpetua “diferancia” (Derrida) temporal, una infinita procrastinación.

Este tema de la inmanencia caósmica y estas pocas variaciones nosográficas exigirían muchos más desarrollos; si se las mencionó aquí fue tan sólo para introducir la idea de que la aprehensión ontológica propia de la psicosis no es para nada sinónimo de una simple degradación caótica, de un trivial incremento de entropía. Se trataría de reconciliar el caos y la complejidad. (Es mérito de Freud haber indicado este camino en la *Traumdeutung*.) ¿Por qué calificar de caótica la homogenización de los referentes ontológicos, y a través de ella la latente de las demás modalidades de subjetivación? Lo que ocurre es que, en cualquier caso, la puesta en el mundo de una complejidad de sentido implica siempre una toma de posesión masiva e inmediata del conjunto de la diversidad contextual, una fusión en un todo indiferenciado o, más bien, desdiferenciado. Un mundo sólo se constituye a condición de ser habitado por un punto de ombligo, de desconstrucción, de destotalización y

de desterritorialización, a partir del cual se encarna una posicionalidad subjetiva. Por efecto de un foco tal de caosmosis, el conjunto de los términos diferenciales, de las oposiciones distintas, de los polos de discursividad son objeto de una conectividad generalizada, de una mutabilidad indiferente, de una descalificación sistemática. Esta vacuola de descompresión es al mismo tiempo núcleo de autopoiesis sobre el cual se reafirman constantemente y se anudan, insisten y toman consistencia los Territorios existenciales y los Universos de referencia incorporeales. Esta oscilación a velocidad infinita entre un estado de *grasping* caótico y el despliegue de complejiones ancladas en el seno de coordenadas mundanas, se instaura de este lado del espacio y del tiempo, de este lado de los procesos de espacialización y temporalización. Las formaciones de sentido y los estados de cosas se caotizan así por el mismo movimiento en que se pone en existencia su complejidad. Una cierta modalidad de maltrato caótico de su constitución, de su organicidad, de su funcionalidad y de sus relaciones de alteridad está siempre en la raíz de un mundo.

No opondremos aquí, como en la metapsicología freudiana, dos pulsiones antagonistas de vida y muerte, de complejidad y caos. La intencionalidad objetal más originaria se recorta sobre fondo de caosmosis. Y el caos no es una pura indiferenciación; posee una trama ontológica específica. Está habitado por entidades virtuales y por modalidades de alteridad que nada tienen de universal. No es, por lo tanto, algo del Ser en general lo que irrumpe en la experiencia caótica de la psicosis o en la relación pática que se puede mantener con ella, sino un acontecimiento fechado, firmado, señalador de un destino, modificador de las significaciones anteriormente estratificadas. Después de semejante proceso de descalificación y homogeneización ontológica, nada será ya como antes. Pero el acontecimiento es insepa-

rable de la textura del ser traído a la luz. Lo corrobora el aura psicótica que asocia un sentimiento de catástrofe de fin del mundo (François Tosquelles) y el sentimiento perturbador de una redención inminente de todos los posibles o, en otros términos, el ida y vuelta enloquecedor entre una complejidad proliferante de sentidos y una total vacuidad, una derelicción irremisible de la caosmosis existencial.

Lo esencial de señalar en la aprehensión pática del delirio, del sueño y de la pasión, es que la petrificación ontológica, la congelación existencial de la heterogénesis de entes que se manifiesta en ellos según estilos particulares, está siempre latente en las otras modalidades de subjetivación. Es como un congelamiento de imagen que a la vez revela su posición de base (o de bajo) en la polifonía de los componentes caósmicos, e intensifica su potencia relativa. No constituye, por lo tanto, un grado cero de la subjetivación, un punto negativo, neutro, pasivo, deficitario, sino un grado extremo de intensificación. Sólo pasando por esa “toma de tierra” caótica, por esa oscilación peligrosa, otra cosa se hace posible y pueden emerger bifurcaciones ontológicas y coeficientes de creatividad procesual. El hecho de que el enfermo psicótico sea incapaz de un restablecimiento heterogénico no desmiente la riqueza de experimentación ontológica con la que se confronta a pesar suyo. A esto se debe el que la narratividad delirante, en cuanto potencia discursiva finalizada sobre la cristalización de un Universo de referencia o de una sustancia no discursivas, constituya el paradigma de la construcción y reconstrucción de los mundos míticos, místicos, estéticos y hasta científicos. La existencia de estasis caósmicas no es en absoluto privilegio de la psicopatología. Su presencia puede ser hallada en el seno de

filosofías como la de Pascal o hasta de los autores más racionalistas. La secuencia cartesiana de la duda generalizada, que precede al aferramiento de extrema urgencia al Cogito y al que sucederá el reencuentro con Dios y la refundación del mundo, puede ser emparentada con aquella reducción esquizo-caótica: el hecho de que la complejidad y la alteridad se vean tentados (por el genio maligno) a bajar los brazos, confiere a la subjetividad una potencia suplementaria de fuga al exterior de las coordenadas espacio-temporales que, por otra parte, hallan así confortación. De una manera más general, puede entenderse que un colapso del sentido será asociado siempre a la promoción de eslabones de discursividad a-significantes consagrados al trenzado ontológico de un mundo autoconsistente. La ruptura producida por el acontecimiento adviene así al corazón del ser, y desde aquí está en condiciones de generar nuevas mutaciones ontológicas. Las oposiciones distintivas, las sintaxis y semánticas relativas a los códigos, señales y significantes, prosiguen su ronda, pero al lado de su estrato de origen. Como en el delirio, señaléticas y semióticas echan a volar. La caosmosis esquizo es un medio de apercepción de las máquinas abstractas que obran transversalmente a los estratos heterogéneos. El paso por la homogeneización cósmica, que puede ser (pero esto nunca está garantizado mecánica o dialécticamente) una vía de acceso hacia la heterogénesis complexual, no constituye una zona de ser traslúcida, indiferente, sino un intolerable foco de creacionismo ontológico.

Al deshacer la heterogénesis ontológica que confiere su diversidad al mundo, y su distracción (en el sentido pascaliano) a la subjetividad, la homogeneización esquizo exacerba la potencia de transversalidad de la caosmosis, su aptitud para atravesar los estratos y para franquear los muros. De ahí la capacidad, frecuentemente señalada, de muchos esquizofrénicos para re-

velar como por inadvertencia las intenciones más secretas de su interlocutor, para leer, en cierto modo, el Inconsciente a libro abierto. La complejidad, desligada de sus coacciones discursivas significantes, se encarna entonces en danzas maquínicas abstractas, mudas, inmóviles y estupefacientes. Conviene cuidarse de hacer un uso simplificador y reificante de categorías tales como el autismo y la disociación para calificar la extrañeza esquizo, la pérdida del sentimiento vital en las depresiones, lo gliscoide en la epilepsia... Antes que con alteraciones deficitarias globales y estándares de una subjetividad normal, se está frente a las modalidades a la vez plurales y singulares de una autoalteridad. Yo es otro, una multiplicidad de otros encarnada en el cruzamiento de componentes de enunciaciones parciales que desbordan por todos lados la identidad individuada y el cuerpo organizado. El cursor de la caosmosis no cesa de oscilar entre estos diversos focos enunciativos, no para totalizarlos, sintetizarlos en un yo trascendente, sino para hacer de él, pese a todo, un mundo. Estamos así en presencia de dos tipos de homogenésis: una homogenésis normal y/o neurótica, que se cuida de ir demasiado lejos y por demasiado tiempo hacia una reducción caós mica de tipo esquizo, y una homogenésis extrema, pática-patológica conducente a un punto de posicionamiento de complexiones mundanas donde resultan conjugados no sólo componentes de sensibilidad engastados en un tiempo y un espacio, componentes afectivos y cognitivos, sino también “cargas” axiológicas éticas y estéticas. En el pasivo de la ontología esquizo hallamos, pues, la homogenésis reductora, la pérdida de los colores, sabores y timbres de los Universos de referencia, pero en su activo una alterificación emergente desembarazada de las barreras miméticas del yo. El ser se afirma como responsabilidad del otro (Lévinas) cuando focos de subjetivación parcial se constituyen

en absorción o en adsorción con la toma de autonomía y de autopoiesis de procesos creadores.

No se trata en absoluto de convertir al esquizo en héroe de los tiempos posmodernos, y sobre todo tampoco de subestimar, en el seno del proceso psicótico, el peso de los componentes sistémicos orgánicos, somáticos, imaginarios, familiares, sociales, sino de localizar los efectos de inhibiciones intercomponenciales que conducen a un frente a frente *en impasse* con la inmanencia caótica. Las estratificaciones sociales están dispuestas de modo tal que conjuren todo lo posible la inquietante extrañeza generada por una fijación demasiado marcada a la caosmosis. Hay que andar rápido, no detenerse en lo que amenaza con envascarnos: la locura, el dolor, la muerte, la droga, el vértigo del cuerpo sin órgano, la extrema pasión... Todos estos aspectos de la existencia son, indudablemente, objeto de una toma en cuenta funcional por el *socius* dominante, pero siempre como correlato de un desconocimiento activo de su dimensión caótica. El abordaje reactivo de la caosmosis segrega entonces un imaginario de eternidad, en particular a través de los *mass media*, que soslaya su dimensión esencial de finitud: la facticidad del ser-ahí, sin cualidad, sin pasado, sin porvenir, en absoluta derelicción y sin embargo foco virtual de complejidad sin tope. Eternidad de un mundo adulto profundamente infantil que hay que situar en oposición a la hiperlucidez del niño en meditación solitaria sobre el cosmos o del devenir-niño de la poesía, la música, la experiencia mística. Solamente cuando en lugar de reimpulsar complejiones de alteridad y de relanzar procesos de semiotización, la caosmosis se coagula, implota en abismo de angustia, de depresión, de desconcierto mental, entonces, desde luego, se plantea la cuestión de una recomposición de Territorios existenciales, de "injertos de transferencia", de relevos dialógicos,

de una invención de pragmáticas asistenciales e institucionales de toda clase. No hay heroísmo, pues, de la psicosis, sino, por el contrario, ajustamiento incomplaciente del cuerpo cósmico que ella lleva a la incandescencia y cuyos desechos mortificados son laminados hoy por la quimioterapia, desde que cesó de ser cultivado, como flores monstruosas, por el Manicomio tradicional.

La pulverulencia delirante primaria o las grandes construcciones narrativas de la paranoia, vías de curación precarias de la intrusión de lo absoluto, no pueden ser situadas en el mismo plano que los sistemas de defensa bien socializados: juegos, deportes, manías mantenidas por los medios de comunicación de masas, fobias racistas... Con todo, su mezcla es el pan cotidiano de la psicoterapia institucional y de los esquizoanálisis.

Es igualmente, pues, en el seno de un fárrago de enunciados banales, de prejuicios, de estereotipos, de estados de hecho aberrantes, de toda una libre asociación de lo cotidiano donde conviene deslindar, todavía y siempre, esos puntos Z o Zen de la caosmosis que sólo pueden localizarse a contrasentido, a través de los lapsus, síntomas, aporías, *acting out* sobre escenas somáticas, un teatralismo familiarista, o a través de los engranajes institucionales. Esto se debe, lo repito, a que la caosmosis no es lo propio de la psique individuada. Nos confrontamos con ella en la vida de grupo, en las relaciones económicas, el maquinismo, por ejemplo informático, e incluso en el seno de los Universos incorpóreos del arte o la religión. Cada vez, ella llama a la reconstrucción de una narratividad operacional, es decir, de una narratividad que funciona más allá de la información y de la comunicación, como cristalización existencial de una heterogénesis ontológica. El hecho de

que la producción de una nueva complejión real-otro-virtual resulte siempre de una ruptura de sentido, de un cortocircuitado de las significaciones, del descubrimiento de una repetición no redundante, autoafirmativa de su propia consistencia y de la promoción de focos de alteridad parciales no “identificables” —que escapan a la identificación—, condena al terapeuta o al operador de salud mental a un estrabismo ético esencial. Por una parte, trabaja en el registro de una hetero-génesis de aquí y de allí para remodelar Territorios existenciales, forjar componentes semióticos de pasaje entre bloques de inmanencia en vías de petrificación... Por la otra, no puede aspirar a un acceso pático a la cosa caósica —en el seno de la psicosis y de la institución— sino en la medida en que él mismo, de una u otra manera, se recree, se reinvente como cuerpo sin órgano receptivo a las intensidades no discursivas. De su propia inmersión en la inmanencia homogenética dependen sus posibles conquistas de coeficientes suplementarios de libertad heterogenética, su acceso a Universos de referencia mutantes y su entrada a registros renovados de alteridad.

Las categorías nosográficas, las cartografías psiquiátricas y psicoanalíticas traicionan necesariamente la textura caósica de la transferencia psicótica. Constituyen lenguas, entre otras modelizaciones —las del delirio, la novela, la serie de televisión— que no podrían aspirar a ninguna eminencia epistemológica. ¡Nada más, pero nada menos! Lo que ya es quizá mucho, porque a través de ellas se encarnan roles, puntos de vista, comportamientos de sumisión y hasta, por qué no, procesos liberadores. ¿Quién dice la verdad? Esa no es más la cuestión, sino cómo, en qué condiciones puede nacer mejor la pragmática de los acontecimientos incorpóreos que recompondrán un

mundo, que reinstaurarán una complejidad procesual. Las modelizaciones idiosincrásicas injertadas en un análisis dual, un autoanálisis, una psicoterapia de grupo... están llamadas siempre a tomar préstamos de las lenguas especializadas. Nuestra problemática de caosmosis y de salida esquizoanalítica del encierro significativo apunta, como contrapartida de esos préstamos, a una necesaria desconstrucción a-significante de su discursividad y a una puesta en perspectiva pragmática de su eficacia ontológica.

5. LA ORALIDAD MAQUÍNICA Y LA ECOLOGÍA DE LO VIRTUAL

¡No hables con la boca llena, es mala educación! O hablas, o comes. Las dos cosas a la vez, no. Se tiene de un lado un flujo diferenciado –la variedad de los alimentos tomados en un proceso de disgregación, de caotización, aspirado por un adentro de carne– y, del otro, un flujo de articulaciones elementales –fonológicas, sintácticas, proposicionales– que inviste y constituye un afuera complejo, diferenciado. Pero la oralidad, justamente, está en el cruce. La oralidad habla con la boca llena. Está llena de adentro y llena de afuera. A un tiempo, es complejidad en involución caótica y simplicidad en vías de complejización infinita. Danza del caos y de la complejidad.

Freud mostraba ya que objetos simples como la leche o la mierda sostenían Universos existenciales hartos complejos, la oralidad, la analidad, trenzando maneras de ver, síntomas, fantasmas... Y recordamos una de las primeras distinciones lacanianas entre la palabra vacía y la palabra plena. ¿Pero plena de qué? Plena de adentros y de afueras, de líneas de virtualidades,

de campos de posible. Palabra que no es un simple medio de comunicación, agente de transmisión de información, sino que engendra ser-ahí, palabra interfaz entre el en-sí cósmico y el para-sí subjetivo.

La palabra se vacía cuando pasa a depender de semiologías de lo escrito ancladas en el orden de la ley, del control de los hechos, gestos y sentimientos. La voz de la computadora –“No se ha abrochado usted el cinturón”– deja poco espacio a la ambigüedad. La palabra ordinaria se esfuerza, por el contrario, en conservar viva la presencia de un mínimo de componentes semióticos llamados no verbales, donde las sustancias de expresión constituidas a partir de la entonación, del ritmo, de los rasgos de rostreidad, de las posturas, se intersectan, se relevan, se superponen, conjurando de antemano el despotismo de la circularidad significativa. Pero, en el supermercado, la palabrería ya no tiene tiempo para apreciar la calidad de un producto ni lo tiene el regateo para fijar el justo precio. La información necesaria y suficiente ha evacuado las dimensiones existenciales de la expresión. No estamos allí para existir sino para cumplir nuestro deber de consumidores.

¿Constituye la oralidad un polo refugio de la polivocidad semiótica, una reactualización en tiempo real de la emergencia de la relación sujeto-objeto? A decir verdad, no me parecería pertinente una oposición demasiado marcada entre lo oral y lo escrito. Lo oral más cotidiano está sobrecodificado por lo escrito; lo escrito más sofisticado está trabajado por lo oral. Partiremos más bien de los bloques de sensaciones compuestos por las prácticas estéticas más acá de lo oral, de lo escriturario, de lo gestual, de lo postural, de lo plástico... que tienen la función de desbaratar las significaciones pegadas a las percepcio-

nes triviales y a las opiniones que impregnan los sentimientos comunes. Esta extracción de perceptos y de afectos desterritorializados a partir de las percepciones y de los estados de alma banales nos hace pasar de la voz del discurso interior y de la presencia a sí, en lo que pueden tener de más estandarizado, a vías de pasaje hacia formas de subjetividad radicalmente mutantes. Subjetividad del afuera, subjetividad de alta mar que, lejos de temer a la finitud, a la difícil prueba de vida, de dolor, de deseo y de muerte, las acoge como un pimienta esencial para la cocina vital.

El arte de la performance entrega el instante al vértigo de la emergencia de Universos a la vez extraños y familiares. Tiene el mérito de llevar al extremo las implicaciones de esa extracción de dimensiones intensivas, a-temporales, a-espaciales, a-significantes, a partir del entramado semiótico de la cotidianidad. Nos pega la nariz sobre la génesis del ser y de las formas antes de que éstas se tomen los pies en las redundancias dominantes, incluidas las de los estilos, las escuelas, las tradiciones de la modernidad. Pero este arte no me parece implicar tanto el retorno a una oralidad originaria, como una fuga hacia adelante en las maquinaciones y en las vías maquínicas desterritorializadas capaces de engendrar subjetividades mutantes. Quiero decir que hay algo de artificial, de construido, de compuesto –lo que yo llamo una procesualidad maquínica– en el redescubrimiento de la oralidad por la poesía sonora. De una manera más general, todo descentramiento estético de los puntos de vista, toda desmultiplicación polifónica de los componentes de expresión pasan por lo previo de una desconstrucción de las estructuras y de los códigos en vigor y por una inmersión caótica en las materias de sensación. A partir de ellas volverá a ser posible una recomposición, una recreación, un enriquecimiento del mundo (un poco como se habla de ura-

nio enriquecido), una proliferación no solamente de las formas sino de las modalidades de ser. Por lo tanto, no hay oposición maniquea y nostálgica del pasado entre una oralidad buena y una escriturariidad mala, sino búsqueda de focos enunciativos que instauren nuevos clivajes entre otros adentros y otros afue-
ras y que promocionen un distinto metabolismo pasado-futuro a partir del cual la eternidad pueda coexistir con el instante presente.

Son las máquinas estéticas las que, en nuestra época, nos proponen los modelos relativamente mejor realizados de esos bloques de sensación susceptibles de extraer sentido pleno a partir de todas esas señaléticas vacías que nos invisten por todas partes. Es en el *maquis* del arte donde se encuentran los más consecuentes núcleos de resistencia a la apisonadora de la subjetividad capitalística, la de la unidimensionalidad, del equivaler generalizado, de la segregación, de la sordera a la verdadera alteridad. ¡No se trata de tener a los artistas por los nuevos héroes de la revolución, por las nuevas palancas de la Historia! El arte aquí no es solamente obra de los artistas patentados sino también de toda una creatividad subjetiva que atraviesa las generaciones y los pueblos oprimidos, los guetos, las minorías... Quisiera señalar únicamente que el paradigma estético, el de la creación y la composición de preceptos y de afectos mutantes, ha pasado a ser el de todas las formas posibles de liberación, expropiando los antiguos paradigmas científicos a los que eran referidos, por ejemplo, el materialismo histórico o el freudismo. El mundo contemporáneo, enredado en sus atolladeros ecológicos, demográficos, urbanos, es incapaz de asumir las extraordinarias mutaciones técnico-científicas que lo sacuden, de una manera compatible con los intere-

ses de la humanidad. Se ha metido en una carrera vertiginosa, hacia el abismo o hacia una renovación radical. Las brújulas económicas, sociales, políticas, morales, tradicionales se estropean una tras otra. Se torna imperativo refundar los ejes de valores, las finalidades fundamentales de las relaciones humanas y de las actividades productivas. Una ecología de lo virtual se impone, pues, tanto como las ecologías del mundo visible. Y en este aspecto la poesía, la música, las artes plásticas, el cine, sobre todo en sus modalidades performanciales o performativas, tienen un lugar importante que ocupar por su aporte específico y como paradigma de referencia en el seno de nuevas prácticas sociales y analíticas-psicoanalíticas, en una acepción sumamente ampliada. Más allá de las relaciones de fuerza actualizadas, la ecología de lo virtual se propondrá no solamente preservar las especies amenazadas de la vida cultural, sino igualmente engendrar las condiciones de creación y desarrollo de formaciones de subjetividad inauditas, nunca vistas, nunca sentidas. Es decir que la ecología generalizada —o la ecosofía— obrará como ciencia de los ecosistemas, como apuesta de regeneración política, pero también como compromiso ético, estético, analítico. Tenderá a crear nuevos sistemas de valorización, un nuevo gusto por la vida, una nueva ternura entre los sexos, los grupos de edad, las etnias, las razas...

Curiosos artefactos, me dirán ustedes, esas máquinas de virtualidad, esos bloques de perceptos y de afectos mutantes, mitad-objeto mitad-sujeto, ya ahí en la sensación y fuera de sí mismas en los campos de posible. No se las encontrará fácilmente en el mercado habitual de la subjetividad y menos aún, tal vez, en el del arte; y sin embargo, ellas pueblan todo cuanto es involucrado por la creación, el deseo de devenir otro como,

en otra parte, por el desorden mental o las pasiones de poder. Intentemos, ahora, diseñar su perfil a partir de algunas características principales.

Las conformaciones de deseo estético y los operadores de la ecología de lo virtual no son entidades que se puedan circunscribir fácilmente en la lógica de los conjuntos discursivos. No tienen ni adentro ni afuera. Son interfaces fuera del límite que segregan la interioridad y la exterioridad y se constituyen en la raíz de todo sistema de discursividad. Son devenires, entendidos como focos de diferenciación anclados en el corazón de cada dominio, pero también entre dominios diferentes para acentuar su heterogeneidad. Un devenir niño (por ejemplo en la música de Schumann) se extrae de los recuerdos de infancia para encarnar un presente perpetuo que se instaura como cruce, juego de bifurcaciones entre devenir mujer, devenir planta, devenir cosmos, devenir melódico...

Estas conformaciones no pueden determinarse en función de sistemas de referencia extrínsecos, como las coordenadas energético-espacio-temporales o las coordenadas semánticas bien catalogadas. Pero ello no impide que se las aprehenda a partir de tomas de consistencias ontológicas transactivistas, transversalistas y páticas. Se traba conocimiento con ellas no por representación sino por contaminación afectiva. Se ponen a existir en nosotros, a pesar de nosotros. Y no solamente a título de afectos bastos, indiferenciados, sino de composición hipercompleja: "Esto es Debussy, esto es jazz, esto es Van Gogh". La paradoja a la que la experiencia estética nos remite constantemente consiste en que estos afectos, como modo de aprehensión existencial, se dan de una sola pieza, a pesar o al lado del hecho de que rasgos indicativos, ritornelos señaléticos son necesarios para catalizar su existencia en campos de representación. Estos juegos de representación poseen múltiples registros que

inducen Universos existenciales de implicaciones imprevisibles. Pero, sea cual fuere su sofisticación, un bloque de percepción y de afecto, a través de la composición estética, aglomera en una misma toma transversal el sujeto y el objeto, el yo y el otro, lo material y lo incorporal, el antes y el después... En síntesis, el afecto no es asunto de representación y de discursividad, sino de existencia. Resulta que estoy embarcado en un Universo debussista, en un Universo *blues*, en un devenir fulgurante de Provence. He cruzado un umbral de consistencia. Más acá del influjo de este bloque de sensación, de este foco de subjetivación parcial, era la grisalla; más allá, yo mismo ya no soy como antes, me veo arrastrado en un devenir otro, llevado más allá de mis Territorios existenciales familiares.

Y no se trata aquí de una simple configuración gestaltista que cristalice la prevalencia de una “buena forma”. Se trata de algo más dinámico que yo quisiera situar en el registro de la máquina, que opongo aquí al de la mecánica. Fue en su carácter de biólogos como Humberto Maturana y Francisco Varela propusieron el concepto de máquina autopoietica para definir los sistemas vivos. Me parece que su noción de autopoiesis como capacidad de autorreproducción de una estructura o de un ecosistema, podría ser extendida con beneficio a las máquinas sociales, a las máquinas económicas e incluso a las máquinas incorporales de la lengua, de la teoría, de la creación estética. El jazz, por ejemplo, se nutre a la vez de su genealogía africana y de sus reactualizaciones en formas múltiples y heterogéneas. Así ocurrirá mientras viva. Pero, como toda máquina autopoietica, puede morir por falta de realimentación o derivar hacia destinos que lo tornen extraño a sí mismo.

He aquí, pues, una entidad, un ecosistema incorporal cuyo ser no viene garantizado del exterior y que vive en simbiosis con la alteridad que él mismo concurre a engendrar, amenaza-

da de desaparecer si su esencia maquínica se daña por accidente –los buenos y los malos encuentros del jazz con el rock– o cuando su consistencia enunciativa pasa por debajo de cierto umbral. No se trata de un objeto “dado” en coordenadas extrínsecas, sino de una conformación de subjetivación que otorga sentido y valor a Territorios existenciales determinados. Esta conformación debe trabajar para vivir, procesualizarse a partir de las singularidades que la percuten. Todo esto implica la idea de una necesaria práctica creativa e incluso de una pragmática ontológica. Son nuevos modos de ser del ser los que crean los ritmos, las formas, los colores, las intensidades de la danza. Nada cae por su peso. Hay que volver a tomar todo desde cero, en el punto de emergencia caótica. Potencia del eterno retorno del estado naciente.

Después de Freud, los psicoanalistas kleinianos y lacanianos, cada cual a su manera, aprehendieron este tipo de entidad en su propio campo de investigación. Lo bautizaron “objeto parcial”, “objeto transicional”, situándolo en la bisagra de una subjetividad y de una alteridad a su vez parciales y transicionales. Pero nunca lo desinsertaron de una infraestructura pulsional causalista; nunca le confirieron dimensiones de Territorio existencial multivalente y de creatividad maquínica de horizontes ilimitados. Es verdad que Lacan, con su teoría del “objeto a”, tuvo el mérito de desterritorializar la noción de objeto del deseo. Lo definió como no especularizable, lo que le permitía escapar a las coordenadas de espacio y de tiempo. Lacan lo sacó del campo limitado al que lo habían afectado los posfreudianos –el del pecho materno, las heces y el pene– para vincularlo a la voz y a la mirada. Pero no extrajo las consecuencias de su ruptura con el determinismo freudiano y no si-

tuó adecuadamente las “máquinas deseantes” –cuya teoría esbozó– en los campos de virtualidad incorpóreas. Este objeto-sujeto del deseo, como los atractores extraños de la teoría del caos, sirve de punto de anclaje en el seno de un espacio de fase¹ (aquí, un Universo de referencia) sin ser nunca idéntico a sí mismo, en fuga permanente sobre una línea fractal. A este respecto no sólo habría que evocar una geometría fractal, sino también una ontología fractal. Es el propio ser el que muda, brota, se transfigura. Los objetos del arte y del deseo se aprehenden en Territorios existenciales que son a la vez cuerpo propio, yo, cuerpo materno, espacio vivido, ritornelos de la lengua materna, rostros familiares, relato familiar, étnico... Ninguna entrada existencial tiene prioridad sobre las demás. No es cuestión, pues, de infraestructura causal y de superestructura representativa de la psique, ni de un mundo separado de la sublimación. La carne de la sensación y la materia de lo sublime están inextricablemente mezcladas. La relación con el otro no procede por identificación de ícono preexistente, inherente a cada individuo. La imagen es portata por un devenir otro, ramificado en devenir animal, devenir planta, devenir máquina y, llegado el caso, devenir humano.

¿Cómo sostener unidas esta inmersión sensible en una materia finita, en una composición encarnada, así fuesen las más desterritorializadas, como sucede con la materia de la música o con la materia del arte conceptual, y esta hipercomplejidad, esta autopoiesis de los afectos estéticos? De manera compulsi-

1. Espacio abstracto donde los ejes representan las variables que caracterizan al sistema.

va, vuelvo a aquel ida y vuelta incesante entre la complejidad y el caos. Un grito, un azul monocromo hacen surgir un Universo incorporal, intensivo, no discursivo, pático; y a continuación son arrastrados otros Universos, otros registros, otras bifurcaciones maquínicas. Constelaciones singulares de Universos. Los relatos, los mitos, los íconos más elaborados nos reconducen siempre a ese punto de báscula caósmica, a esa singular oralidad ontológica. Algo se absorbe, se incorpora, se digiere, a partir de lo cual nuevas líneas de sentido se esbozan y prolongan. Había que pasar por ese punto de ombligo –las escaras blancas y grisáceas en el fondo de la garganta de Irma, en el sueño princeps de Freud, o en rigor un objeto fetiche y conjuratorio– para que pueda advenir un retorno de finitud y de precariedad, para encontrar una salida a los sueños eternitarios y mortíferos, para volver a dar, por fin, infinito a un mundo que corría riesgo de asfixia.

Los bloques de sensación de la oralidad maquínica desprenden del cuerpo una carne desterritorializada. Cuando yo “consumo” una obra –que habría que llamar de otra manera, porque puede ser también ausencia de obra–, a lo que procedo es a una cristalización ontológica compleja, a una alterificación de los seres-ahí. Conmino al ser a existir de otra manera y le arranco nuevas intensidades. ¿Debe añadirse que semejante productividad ontológica no se reduce en modo alguno a una alternativa de ser y de ente o de ser y de nada? No sólo yo es otro, sino que es una multitud de modalidades de alteridad. Aquí ya no estamos inmersos en el Significante, en el Sujeto y en el gran Otro en general. La heterogeneidad de los componentes –verbales, corporales, espaciales...– engendra una heterogénesis ontológica tanto más vertiginosa cuanto que se conjuga hoy con la proliferación de nuevos materiales, de nuevas representaciones electrónicas, de un estrechamiento de las dis-

tancias y de un ensanchamiento de los puntos de vista. La subjetividad informática nos aleja a gran velocidad de las coacciones de la antigua linealidad escrituraria. Ha llegado el tiempo de los hipertextos de toda clase e incluso de una nueva escritura cognitiva y sensitiva que Pierre Lévy califica de “ideografía dinámica”. Las mutaciones maquínicas entendidas en el sentido más amplio, que desterritorializan la subjetividad, no deberían ya desencadenar en nosotros reflejos de defensa, crispaciones del pasado. Es absurdo imputarles el embrutecimiento masmediático que conocen actualmente las cuatro quintas partes de la humanidad. Aquí se trata sólo del contraefecto perverso de cierto tipo de organización de la sociedad, de la producción y del reparto de bienes. Muy por el contrario, la unión de la informática, la telemática y el audiovisual permitirá quizá dar un paso decisivo en el sentido de la interactividad, hacia la entrada en una era posmedios y, correlativamente, de una aceleración del retorno maquínico de la oralidad. El tiempo del teclado digital quedó más bien atrás; el diálogo con las máquinas podrá instaurarse sólo por la palabra, no solamente con máquinas técnicas sino también con máquinas de pensamiento, de sensación, de concertación... Todo esto, lo repito, siempre y cuando la sociedad cambie, siempre y cuando nuevas prácticas sociales, políticas, estéticas, analíticas nos permitan quitarnos las sujeciones de palabra vacía que nos aplastan, el laminado de sentido que por doquier pretende imponerse (muy especialmente tras la victoria del espíritu del capitalismo sobre los países del Este y la guerra del Golfo).

La oralidad –¡moraleja!–, al hacerse maquínica, máquina estética y máquina molecular de guerra –pensemos hoy en la

importancia de la cultura Rap para millones de jóvenes—, puede convertirse en una palanca esencial de resingularización subjetiva y generar otros modos de sentir el mundo, una nueva cara de las cosas y hasta un giro diferente de los acontecimientos.

6. EL NUEVO PARADIGMA ESTÉTICO

Sólo tardíamente se destacó el arte en la historia de Occidente como actividad específica tributaria de una referencia axiológica particularizada. En las sociedades arcaicas, la danza, la música, la elaboración de formas plásticas y de signos sobre el cuerpo, sobre objetos, sobre el suelo, estaban íntimamente asociadas a las actividades rituales y a las representaciones religiosas. Las relaciones sociales, los intercambios económicos y matrimoniales eran asimismo poco discernibles de la vida en conjunto de lo que he propuesto llamar Conformaciones territorializadas de enunciación. A través de diversos modos de semiotización, sistemas de representación y prácticas multirreferenciadas, estas conformaciones lograban hacer cristalizar segmentos complementarios de subjetividad. Ponían al descubierto una alteridad social por conjugación de la filiación y la alianza; inducían una ontogénesis personal mediante el juego de los grupos etarios y de las iniciaciones, de suerte que cada individuo se hallaba envuelto en varias identi-

dades transversales colectivas o, si se prefiere, se encontraba situado en el cruce de numerosos vectores de subjetivación parcial. En estas condiciones, el psiquismo de un individuo no se organizaba en facultades interiorizadas sino que empalmaba con una gama de registros expresivos y prácticas directamente conectados con la vida social y el mundo exterior. Semejante interpenetración del *socius* con las actividades materiales y los modos de semiotización dejaba poco espacio a una división y a una especialización del trabajo –siendo la noción de trabajo ella misma imprecisa– y menos aún al desgajamiento de una esfera estética diferenciada de otras esferas económicas, sociales, religiosas, políticas.

No es cuestión aquí de volver a trazar, aun sumariamente, las diversas vías de desterritorialización de estas Conformaciones territorializadas de enunciación. Observemos solamente que su evolución general irá en el sentido de una acentuación de la individuación de la subjetividad, de una pérdida de su polivocidad –piénsese simplemente en la multiplicación de nombres propios atribuidos a un individuo en muchas sociedades arcaicas– y de una autonomización de los Universos de valor del orden de lo divino, el bien, lo verdadero, lo bello, el poder... Esa sectorización de los modos de valorización está hoy tan arraigada en la aprehensión cognitiva de nuestra época, que nos es difícil pasarla por alto cuando intentamos descifrar las sociedades del pasado. Cómo imaginar, por ejemplo, que un príncipe del Renacimiento no comprara obras de arte sino que atara a su persona a maestros cuya notoriedad redundaba en su propio prestigio. Resulta opaca para nosotros la subjetividad corporatista, con sus implicaciones piadosas, de los maestros artesanos de la Edad Media que edificaron las catedrales. No podemos

contenernos de estetizar un arte rupestre del que todo hace pensar que tenía un alcance fundamentalmente tecnológico y cultural. Así, toda lectura del pasado está inevitablemente sobreco-dificada por nuestras referencias al presente. Tomar partido por ellas no significa que debamos unificar ángulos de visión intrínsecamente heterogéneos. Hace unos años, una exposición neoyorquina presentaba en paralelo obras cubistas y producciones de lo que se ha convenido en llamar arte primitivo. Surgían así correlaciones formales, formalistas, y a la larga bastante superficiales, separadas como quedaban ambas series de creación de su contexto respectivo, de un lado tribal, étnico, mítico, y del otro cultural, histórico, económico. No olvidemos que la fascinación suscitada en los cubistas por el arte africano, indio y de Oceanía, no era únicamente de orden plástico sino que se asociaba a un exotismo de época, relevado por las exploraciones, las expediciones coloniales, los diarios de viaje, las novelas de aventuras, y cuyo aura de misterio se intensificaba con la fotografía, el cine, las grabaciones sonoras y el desarrollo de la etnología de campo. Entonces, si proyectar sobre el pasado los paradigmas estéticos de la modernidad no es ilegítimo, y en cambio es sin duda inevitable, se lo habrá de admitir siempre y cuando se tome en cuenta el carácter relativo y virtual de las constelaciones de Universos de valor a las que este género de recomposición da lugar.

La ciencia, la técnica, la filosofía, el arte, la conducta de los hombres se enfrentan respectivamente con coacciones, con resistencias de material específicas que ellos desligan y articulan dentro de los límites dados. Lo hacen con ayuda de códigos, conocimientos, enseñanzas históricas que los inducen a cerrar ciertas puertas y a abrir otras. Las relaciones entre los

modos finitos de estos materiales y los atributos infinitos de los Universos de posible que implican, difieren en el seno de cada una de estas actividades. La filosofía, por ejemplo, genera su propio registro de coacciones creativas, segrega su material de referencia textual; proyecta su finitud a una potencia infinita correspondiente al autopoicionamiento, a la autoconsistencia de sus conceptos clave, al menos en cada fase mutante de su desarrollo. Por su lado, los paradigmas de la tecnología ponen el acento sobre un mundo objetual de relaciones y funciones que tiene sistemáticamente entre paréntesis los afectos subjetivos, de suerte que lo finito, lo delimitado coordinable venga siempre a primar sobre lo infinito de sus referencias virtuales. Con el arte, por el contrario, la finitud del material sensible deviene soporte de una producción de afectos y de perceptos que tenderá cada vez más a excentrarse respecto de los marcos y coordenadas preformados. Marcel Duchamp declaraba: “El arte es un camino que lleva hacia regiones no regidas por el tiempo y el espacio”. Los diferentes dominios del pensamiento, de la acción, de la sensibilidad posicionan, pues, de manera disímil su movimiento del infinito en el curso del tiempo, o más bien de épocas que pueden retornar o cruzarse entre sí. Por ejemplo, la teología, la filosofía y la música no componen hoy una constelación tan fuerte como en la Edad Media. El metabolismo de lo infinito, propio de cada Conformación, no está fijado de una vez para siempre. Y cuando una mutación importante surge en el seno de un dominio, puede tener “repercusiones”, puede contaminar transversalmente múltiples otros dominios (por ejemplo, el efecto de la reproducibilidad potencialmente ilimitada del texto y la imagen por la imprenta en el de las artes y letras, o la potencia de transferencia cognitiva adquirida por los algoritmos matemáticos en el de las ciencias).

La potencia estética de sentir, aunque igual dé derecho a las otras potencias de pensar filosóficamente, de conocer científicamente, de actuar políticamente, nos parece en trance de ocupar una posición privilegiada en el seno de las Conformaciones colectivas de enunciación de nuestra época. Pero, antes de abordar esta cuestión, es necesario aclarar más su posición en el seno de las Conformaciones anteriores.

Volvamos entonces a las Conformaciones territorializadas de enunciación. No constituyen, estrictamente hablando, una etapa histórica particular. Si bien pueden caracterizar a las sociedades sin escritura y sin Estado, encontramos supervivencias o incluso renacimientos activos de ellas en las sociedades capitalísticas desarrolladas, y sin duda se puede pensar que conservarán un peso significativo en las sociedades poscapitalísticas. Aspectos de este mismo género de subjetividad polisémica, animista, transindividual reaparecen igualmente en el mundo de la primera infancia, de la locura, de la pasión amorosa, de la creación artística. Por eso más vale hablar aquí de paradigma protoestético para subrayar que no nos referimos al arte institucionalizado, a sus obras manifestadas en el campo social, sino a una dimensión de creación en estado naciente, perpetuamente más arriba de ella misma, potencia de emergencia que subsume la contingencia y los azares de las empresas de puesta en el ser de Universos inmateriales. Horizonte remanente del tiempo discursivo (del tiempo marcado por los relojes sociales), una duración eternitaria escapa a la alternativa recuerdo-olvido y habita con intensidad pasmosa el afecto de la subjetividad territorializada. El Territorio existencial se hace aquí a la vez tierra natal, pertenencia al yo, apego al clan, efusión cósmica.

En este primer ejemplo de Conformación la categoría de espacio se encuentra en una postura que podemos calificar de

globalmente estetizada. Estratos espaciales polifónicos, a menudo concéntricos, parecen atraer hacia sí y colonizar todos los niveles de alteridad que por otra parte engendran. Los objetos se instauran a su respecto en posición transversal, vibratoria, confiriéndoles un alma, un devenir ancestral, animal, vegetal, cósmico. Estas objetidades-subjetidades son llevadas a trabajar por cuenta propia, a encarnarse en foco animista; se encabalgan unas en otras, se invaden para constituir entidades colectivas mitad-cosa mitad-alma, mitad-hombre, mitad-animal, máquina y flujo, materia y signo... Lo extranjero, lo extraño, la alteridad maléfica son rechazados hacia un exterior amenazante. Pero las esferas de la exterioridad no están radicalmente separadas del interior. Objetos internos malos tienen que responder por todo cuanto rige los mundos exteriores. De hecho, no hay verdaderamente exterioridad: la subjetividad colectiva territorializada es hegemónica; ella vuelca unos sobre otros los Universos de valor en un movimiento general de repliegue sobre sí misma. Ella ritma los tiempos y los espacios al capricho de sus compases interiores, de sus ritornelos rituales. Los acontecimientos del macrocosmos son asimilados a los del microcosmos, del que por otra parte tienen que dar cuenta. El espacio y el tiempo nunca son, pues, receptáculos neutros; deben ser cumplidos, engendrados por producciones de subjetividad que comprometan cantos, danzas, relatos sobre los antepasados y dioses... Aquí no existe trabajo alguno efectuado sobre formas materiales que no presentifique entidades inmateriales. A la inversa, toda pulsión hacia un infinito desterritorializado se acompaña de un movimiento de repliegue hacia límites territorializados, correlativo de un goce del pasaje al para-sí colectivo y de sus misterios fusionales e iniciáticos.

Con las Conformaciones desterritorializadas, cada esfera de valorización erige un polo de referencia trascendente autono-

mizado: lo Verdadero de las idealidades lógicas, el Bien de la voluntad moral, la Ley del espacio público, el Capital del intercambio económico, lo Bello del dominio estético... Este recorte de la trascendencia es consecutivo de una individuación de la subjetividad que se encuentra ella misma fragmentada en facultades modulares como la Razón, el Entendimiento, la Voluntad, la Afectividad... La segmentación del movimiento infinito de desterritorialización se acompaña de una reterritorialización esta vez incorporal, de una reificación inmaterial. La valorización que, en la figura precedente, era polifónica y rizomática, se bipolariza, se maniqueíza, se jerarquiza y, particularizando sus componentes, tiende en cierto modo a esterilizarse. Dualismos en *impasse*, como las oposiciones entre lo sensible y lo inteligible, el pensamiento y la extensión, lo real y lo imaginario, inducirán el recurso a instancias trascendentes omnipotentes y homogenéticas: Dios, el Ser, el Espíritu absoluto, la Energía, el Significante... Se pierde entonces la antigua interdependencia de los valores territorializados, así como las experimentaciones, los rituales, los bricolajes que conducían a invocarlos y a provocarlos con riesgo de que se revelasen evanescentes, mudos, sin “garante” y hasta peligrosos. El valor trascendente se plantea como inamovible, siempre ya ahí y debiendo serlo siempre. A su respecto la subjetividad queda en falta perpetua, culpable a priori, como mínimo, en estado de “dilación ilimitada” (según la fórmula de *El Proceso* de Kafka). La “mentira del ideal”, como escribía Nietzsche, deviene “la maldición suspendida por encima de la realidad”.¹ De este modo, la subjetividad modular ya no tiene influjo sobre la an-

1. *Ecce Homo*, prefacio, trad. Henri Albert, París, Mercure de France.

tigua dimensión de emergencia de los valores, que queda neutralizada bajo el peso de los códigos, de las reglas, de las leyes dictados por el enunciador trascendente. No resulta ya de una intrincación, con contornos cambiantes, de las esferas de valorización amarradas a las materias de expresión; como individuación reificada, se recompone a partir de Universales dispuestos según una jerarquía arborescente. Derechos, deberes y normas imprescriptibles expropian las antiguas prohibiciones que siempre reservaban un lugar a la conjura y la transgresión.

Estas sectorización y bipolarización de los valores pueden ser definidas como capitalísticas en razón del aplanamiento, de la descalificación sistemática de las materias de expresión a la que proceden y que las impulsa hacia la órbita de la valorización económica del Capital, que trata en pie de igualdad formal los valores de deseo, los valores de uso, los valores de cambio y pone a las cualidades diferenciales y a las intensidades no discursivas en dependencia exclusiva de relaciones binarias y lineales. La subjetividad se ha estandarizado a través de una comunicación que desaloja cuanto es posible las composiciones enunciativas transemióticas y amodales. Se desliza así hacia el borrado progresivo de la polisemia, de la prosodia, del gesto, de la mímica, de la postura, en provecho de una lengua rigurosamente sujeta a las máquinas escriturarias y sus avatares masmediáticos. En sus formas contemporáneas extremas, se resume en un trueque de fichas informacionales calculables en cantidad de *bits* (*binary digits*) y reproducibles en computadora. Así, la individuación modular hace estallar las sobredeterminaciones complejas entre los antiguos Territorios existenciales para remodelar Facultades mentales, un yo, órganos, modalidades de alteridad personológica, sexuales, familiares, como otras tantas piezas compatibles con la mecánica social dominante. En este tipo de Conformación desterritoria-

lizada, el Significante capitalístico, como simulacro del imaginario del poder, tiene, pues, vocación de sobrecodificar a todos los otros Universos de valor. Así se extiende sobre los que habitan el dominio del percepto y del afecto estético, que permanecen sin embargo, frente a la invasión de las redundancias canónicas y gracias a la reapertura precaria de líneas de fuga que van de los estratos finitos hacia el infinito incorporal, como focos de resistencia de la resingularización y de la heterogénesis.

Al igual que las Conformaciones emergentes territorializadas, las Conformaciones capitalísticas desterritorializadas no constituyen etapas históricas delimitadas. (Pulsiones capitalísticas pueden hallarse en el seno de los imperios egipcios, mesopotámicos y chinos, y luego durante toda la Antigüedad clásica.) El tercer tipo de Conformación procesual será aún más difícil de perfilar puesto que sólo se lo propone aquí con carácter prospectivo, únicamente a partir de huellas y síntomas que parece manifestar hoy. Antes que marginalizar el paradigma estético, le confiere una posición clave de transversalidad respecto de los otros Universos de valor, de los que intensifica, cada uno por su parte, los focos creacionistas de consistencia autopoietica. Sin embargo, el fin de la autarquía y de la desecación de los Universos de valor de la figura precedente no es sinónimo de un retorno a la agregación territorializada de las Conformaciones emergentes. Del régimen de la trascendencia reduccionista no se vuelve a caer en la reterritorialización del movimiento de lo infinito sobre los modos finitos. La estetización general (y relativa) de los diversos Universos de valor conduce a un reencantamiento de las modalidades expresivas de la subjetivación, de naturaleza diferente. Magia, misterio y

demonismo no emanarán ya, como en otro tiempo, de la misma aura totémica. Los Territorios existenciales se diversifican, se heterogeneizan. El acontecimiento ya no se cierra sobre el mito; deviene foco de relanzamiento procesual. El choque incesante del movimiento del arte contra los marcos establecidos (ya desde el Renacimiento, pero sobre todo durante la época moderna), su propensión a renovar sus materias de expresión y la textura ontológica de los perceptos y afectos que promueve, **operan**, si no una contaminación directa de los otros dominios, al menos la puesta en relieve y la reevaluación de las dimensiones creativas que los atraviesan a todos. Salta a la luz que el arte no tiene el monopolio de la creación, pero lleva a su punto extremo una capacidad mutante de invención de coordenadas, de engendramiento de cualidades de ser inauditas, jamás vistas, jamás pensadas. El umbral decisivo de constitución de este nuevo paradigma estético reside en la aptitud de estos procesos de creación para autoafirmarse como foco existencial, como máquina autopoietica. Ya se puede presentir el levantamiento de la sujeción sobre las ciencias constituido por la referencia a una Verdad trascendente como garante de su consistencia de principio, la cual parece tener que depender, cada vez más hoy en día, de modelizaciones operacionales ceñidas al máximo a la empiria inmanente. Por otra parte, sean cuales fueren los rodeos de la Historia, la creatividad social parece llamada a expropiar sus antiguos encuadres ideológicos rígidos, en particular los que servían de caución a la eminencia del poder de Estado y los que hacen aún del mercado capitalístico una verdadera religión. Si en el presente nos volvemos hacia una disciplina como el psicoanálisis, que pretendió afirmarse como científica, será cada vez más patente que tiene todo por ganar si se coloca bajo la égida de este nuevo tipo de paradigma estético procesual. Sólo por este camino podrá re-

conquistar la creatividad de sus años locos de comienzos de siglo. El psicoanálisis tiene vocación (según dispositivos, procedimientos y referencias renovadas y abiertas al cambio) de engendrar una subjetividad a salvo de las modelizaciones adaptativas y susceptibles de armonizar con las singularidades y mutaciones de nuestra época. Podríamos multiplicar los ejemplos: en todos los dominios encontraríamos el mismo entrelazamiento de tres tendencias: una heterogeneificación ontológica de Universos de referencia desplegados a través de lo que he llamado movimiento de lo infinito; una transversalidad maquínica abstracta articuladora de las multitudes de interfaces finitas que manifiestan a estos Universos en un mismo hipertexto² o plano de consistencia; una multiplicación y particularización de los focos de consistencia autopoietica (Territorios existenciales). Este paradigma estético procesual trabaja con (y es trabajado por) los paradigmas científicos y los paradigmas éticos. Se instaura transversalmente a la tecnociencia porque los *Phylums* maquínicos de ésta son por esencia de orden creativo, y porque esta creatividad tiende a coincidir con la del proceso artístico. Pero para tender un puente de esta clase debemos deshacernos de las visiones mecanicistas de la máquina y promover una concepción de ésta que englobe a la vez sus aspectos tecnológicos, biológicos, informáticos, sociales, teóricos, estéticos. Y aquí también la máquina estética nos parece la mejor situada para revelar algunas de sus dimensiones esenciales, a menudo desconocidas: la de la finitud relativa a su vida y a su muerte, la de producción de protoalteridad en el registro de su entorno y de sus implicaciones múltiples, la de sus filiaciones genéticas incorporales.

2. Cf. Pierre Lévy, *op. cit.*

El nuevo paradigma estético tiene implicaciones ético-políticas porque hablar de creación es hablar de responsabilidad de la instancia creativa respecto de la cosa creada, inflexión de estado de cosas, bifurcación más allá de los esquemas preestablecidos, puesta en consideración, también aquí, del destino de la alteridad en sus modalidades extremas. Pero esta elección ética no emana ya de una enunciación trascendente, de un código de ley o de un dios único y todopoderoso. La génesis misma de la enunciación está tomada en el movimiento de creación procesual. Se lo ve claramente con la enunciación científica, siempre de cabeza múltiple: cabeza individual, ciertamente, pero también cabeza colectiva, cabeza institucional, cabeza maquínica con los dispositivos experimentales, la informática, los bancos de datos, la inteligencia artificial... El proceso de diferenciación de estas interfaces maquínicas desmultiplica los focos enunciativos autopoieticos y los torna parciales a medida que él mismo se despliega en todas las direcciones a través de los campos de virtualidad de los Universos de referencia. Pero con este estallido de la individuación del sujeto y con esta desmultiplicación de interfaces, ¿cómo hablar todavía de Universos de valor? Cesando de ser agregados y territorializados (como en la primera figura de Conformación), o autonomizados y trascendentalizados (como en la segunda), ahora son cristalizados en constelaciones singulares y dinámicas que envuelven y retoman permanentemente estos dos modos de producción subjetivos y maquínicos. Jamás deberá confundirse aquí el maquinismo con el mecanismo. El maquinismo en el sentido en que yo lo entiendo implica un doble proceso autopoietico-creativo y ético-ontológico (la existencia de una “materia de elección”) que es totalmente extraño al mecanismo. Por eso el inmenso engarce de máquinas en que consiste el mundo de hoy se encuentra en posición autofunda-

dora de su puesta en el ser. El ser no precede a la esencia ma-
quínica; el proceso precede a la heterogénesis del ser.

Emergencia amarrada a los Territorios colectivos, Universales trascendentes, Inmanencia procesual: tres modalidades de praxis y de subjetivación que especifican tres tipos de Conformación de enunciación que son obra tanto de la psique, de las sociedades humanas, del mundo viviente, de las especies maquínicas y en último extremo del Cosmos. Semejante ensanchamiento “transversalista” de la enunciación debería conducir al levantamiento de la “cortina de hierro ontológica” (según la expresión de Pierre Lévy) que la tradición filosófica instaló entre el espíritu y la materia. El establecimiento de semejante puente transversalista mueve a postular la existencia de un cierto tipo de entidad que habitaría a la vez los dos dominios, en forma tal que se confiera a los incorporeales de valor y de virtualidad un espesor ontológico de similar nivel que el de los objetos engastados en coordenadas energético-espacio-temporales. Por otra parte, se trata menos de una identidad de ser que atravesaría regiones, por lo demás de textura heterogénea, que de una misma persistencia procesual. Ni Uno-todo de los Platónicos, ni Primer motor de Aristóteles, estas entidades transversales se presentan como hipertexto maquínico instaurándose mucho más allá de un simple soporte neutro de formas y estructuras, en el horizonte absoluto de todos los procesos de creación. No se postula, pues, la cualidad o el atributo como segundo con respecto al ser o a la sustancia; no se parte de un ser como puro continente vacío (y a priori) de todas las modalidades posibles de existente. El ser es primeramente autoconsistencia, autoafirmación, existencia para-sí desplegando relaciones particulares de alteridad. El para-sí y el para-otro

cesan de ser privilegio de la humanidad; cristalizan allí donde interfaces maquínicas engendran disparidad y, de rebote, son fundados por ella. El acento ya no recae sobre el Ser como equivalente ontológico general, el cual, por las mismas razones que otros equivalentes (el Capital, la Energía, la Información, el Significante) envuelve, clausura y desingulariza el proceso, sino sobre la manera de ser, la maquinación para hacer existente, las praxis generadoras de heterogeneidad y de complejidad. La aprehensión fenomenológica del ser existente en cuanto facticidad inerte no se da más que en el marco de experiencias límite como la náusea existencial o la depresión melancólica. La toma de ser maquínico, por su lado, se desplegará más bien a través de las envolturas temporales y espaciales múltiples y polifónicas y de los desarrollos potenciales, racionales y suficientes, en términos de algoritmos, de regularidades y leyes cuya textura es tan real como sus manifestaciones actuales. Y aquí se perfila, de nuevo, la temática de la ecología de lo virtual y de la ecosofía.

Las entidades maquínicas que atraviesan estos diferentes registros de mundos actualizados y de Universos incorporales son Janos Bifrontes. Existen concurrentemente con el estado discursivo en el seno de los Flujos molares, en relación de presuposición con un corpus de proposiciones semióticas posibles y con el estado no discursivo, en el seno de los focos enunciativos que se encarnan en Territorios existenciales singulares y en Universos ontológicos de referencia no dimensionados y no coordinados de manera extrínseca.

¿Cómo asociar el carácter infinito no discursivo de la textura de estos incorporales y la finitud discursiva de los Flujos energético-espacio-temporales y de sus correlatos proposicio-

nales? Pascal nos indica una dirección en su respuesta a la pregunta: ¿Cree usted imposible que Dios sea infinito y sin parte? “Sí, por lo tanto quiero hacer ver una cosa infinita e indivisible. Es un punto que se mueve por todas partes a velocidad infinita; porque está en todos los lugares y está todo entero en cada sitio.”³ En efecto, sólo una entidad animada por una velocidad infinita (es decir, que no respete el límite cosmológico einsteiniano de la velocidad de la luz), puede pretender barrer a la vez un referente limitado y campos de posibles incorporales y dar así crédito y consistencia a los términos contradictorios de una misma proposición. Pero con esa velocidad pascaliana desplegando una “cosa infinita e indivisible”, aún estamos tan sólo en un infinito ontológicamente homogéneo, pasivo e indiferenciado. La creatividad intrínseca del nuevo paradigma estético supone repliegues más activos y más activantes de ese infinito, y ello bajo dos modalidades que vamos a examinar ahora y cuya doble articulación es característica de la máquina en el sentido ampliado que aquí se considera.

Un primer plegado caótico consiste en hacer coexistir las potencias del caos con las de la más alta complejidad. Sólo por un continuo ida y vuelta a velocidad infinita se diferencian las multiplicidades de entidades en complexiones ontológicamente heterogéneas y se caotizan al abolir su diversidad figural y al homogeneizarse en el seno de un mismo ser-no-ser. No cesan, en cierto modo, de sumergirse en una zona de ombligo caótica en que pierden sus referencias y sus coordenadas extrínsecas, pero de donde pueden volver a emerger investidas con nuevas cargas de complejidad. Es en el recorrido de este plegado caótico donde se instaura una interfaz entre la fini-

tud sensible de los Territorios existenciales y la infinitud trans-sensible de los Universos de referencia a ellos amarrados. Se oscila así, por un lado, entre un mundo finito de velocidades lentificadas, donde un límite se perfila siempre detrás de un límite, una coacción detrás de una coacción, un sistema de coordenadas detrás de otro sistema de coordenadas, sin que se llegue nunca a la tangente última de un ser-materia que huye por todas partes y, por otro lado, Universos de velocidad infinita donde el ser ya no se rehúsa, donde se da en sus diferencias intrínsecas, en sus cualidades heterogenéticas. La máquina, todas las especies de máquina están siempre en esa encrucijada de lo finito y lo infinito, en ese punto de negociación entre la complejidad y el caos.

Estos dos tipos de consistencia ontológica, el ser-cualidad heterogenético y el ser-materia-nada homogenético, no implican ningún dualismo maniqueo por cuanto se instauran a partir del mismo plano de inmanencia entitaria y se envuelven el uno al otro. Pero la contrapartida de este primer nivel de inmanencia del caos y la complejidad es que no brinda la clave de la estabilización, de la localización, de la ritmización de las estasis y estratos cósmicos ralentizados, de los “congelamientos de imagen” de la complejidad, de lo que veda a ésta desandar camino para hundirse una vez más en el caos y de lo que los conduce, por el contrario, a engendrar límites, regularidades, coacciones, leyes, cosas todas éstas que debe asumir el segundo plegado autopoiético.

En realidad, no es legítimo tratar de interceptar la contingencia finita en un recorrido tan directo entre el caos y la complejidad. Hay para esto dos razones. Por una parte, la complejidad fugaz que emerge del caos para retornar a él con velo-

cidad infinita es ella misma virtualmente portadora de velocidades lentificadas. Por otra parte, el ombligo caósmico, por lo mismo que toma consistencia, tiene también un papel que cumplir en el parto de la finitud por sus dos funciones de *grasping* existencial y de transmonadismo. Por ejemplo, a la inmanencia de la complejidad y el caos nos veremos llevados a superponerle la inmanencia de lo infinito y la finitud; deberemos postular que la lentificación primordial manifestada en las velocidades finitas, propias de los límites y coordenadas extrínsecos y de la promoción de puntos de vista particularizados, habita tanto el caos como las velocidades entitarias infinitas que la filosofía intenta domesticar con sus creaciones de concepto. El movimiento de virtualidad infinita de las complexiones incorporeales lleva en sí la manifestación posible de todas las composiciones y de todas las conformaciones enunciativas actualizables en la finitud. La caosmosis no oscila, pues, mecánicamente entre cero y el infinito, entre el ser y la nada, el orden y el desorden: rebota y rebrota sobre los estados de cosa, los cuerpos, los focos autopoieticos que ella utiliza con carácter de soporte de desterritorialización; ella es caotización relativa a través de la confrontación de estados heterogéneos de la complejidad. Estamos aquí frente a un infinito de entidades virtuales infinitamente rico en posibles, infinitamente enriquecible a partir de procesos creadores. Sólo una tensión para captar la potencialidad creativa en la raíz de la finitud sensible, “antes” de que se aplique a las obras, a los conceptos filosóficos, a las funciones científicas, a los objetos mentales y sociales, funda el nuevo paradigma estético. La potencialidad de acontecimiento-advencimiento de velocidades limitadas en el corazón de las velocidades infinitas constituye a éstas en intensidades creadoras. Las velocidades infinitas están preñadas de velocidades finitas, de una conversión de lo virtual en posible, de lo reversible en irre-

versible, de lo diferido en diferencia. Al constituir las mismas multiplicidades entitarias los Universos virtuales y los mundos posibles, esa potencialidad de bifurcación sensible finita inscrita en una temporalidad irreversible permanece en absoluta presuposición recíproca con la reversibilidad atemporal, el eterno retorno incorporal de la infinitud.

Una tirada de dados

Jamás

Ni aun lanzada en circunstancias eternas

Desde el fondo de un naufragio...

Esta irrupción de lo irreversible, estas elecciones de finitud no podrán ser encuadradas, adquirir una consistencia relativa, sino a condición de inscribirse en una memoria de ser y de posicionarse con relación a ejes de ordenación y de referencia. El pliegue autopoietico responderá a estas dos exigencias mediante la puesta en ejercicio de sus dos facetas, inextricablemente asociadas, de apropiación o de *grasping* existencial y de inscripción transmonádica. Pero el *grasping* sólo confiere una autoconsistencia a la mónada en la medida en que ésta despliegue una exterioridad y una alteridad transmonádica, de suerte que ni el primero ni el segundo disfrutan de una relación de precedencia, y en la medida en que no se puede abordar uno sin referirse al otro.

Comencemos no obstante por la vertiente del *grasping*: él instaaura un “sostenerse unido” entre:

- la autonomía respectiva de la complejión y de su ombligo cósmico, su distinción, su separación absoluta;
- y su concatenación, igualmente absoluta, en el seno del mismo plano de doble inmanencia.

La experiencia de semejante ambivalencia de posicionamiento y de abolición fusional nos está dada por la aprehensión de los objetos parciales kleinianos –el pecho, las heces, el pene...– que cristalizan al yo al tiempo que lo disuelven en relaciones proyectivas-introyectivas con el otro y el Cosmos. Una complexión incorporal, atrapada por el *grasping*, sólo recibirá su sello de finitud en la medida en que advenga el advenimiento-acontecimiento de su encuentro con una línea transmonádica que desencadenará la salida, la expulsión de su velocidad infinita y su lentificación primordial. Más acá de este franqueamiento de umbral, la existencia de la complexión incorporal, tanto como la de la composición y de la conformación candidatas a la actualización, permanece aleatoria, evanescente. La multiplicidad entitaria compleja se mide solamente por un foco autopoietico. Aquí mencionaremos sólo la experiencia de la primera rememoración del sueño, con la fuga alocada de sus rasgos de complejidad. Todo empieza de veras cuando el transmonadismo entra en escena para inscribir y transformar este primer encuentro autopoietico. Debemos volver a partir, pues, de su vertiente.

El metabolismo permanente de anonadación, despolarización y dispersión de lo diverso que trabaja a la mónada le impide delimitar una identidad propia. La nada fusional de una mónada “dada” habita la nada de otra mónada y así de seguido hasta el infinito, en una carrera de postas multidireccional con resonancias estroboscópicas. ¿De qué modo semejante tren de anonadación, a la vez omnipotente e impotente, logra ser soporte de inscripción de una remanencia de finitud? ¿Cómo deviene en desterritorialización? Sucede que allí donde no había más que desvanecimiento infinito, dispersión absoluta,

el deslizamiento transmonádico introduce una linealidad de orden –se pasa de un punto de consistencia a otro– que permitirá cristalizar la ordenación de las complexiones incorporeales. La caosmosis funciona aquí como la cabeza de lectura de una máquina de Turing. La nada caótica patina y hace desfilar la complejidad, la pone en relación con ella misma y con lo que le es otro, con lo que la altera. Esa actualización de la diferencia opera una selección agregativa sobre la cual podrán incorporarse límites, constantes, estados de cosa. Desde ahora dejamos de estar en las velocidades de disolución infinitas. Hay un resto, una retención, la erección selectiva de semejanzas y desemejanzas. En simbiosis con complexiones infinitas, composiciones finitas se engastan en coordenadas extrínsecas, conformaciones enunciativas se engarzan en relaciones de alteridad. La linealidad, matriz de toda ordenación, es ya una lentificación, un enviscado existencial. Puede resultar paradójico que sea la persistencia de una anonadación, o más bien de una desterritorialización intensiva, lo que da su consistencia corporal a los estados de cosa y a los puntos de vista autopoieticos. Pero sólo este tipo de retroceso linealizante y rizomático puede seleccionar, disponer y dimensionar una complejidad que vivirá de ahora en más bajo el doble régimen de una lentificación discursiva y de una velocidad absoluta de no-separabilidad. La complexión virtual seleccionada queda marcada ahora por una irreversible facticidad envuelta en una proto-temporalidad que se puede a la vez calificar de instantánea y de eterna y que reconoceremos fácilmente en la aprehensión fenomenológica de los Universos de valor. El transmonadismo, por un efecto de retroacción, hace cristalizar en el seno de la sopa caótica primitiva coordenadas espaciales, causalidades temporales, escalonamientos energéticos, posibilidades de cruce de complexiones, toda una “sexualidad” ontológica he-

cha de bifurcaciones y de mutaciones axiológicas. De este modo, el segundo pliegue de ordenación autopoietica, profundamente activo y creacionista, despega de la pasividad inherente al primer pliegue caótico. La pasividad va a transformarse en límite, en enmarcado, en ritornelo sensible a partir de los cuales podrá advenir un enriquecimiento de complejidad finita y “controlada”, mientras que la heterogeneidad ontológica va a transmutarse en alteridad. Ya nada podrá hacer que tal o cual acontecimiento-advenimiento de lentificación primordial y de selección no haya tenido lugar; desde el momento en que se ha inscrito sobre la trama transmonádica autopoietica. Semejante límite aleatorio de un punto de vista virtual deviene accidente necesario y suficiente en la extracción de un pliegue de contingencia, o de una “elección” de finitud. En lo sucesivo, habrá que obrar con, partir de ahí, volver ahí, girar alrededor.

A través de ese enjambrazón de cristales de finitud y de esa declinación de atractores de posible, se verán irremediablemente promovidos límites de territorialización como los de la relatividad y el intercambio fotónico, regularidades, coacciones; como la del cuanto de acción, que las conformaciones científicas semiotizarán en funciones, en constantes y en leyes. Pero el punto decisivo sigue siendo que la perspectiva transmonádica, lejos de resolverse en horizonte fijo de anonadación, se retrae en línea de fuga infinita, en forma de tornado, cuyas circunvoluciones, como las de los atractores extraños, confieren al caos una consistencia encrucijada entre la actualización de configuraciones finitas y una recarga procesual, siempre posible, soporte de bifurcaciones ordinales inéditas, de conversiones energéticas que escapan a la entropía de las

estratificaciones territorializada y abierta a la creación de conformaciones de enunciación mutantes.

Una tensión hacia esta raíz ontológica de la creatividad es característica del nuevo paradigma procesual. Ella pone en juego la composición de conformaciones enunciativas que actualizan la composibilidad de los dos infinitos, el activo y el pasivo. Tensión de ningún modo coagulada, catatónica o abstracta como la de los monoteísmos capitalísticos, sino animada de un creacionismo mutante, siempre por reinventar, siempre en trance de perderse. La irreversibilidad propia de los acontecimientos-advenimientos del *grasping* y del transmonadismo de la autopoiesis es consustancial a una resistencia permanente a las repeticiones circulares reterritorializantes y a una constante renovación de los enmarcados estéticos, de los dispositivos científicos de observación parcial, de los montajes conceptuales filosóficos, de la instalación de “hábitats” (*oikos*) políticos o psicoanalíticos (ecosofía). Producir nuevos infinitos a partir de una inmersión en la finitud sensible, infinitos no sólo cargados de virtualidad sino también de potencialidades actualizables en situación, desmarcándose o soslayando los Universales inventariados por las artes, la filosofía, el psicoanálisis tradicionales: cosas todas ellas que implican la promoción permanente de otras conformaciones enunciativas, de otros recursos semióticos, una alteridad captada en su posición de emergencia –no xenófoba, no racista, no falocrática– de los devenires intensivos y procesuales, un nuevo amor a lo desconocido... A fin de cuentas, una política y una ética de la singularidad, en ruptura con los consensos, con los “reaseguros” infantiles destilados por la subjetividad dominante. Dogmatismos de toda clase invisten y opacifican estos puntos de creacionismo que vuelven necesario el enfrentamiento sin tregua, en el análisis del inconsciente, como en todas las otras disciplinas, con colapsos de

insentido, con contradicciones insolubles, manifestación de cortocircuitos entre la complejidad y el caos. Por ejemplo, el caos democrático que encubre una multitud de vectores de resingularización, de atractores de creatividad social en busca de actualización. No es cuestión aquí de lo aleatorio neoliberal y de su fanatismo de la economía de mercado, mercado unívoco, mercado de las redundancias de poder capitalísticas, sino de una heterogénesis de los sistemas de valorización y de una eclosión de nuevas prácticas sociales, artísticas, analíticas.

Ahora bien, la cuestión de la transversalidad intermonádica no es solamente de índole especulativa. Ella compromete un cuestionamiento del cerco disciplinario, del cierre solipsista de los Universos de valor que prevalecen hoy en muchos dominios. Tomemos un último ejemplo, el de una redefinición abierta del cuerpo, tan necesaria para la promoción de conformaciones terapéuticas de la psicosis; el cuerpo concebido como intersección de componentes autopoieticos parciales, con configuraciones múltiples y cambiantes, trabajando juntos y también cada uno por sí mismo; todos “los cuerpos”: el cuerpo propio especular, el cuerpo fantasmático, el esquema corporal neurológico, el soma biológico y orgánico, el sí mismo inmunológico,⁴ la identidad personológica en el seno de los ecosistemas familiares y de medio ambiente mentales [*environnementaux*], la fisonomía colectiva, los ritornelos míticos, religiosos, ideológicos... Otras tantas territorialidades existenciales ligadas por la misma caosmosis transversalista, otros

4. Anne-Marie Moulin, *Le dernier langage de la médecine. Histoire de l'immunologie de Pasteur au sida*, París, PUF, 1991.

tantos “puntos de vista” monádicos escalonándose, estructurándose a través de ascensos y descensos fractales, autorizando una estrategia combinada de abordajes analítico, psicoterapéutico institucional, psicofarmacológico, de recomposición personal delirante o de carácter estético... Es una sola y misma cosa declarar estos territorios parciales, y sin embargo en nexo directo con los más diversos campos de alteridad: lo cual explica que el cierre más autístico puede estar en directa conexión con las constelaciones sociales y con el Inconsciente maquínico del ambiente, con los complejos históricos y las aporías cósmicas.

7. EL OBJETO ECOSÓFICO

Las configuraciones geopolíticas se modifican a paso lento mientras que los Universos de la tecnología, de la biología, de la asistencia por computadora, de la telemática y de los medios de comunicación de masas desestabilizan cada día más nuestras coordenadas mentales. La miseria del tercer mundo, el cáncer demográfico, el crecimiento monstruoso y la degradación de los tejidos urbanos, la destrucción insidiosa de la biosfera por las poluciones, la incapacidad del sistema actual para recomponer una economía social adaptada a los nuevos datos tecnológicos: todo debería concurrir a movilizar los espíritus, las sensibilidades y las voluntades. Por el contrario, la aceleración de una historia, que nos arrastra quizás hacia el abismo, está enmascarada por la imaginería sensacionalista, y en realidad trivializante e infantilizante, que los medios confeccionan a partir de la actualidad.

La crisis ecológica remite a una crisis más general de lo social, lo político y lo existencial. El problema aquí planteado es

el de una suerte de revolución de las mentalidades para que cesen de avalar un cierto tipo de desarrollo basado en un productivismo que ha perdido toda finalidad humana. Entonces, lancinante, retorna la pregunta: ¿cómo modificar las mentalidades, cómo reinventar prácticas sociales que devuelvan a la humanidad –si alguna vez lo tuvo– el sentido de las responsabilidades, no sólo respecto de su propia supervivencia sino igualmente del futuro de cualquier vida en este planeta, la de las especies animales y vegetales como la de las especies incorpóreas, como la música, las artes, el cine, la relación con el tiempo, el amor y la compasión por el otro, el sentimiento de fusión en el seno del cosmos?

Es importante, sin duda, recomponer medios de concertación y de acción colectivos adaptados a una situación histórica que ha devaluado radicalmente las antiguas ideologías, las prácticas sociales y las políticas tradicionales. Señalemos, en este aspecto, que no está excluido en absoluto el que los nuevos instrumentos informáticos contribuyan a la renovación de semejantes medios de elaboración y de intervención. Pero no son ellos como tales los que dispararán las chispas creadoras, los que engendrarán los núcleos de toma de conciencia capaces de desplegar perspectivas constructivas. A partir de empresas fragmentarias, de iniciativas a veces precarias, de experimentaciones titubeantes, empiezan a buscarse nuevas conformaciones colectivas de enunciación; se abrirán y se irrigarán, enriqueciéndose unas a otras, otras maneras de ver y de hacer el mundo, otras maneras de ser y de sacar a luz modalidades de ser. Menos que de acceder a esferas cognitivas inéditas, se trata de aprehender y crear, según modos páticos, virtualidades existenciales mutantes.

Esta consideración de factores subjetivos de la Historia y el salto de libertad ética a que da lugar la promoción de una ver-

dadera ecología de lo virtual, no implican en absoluto un repliegue sobre sí (tipo meditación trascendental) o una renuncia al compromiso político. Requiere, por el contrario, una refundación de las praxis políticas.

Desde finales del siglo XVIII, el impacto de las ciencias y las técnicas sobre las sociedades desarrolladas se combinó con una bipolarización ideológica, social y política entre corrientes progresistas –a menudo jacobinistas en su aprehensión del Estado– y corrientes conservadoras que preconizan una fijación a los valores del pasado. En nombre de la Ilustración, de las libertades, del progreso y luego de la emancipación de los trabajadores, se constituyó así, como una especie de referencia de base, un eje izquierda-derecha.

Hoy en día las socialdemocracias se han convertido, si no al liberalismo, por lo menos a la primacía de la economía de mercado, mientras que el derrumbe generalizado del movimiento comunista internacional dejó boquiabierto uno de los términos extremos de esa bipolaridad. En estas condiciones, ¿debe pensarse que ésta está llamada a desaparecer, como lo proclama la consigna de ciertos ecologistas: “Ni izquierda ni derecha”? ¿No estará llamado a borrarse, cual un señuelo, lo social mismo, según afirmaron ciertos defensores del posmodernismo? En contra de estas posturas, considero que a través de esquemas más complejos está llamada a reconstituirse una polarización progresista, según modalidades menos jacobinas, más federalistas, más disensuales, con relación a la cual se resituarán los diferentes refritos de conservadurismo, de centrismo y hasta de neofascismo. Las formaciones partidarias tradicionales están demasiado entremezcladas con los diferentes engranajes estatales para desaparecer de un día para el otro de los sistemas de

democracia parlamentaria. Y esto a pesar de su evidente descrédito, que se traduce en una creciente desafección del electorado tanto como en una flagrante carencia de convicción por parte de los ciudadanos que aún votan. Las propuestas políticas, sociales y económicas escapan cada vez más a las justas electorales, reducidas las más de las veces a grandes maniobras masmediáticas. Una cierta forma de “política politiquera” parece llamada a borrarse ante un nuevo tipo de práctica social mejor adaptada a las cuestiones de terreno más locales tanto cuanto a los problemas planetarios de nuestra época.

Las masas de los países del Este se precipitaron en una suerte de caosmosis colectiva para liberarse del totalitarismo, para vivir de otra manera, fascinadas como lo estaban por los modelos occidentales. Pero poco a poco se va advirtiendo que el fracaso del “socialismo” es también un fracaso indirecto de los regímenes pretendidamente liberales que vivían en simbiosis —caliente o fría— con él desde hacía décadas. Fracaso en el sentido que el Capitalismo Mundial Integrado, si bien logró asegurar un crecimiento económico sostenido en la mayoría de sus ciudadelas —es verdad que al precio de devastaciones ecológicas considerables y de una temible segregación—, es no sólo incapaz de sacar a los países del tercer mundo de su empanzanamiento, sino que sólo podrá dar respuestas muy parciales a los problemas gigantescos que asaltan a los países del Este y a la U.R.S.S. y que no harán más que atizar difíciles pruebas interétnicas sangrientas cuyo final hoy no se avizora.

Una toma de conciencia ampliada, que desborde con mucho la influencia electoral de los partidos “Verdes”, debería

conducir en principio al cuestionamiento de la ideología de la producción por la producción, es decir, polarizada únicamente por el lucro en el contexto capitalista del sistema de precios y de un consumismo debilitador. El objetivo ya no sería simplemente tomar el control del poder de Estado, hasta aquí en manos de las burguesías y burocracias reinantes, sino determinar con precisión lo que se pretende instaurar a cambio. En este aspecto, dos temáticas complementarias me parecen merecedoras de ocupar el primer plano en los debates venideros sobre la recomposición de una cartografía progresista:

- la redefinición del Estado, o más bien de las funciones estatales, que son en realidad múltiples, heterogéneas y a menudo contradictorias;
- la desconstrucción del concepto de mercado y el recentramiento de las actividades económicas sobre la producción de subjetividad.

La burocratización, la esclerosis, el deslizamiento hacia el totalitarismo de las máquinas de Estado no involucran solamente a los países del Este sino también a las democracias occidentales y a los países del tercer mundo. La degeneración del poder de Estado, preconizada antaño por Rosa Luxemburgo y Lenin, tiene más actualidad que nunca. El movimiento comunista cayó en el descrédito –y en una medida menor le pasará también a la socialdemocracia– por haber sido incapaz de luchar de manera eficaz contra los males del estatismo en todos los ámbitos, en tanto que, a su turno, los partidos que reivindicaban esas ideologías pasaron a ser, con el correr del tiempo, una suerte de apéndices de los aparatos de Estado. Las cuestiones nacionalísticas resurgen en las peores condiciones subjetivas –nacionalismo, integrista, odios raciales...– porque no se

aportó ninguna respuesta federalista apropiada como alternativa a un internacionalismo abstracto y ficticio.

El mito neoliberal del mercado mundial ha adquirido en los últimos años un increíble poder de sugestión. Según él, bastaría que cualquier conjunto económico se someta a su ley para que de inmediato se disuelvan mágicamente sus problemas. Los estados africanos, que no logran insertarse en ese mercado, están condenados a vegetar económicamente y a mendigar la ayuda internacional. Un Estado como Brasil, en cuyo seno persiste la resistencia de los oprimidos, se encuentra desestabilizado en su relación con la economía mundial y a causa de la hiperinflación; mientras que países como Chile y la Argentina, que se sometieron a las exigencias monetaristas del FMI, sólo pudieron dominar su inflación y sanear sus finanzas sumiendo al 80% de su población en una miseria insondable.

De hecho, no existe mercado mundial hegemónico sino solamente mercados sectoriales correspondientes a otras tantas formaciones de poder. El mercado financiero, el mercado petrolero, los mercados inmobiliarios, el mercado de los armamentos, el mercado de la droga, el mercado de ONG (Organizaciones no Gubernamentales) [...] no poseen la misma estructura ni la misma textura ontológica. No se ajustan unos a otros sino a través de las relaciones de fuerza instauradas entre las formaciones de poder que los sustentan. Hoy salta ante nuestra vista una nueva formación de poder ecológico y, consecutivamente, una nueva industria ecológica está abriéndose espacio entre los otros mercados capitalísticos. Los sistemas de valorización heterogénicos –que contrabalancean la homogénesis capitalística–, antes que impugnar pasivamente los males del mercado mundial, tienen que instalar sus propias

formaciones de poder, que se afirmarán en el seno de nuevas relaciones de fuerza. Las conformaciones artísticas, por ejemplo, deberán organizarse para no ser entregadas de pies y manos a un mercado financiero, este mismo en simbiosis con el mercado de la droga. El mercado de la educación no puede permanecer en dependencia absoluta del mercado de Estado. Deberán inventarse mercados de valorización de una nueva calidad de la vida urbana, de una comunicación post-masmediática. Hacer estallar el absurdo de la hegemonía de la valorización capitalística del mercado mundial consiste, pues, en dar consistencia a los Universos de valores de las conformaciones sociales y de los Territorios existenciales que se atraviesan, por decirlo así, en la evolución implosiva a la que asistimos.

A fin de controvertir los enfoques reduccionistas de la subjetividad hemos propuesto un análisis de la complejidad a partir de un objeto ecosófico de cuatro dimensiones:

- de Flujos materiales, energéticos y semióticos;
- de *Phylums* maquínicos concretos y abstractos;
- de Universos de valor virtuales;
- de Territorios existenciales finitos.

El abordaje ecosistémico de los Flujos representaba ya una toma en consideración indispensable de las interacciones y retroacciones cibernéticas relativas a los organismos vivos y a las estructuras sociales. Pero se trata igualmente de tender un puente transversalista entre el conjunto de los estratos ontológicos que, cada uno por su parte, vienen caracterizados por una figura específica de la caosmosis. Pensamos aquí en los estratos visibilizados y actualizados de los Flujos materiales y ener-

géticos, en los estratos de la vida orgánica, en los del *Socius*, de la mecanosfera, pero también en los Universos incorporales de la música, de las idealidades matemáticas, en los Devenires de deseo... Transversalidad jamás dada como “ya-ahí”, sino siempre a conquistar mediante una pragmática de la existencia. En el seno de cada uno de estos estratos, de cada uno de estos Devenires y Universos, queda puesto en cuestión cierto metabolismo de lo infinito, una amenaza de trascendencia, una política de la inmanencia. Y para cada uno de ellos se requerirán cartografías esquizoanalíticas y ecosóficas que exigirán sacar a luz los componentes de enunciación parcial allí donde existan y sean desconocidos, y allí donde el cientificismo, los dogmatismos, las tecnocracias les impidan emerger. La caosmosis no presupone, pues, una composición invariante de las cuatro dimensiones ontológicas de Flujos, Territorios, Universos y *Phylums* maquínicos. Ella no tiene esquemas preestablecidos, como ocurre con las figuras universales de la catástrofe en la teoría de René Thom. Su representación cartográfica forma parte de un proceso de producción existencial sostenido en componentes de finitud territorializada, de irreversible encarnación, de singularidad procesual, de engendramiento de Universos de virtualidad no directamente localizables en el seno de coordenadas extrínsecas discursivas. Ellas vienen al ser a través de una heterogénesis ontológica y se afirman en el seno del mundo de las significaciones como ruptura de sentido y reiteración existencial. La posicionalidad de estos ritornelos en el mundo ordinario se efectuará, por ejemplo, como función derivada y a-significante de la narratividad mítica, literaria, fantasmática y... teórica.

Los discursos teóricos del marxismo y del freudismo, que se pretendían contruidos sobre un diagramatismo científico, sólo encontraron su afirmación social en la medida en que ellos mis-

mos catalizaban tales focos de subjetivación parcial. Nuestra propia tentativa de metamodelización de la enunciación, a partir de los Territorios existenciales y de los Universos incorpóreos, no escapa evidentemente a esa imposibilidad de su representación objetiva directa. Simplemente, nuestro ritornelo teórico se querría más desterritorializado que las representaciones corrientes del Inconsciente, de la estructura, del sistema... La captación de la dimensión no discursiva de la enunciación y la necesaria articulación entre la complejidad y el caos, nos incitaron a avanzar el concepto de una entidad preobjetal como elemento de la textura ontológica, transversal a los Flujos, *Phylums* maquínicos, Universos de valor y Territorios existenciales, debiendo concebirse entonces el ser desde una perspectiva multicomponencial e intensiva. La entidad animada por una velocidad infinita disuelve las categorías de tiempo, espacio, y con ello mismo la noción de velocidad. De su lentificación intensitaria se deducirán las categorías de objeto, de conjunto circunscrito y de subjetivación parcial. El pliegue cósmico de desterritorialización y el pliegue autopoietico de enunciación, con su interfaz de *grasping* existencial y de transmonadismo, implanta en el nódulo de la relación objeto-sujeto, y más acá de cualquier instancia de representación, una procesualidad creativa, una responsabilidad ontológica que anuda la libertad y su vértigo ético en el nódulo de las necesidades ecosistémicas.¹

Hablar de máquina más que de pulsión, de Flujo más que de libido, de Territorio existencial más que de instancias del

1. Sobre la obligación ética hacia una “progenie”, cf. Hans Jonas, *Le principe de responsabilité*, París, Cerf, 1991.

yo y de transferencia, de Universos incorporales más que de complejos inconscientes y de sublimación, de entidades caós-micas más que de significante; engastar circularmente dimensiones ontológicas antes que recortar el mundo en infraestructura y superestructura: ¡quizás esto no sea únicamente cuestión de vocabulario! Los instrumentos conceptuales abren y cierran campos de posible, catalizan Universos de virtualidad. Sus repercusiones pragmáticas suelen ser imprevisibles, lejanas, diferidas. ¡Quién puede saber qué tomarán de ello otros, para otros empleos, a qué bifurcaciones podrán contribuir!

La actividad de cartografía y de metamodelización ecosófica, donde el ser deviene objeto último de una heterogénesis bajo la égida de un nuevo paradigma estético, debería hacerse, por lo tanto, a la vez más modesta y más audaz que las producciones conceptuales a que nos ha acostumbrado la Universalidad. Más modesta, porque deberá renunciar a cualquier pretensión de perennidad, a todo asiento científico inamovible, y más audaz para ser parte asumida y parte activa en la extraordinaria carrera de velocidad que se juega actualmente entre las mutaciones maquínicas y su “capitalización” subjetiva. El compromiso en prácticas sociales, estéticas y analíticas innovadoras es así correlativo de un franqueamiento del umbral de intensidad de la imaginación especulativa, proveniente no sólo de los teóricos especializados sino también de las conformaciones de enunciación confrontadas con la transversalidad caós-mica propia de la complejidad de los objetos ecosóficos. Y el deslinde de opciones ético-políticas relativas tanto a los aspectos microscópicos de la psique y del *socius* cuanto al destino global de la biosfera y la mecanosfera, reclama hoy un cuestionamiento permanente de los fundamentos ontológicos de los modos de valorización existentes en todos los dominios.

Esta actividad cartográfica podrá encarnarse de múltiples

maneras. Una prefiguración deformada nos la suministra la sesión de psicoanálisis o de terapia familiar, las reuniones del análisis institucional, las prácticas de red, los colectivos socio-profesionales o barriales... El rasgo común a todas estas prácticas parece ser el de la expresión verbal. En el presente, el psiquismo, la pareja, la familia, la vida del vecindario, la escuela, la relación con el tiempo, con el espacio, con la vida animal, con los sonidos, con las formas plásticas: todo debería ser puesto en posición de ser hablado. Sin embargo, el enfoque ecosófico (o esquizoanalítico) no se limitará al mero nivel de la expresión verbal. La palabra sigue siendo, indudablemente, un medio esencial; pero no es el único; todo lo que cortocircuita las cadenas significacionales, las posturas, los rasgos de la fisonomía, las conformaciones espaciales, los ritmos, las producciones semióticas a-significantes (relativas por ejemplo a los intercambios monetarios), las producciones maquínicas de signo, puede verse implicado en este tipo de conformación analítica. La palabra misma –nunca lo recalcaré demasiado– no interviene aquí sino por su condición de soporte de ritornos existenciales.

Así, pues, la finalidad primera de la cartografía ecosófica no será significar y comunicar, sino producir conformaciones de enunciación aptas para captar los puntos de singularidad de una situación. Visto así, reuniones de carácter político o cultural tendrán vocación para hacerse analíticas e, inversamente, el trabajo psicoanalítico será llamado a incluirse en múltiples registros micropolíticos. La ruptura de sentido, el disenso, por las mismas razones que el síntoma para el freudismo, pasan a ser entonces una materia prima privilegiada. Los “problemas personales” deberán poder irrumpir en la escena privada o pública de la enunciación ecosófica. En este aspecto, es llamativo constatar lo incapaz que se reveló hasta ahora el movimien-

to ecológico francés, en sus diversos componentes, para hacer vivir instancias de base. Se aplicó por entero a un discurso de carácter ambiental o político. Si se interpela a los ecologistas por lo que han previsto hacer para ayudar a los mendigos de su barrio, contestan por lo general que esto no es de su incumbencia. Si se les pregunta cómo piensan salir de sus prácticas grupusculares y de cierto dogmatismo, muchos de ellos reconocen la legitimidad de la pregunta pero les resulta harto engorroso aportar soluciones. Mientras que, en verdad, el problema hoy ya no es, para ellos, situarse a igual distancia de la izquierda y la derecha, sino contribuir a reinventar una polaridad progresista, refundar la política sobre otras bases, rearticular transversalmente lo público y lo privado, lo social, lo ambiental y lo mental. Para tomar esta dirección deberán experimentarse nuevos tipos de instancias de concertación, de análisis, de organización; quizá primero a pequeña escala y después en términos más amplios. Si el movimiento ecologista, que hoy se presenta en Francia bajo una luz sumamente prometedora, no se aboca a esta labor de recomposición de instancias militantes (en un sentido totalmente nuevo, es decir, de conformaciones colectivas de subjetivación), entonces no cabe la menor duda de que perderá el capital de confianza de que se lo ha investido y los aspectos técnicos y asociativos de la ecología serán recuperados por los partidos tradicionales, el poder de Estado y el *eco-business*. El movimiento ecológico debería, pues, a mi entender, preocuparse de modo prioritario por su propia ecología social y mental.

En Francia, era tradicional que se invistiera a ciertos intelectuales líderes con la misión de guías de la opinión. Pero esta etapa parece felizmente superada. Tras haber conocido el reino de los intelectuales de la trascendencia –los profetas del existencialismo, los “orgánicos” (en el sentido de Gramsci) de

la gran época militante y después, más próximos a nosotros, los pregoneros de la “generación moral”—, tal vez llegaremos a valorar una inmanencia de la intelectualidad colectiva, la que compenetra el mundo de los enseñantes, de los trabajadores sociales, de los sectores técnicos de toda índole. Demasiado a menudo, la promoción de intelectuales guías por los medios masivos y las editoriales tuvo el efecto de inhibir la inventividad de las Conformaciones colectivas de intelectualidad, que nada ganan con semejante sistema de representatividad. La creatividad intelectual y artística, lo mismo que las nuevas prácticas sociales, tienen que conquistar una afirmación democrática que preserve su especificidad y su derecho a la singularidad. Siendo así, los intelectuales y artistas no tienen nada que enseñarle a nadie. Para tomar una imagen que presenté hace tiempo, ellos confeccionan cajas de herramientas compuestas de conceptos, perceptos y afectos, de las que diversos públicos harán uso a su conveniencia. En cuanto a la moral, hay que admitir que no existe ninguna pedagogía de los valores. Los Universos de lo bello, de lo verdadero y del bien son inseparables de prácticas de expresión territorializadas. Los valores sólo cobran alcance de apariencia universal en la medida en que son portados por Territorios de práctica, de experiencia, de potencia intensiva que los transversalizan. Los valores, justamente por no estar fijados a un cielo de Ideas trascendentes, pueden también implotar, amarrarse a estasis caósmicas catastróficas. Le Pen pasó a ser un objeto prevalente de la libido colectiva —para elegirlo o para rechazarlo— debido a su habilidad para ocupar la escena de los medios, pero también principalmente en razón del hundimiento de los Territorios existenciales de la subjetividad de lo que llaman la izquierda, de la pérdida progresiva de sus valores heterogenéticos relativos al internacionalismo, al antirracismo, a la solidaridad, a prácticas

sociales innovadoras... Sea como fuere, no debería llamarse más a los intelectuales para que se erijan en maestros del pensamiento o en dadores de lecciones de moral, sino para trabajar, así fuese en la soledad más extrema, para poner en circulación instrumentos de transversalidad.

Las cartografías artísticas fueron siempre un elemento esencial en la armadura de toda sociedad. Pero desde que corporaciones especializadas las pusieron en práctica, pudieron aparecer como un punto accesorio, como un suplemento de alma, como una frágil superestructura cuya muerte se anuncia regularmente. Y, sin embargo, de las grutas de Lascaux a Soho, pasando por la eclosión de las catedrales, no cesaron de constituir una apuesta vital para la cristalización de las subjetividades individuales y colectivas.

Estructurado en el *socius*, el arte, sin embargo, se sostiene sólo de sí mismo. Es que cada obra producida posee una doble finalidad: insertarse en una red social que se la apropie o la rechace, y celebrar, una vez más, el Universo del arte en cuanto precisamente está en constante peligro de derrumbe.

Lo que le confiere esta perennidad en eclipse es su función de ruptura con las formas y significaciones que rigen trivialmente en el campo social. El artista, y en términos más generales la percepción estética, desprenden, desterritorializan un segmento de lo real haciéndole jugar un papel de enunciador parcial. El arte confiere una función de sentido y de alteridad a un subconjunto del mundo percibido. Este tomar la palabra casi animista de la obra tiene la consecuencia de modificar la subjetividad tanto del artista como de su "consumidor". Se trata, en suma, de rarificar una enunciación excesivamente proclive a ahogarse en una serialidad identificatoria que la infan-

tiliza y la aniquila. La obra de arte, para quienes disponen de su uso, es una empresa de desencuadramiento, de ruptura de sentido, de proliferación barroca o de empobrecimiento extremo, que conduce al sujeto a una recreación y una reinención de sí mismo. Sobre ella, un nuevo apuntalamiento existencial oscilará según un doble registro de reterritorialización (función de ritornelo) y de resingularización. El acontecimiento de su encuentro puede fechar irreversiblemente el curso de una existencia y generar campos de posible “alejados de los equilibrios” de la cotidianidad.

Vistas desde el ángulo de esta función existencial –es decir, en ruptura de significación y de denotación–, las categorizaciones estéticas ordinarias pierden mucho de su pertinencia. ¡Poco importan la referencia a la “figuración libre”, la “abstracción” o el “conceptualismo”! Lo importante es saber si una obra concurre efectivamente a una producción mutante de enunciación. La focal de la actividad artística es ahora y siempre una plusvalía de la subjetividad o, en otros términos, el revelamiento de una neguentropía en el seno de la banalidad del entorno; mientras que la consistencia de la subjetividad no se mantiene sino renovándose por el sesgo de una resingularización mínima, individual o colectiva.

Sin embargo, el auge del consumo artístico al que asistimos en los últimos años debería ser vinculado a la uniformización creciente de la vida de los individuos en un contexto urbano. Hay que señalar que la función casi vitamínica de ese consumo artístico no es unívoca. Puede seguir una dirección paralela a dicha uniformización, como puede cumplir un papel de

operador de bifurcación de la subjetividad (ambivalencia particularmente manifiesta en el alcance de la cultura rock). Con este dilema tropieza cada artista: ir en el “sentido del viento”, como lo preconizaron, por ejemplo, la Transvanguardia y los apóstoles del posmodernismo, o bien obrar por la renovación de prácticas estéticas tomadas en relevo por otros segmentos innovadores del *Socius*, a riesgo de chocar con la incompreensión y el aislamiento por parte del gran número.

Sin duda, no es para nada obvio pretender sostener juntas la singularidad de la creación y potenciales mutaciones sociales. Y preciso es admitir que el *Socius* contemporáneo no se presta casi a la experimentación de esta especie de transversalidad estética y ético-política. Ello no obsta a que la inmensa crisis que barre el planeta, el desempleo crónico, las devastaciones ecológicas, el desarreglo de los modos de valorización fundado únicamente en el lucro o en la ayuda estatal, abren el campo a un posicionamiento diferente de los componentes estéticos. ¡No se trata solamente de llenar, en casas de la cultura, el tiempo libre de los desocupados y “marginalizados”! De hecho, la producción misma de las ciencias, de las técnicas y de las relaciones sociales será llevada a derivar hacia paradigmas estéticos. Básteme aquí remitir al último libro de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, donde mencionan la necesidad de introducir en física un “elemento narrativo” indispensable para una verdadera concepción de la evolución.²

Nuestras sociedades están hoy entre la espada y la pared y

2. “Para los hombres de hoy, el ‘Big Bang’ y la evolución del Universo forman parte del mundo por las mismas razones que, ayer, los mitos de origen”, en *Entre le temps et l’éternité*, París, Fayard, 1988, pág. 65.

si quieren sobrevivir deberán desarrollar cada vez más la investigación, la innovación y la creación. Otras tantas dimensiones que implican tomar en cuenta las técnicas de ruptura y sutura propiamente estéticas. Algo se desprende y se pone a trabajar por su propia cuenta, tanto como por la nuestra, si estamos en condiciones de “aglomerarnos” a un proceso semejante. Este cuestionamiento concierne a todos los dominios institucionales, por ejemplo la escuela. ¿Cómo hacer vivir una clase escolar como una obra de arte? ¿Cuáles son las vías posibles de su singularización, fuente de “toma de existencia” de los niños que la componen?³ Y en el registro de lo que en otro tiempo llamé “revoluciones moleculares”, el tercer mundo alberga tesoros que merecerían ser explorados.⁴

Un rechazo sistemático de la subjetividad, en nombre de una mítica objetividad científica, continúa reinando en la Universidad. En la bella época del estructuralismo el sujeto se vio metódicamente expulsado de sus materias de expresión múltiples y heterogéneas. Es hora de reexaminar lo que ocurre con las producciones maquínicas de imagen, de signo de inteligencia artificial, etc., como nuevo material de la subjetividad. En la Edad Media, el arte y las técnicas hallaban refugio en los conventos que habían logrado subsistir. Hoy, son tal vez los

3. En la línea de la pedagogía institucional, consultar, entre muchos otros trabajos, el de René Laffitte: *Une journée dans une classe coopérative: le désir retrouvé*, París, Syros, 1985.

4. Sobre las redes de solidaridad subsistentes entre los “vencidos” de la modernidad en el tercer mundo: Serge Latouche, *La Planète des naufragés. Essai sur l'après développement*, París, La Découverte, 1991.

artistas quienes constituyen las últimas líneas de repliegue de cuestiones existenciales primordiales. ¿Cómo acondicionar nuevos campos de posible? ¿Cómo disponer los sonidos y formas de modo que la subjetividad que les es adyacente siga en movimiento, es decir, realmente con vida?

La subjetividad contemporánea no tiene vocación de vivir indefinidamente bajo el régimen de repliegue sobre sí misma, de la infantilización masmediática, del desconocimiento de la diferencia y la alteridad en el dominio humano tanto como en el registro cósmico. Sus modos de subjetivación no saldrán de su “cerco” homogenético salvo que aparezcan a su alcance objetivos creadores. Aquí se trata de la finalidad de las actividades humanas en su conjunto. Más allá de las reivindicaciones materiales y políticas, emerge la aspiración a una reapropiación individual y colectiva de la producción de subjetividad. La heterogénesis ontológica de los valores, por ejemplo, está en trance de devenir el nudo de las apuestas políticas que dejan escapar hoy lo local, la relación inmediata, el entorno, la reconstrucción del tejido social y la fuerza existencial del arte... Y al término de una lenta recomposición de las conformaciones de subjetivación, las exploraciones caósmicas de una ecosofía, que articulan entre sí las ecologías científica, política, ambiental y mental, deberán poder aspirar a sustituir a las viejas ideologías que sectorizaban de manera abusiva lo social, lo privado y lo civil, y que eran intrínsecamente incapaces de establecer junturas transversales entre lo político, lo ético y lo estético.

¡Quede claro, con todo, que no preconizamos en absoluto una estetización del *Socius*, porque, después de todo, la promoción de un nuevo paradigma estético está llamada a trastornar tanto las formas de arte actuales como las de la vida social! Yo tiendo la mano hacia el futuro. Según que, a mi

entender, todo esté jugado de antemano o que haya que reemprenderlo todo, que el mundo pueda ser reconstruido a partir de otros Universos de valor, que otros Territorios existenciales deban ser contruidos con este fin, mi actitud estará teñida de una seguridad mecánica o de una incertidumbre creadora. Las grandes pruebas por las que atraviesa el planeta, como la asfixia de su atmósfera, implican un cambio de producción, de modo de vida y de ejes de valor. El empuje demográfico, que dentro de pocos decenios multiplicará por tres la población de América latina y por cinco la de África,⁵ no responde a una inexorable maldición biológica. Su clave está en los factores económicos, es decir de poder, y en última instancia subjetivos, factores culturales, sociales, masmediáticos. El futuro del tercer mundo descansa primeramente sobre su capacidad para reaprehender sus propios procesos de subjetivación en el contexto de un tejido social en vías de desertificación. (En Brasil, por ejemplo, vemos coexistir un capitalismo de *Far West*, una violencia salvaje de las bandas y la policía, con interesantes ensayos de recomposición de las prácticas sociales y urbanísticas en el movimiento del Partido de los Trabajadores.)

En las brumas y miasmas que oscurecen nuestro fin de milenio, la cuestión de la subjetividad retorna hoy como un leitmotiv. Lo mismo que el aire y el agua, ella no es un dato natural. ¿Cómo producirla, captarla, enriquecerla, reinventarla permanentemente para hacerla compatible con Universos de

5. Jacques Vallin (del INED), *Transversales Science/Culture*, 29, rue Marsoulan -75012 París, n° 9, junio de 1991. *La population mondiale, la population française*, París, La Découverte, 1991.

valores mutantes? ¿Cómo trabajar para su liberación, es decir, para su resingularización? El psicoanálisis, el análisis institucional, el cine, la literatura, la poesía, las pedagogías innovadoras, los urbanismos y arquitecturas creadores... todas las disciplinas tendrán que conjugar su creatividad para conjurar las situaciones de barbarie, de implosión mental, de espasmo caótico que se perfilan en el horizonte, y para transformarlas en riquezas y goces imprevisibles cuyas promesas son, a fin de cuentas, igualmente tangibles.

OTROS TÍTULOS

Felix Guattari
Cartografías esquizoanalíticas

Loïc Wacquant
Cárceles de la miseria

Loïc Wacquant
Parias urbanos

François Dupuy
*La fatiga de las elites:
el capitalismo y sus ejecutivos*

Alain Badiou
El siglo

Alain Badiou
El ser y el acontecimiento

Alain Badiou
*Deleuze.
El clamor del ser*

Robert Castel
La inseguridad social
¿Qué es estar protegido?

Pierre Bourdieu
Las estructuras sociales de la economía

Charles Tilly
La desigualdad persistente

Roberto Mangabeira Unger
La democracia realizada.
La alternativa progresista

Homi Bhabha
El lugar de la cultura

Raymond Willians
La política del modernismo.
Contra los nuevos conformistas

Fredric Jameson
El giro cultural.
Escritos seleccionados sobre
el posmodernismo (1983-1998)

Giulia Sissa
El placer y el mal.
Filosofía de la droga

Roger Chartier
Escribir las prácticas.
Foucault, de Certeau, Marin

Evelyn Fox Keller
Lenguaje y vida.
Metáforas de la biología en el siglo XX

Régis Debray
El Estado seductor.
Las revoluciones mediológicas del poder

Régis Debray
El arcaísmo posmoderno.
Lo religioso en la aldea global

Régis Debray
Transmitir

Paul Virilio
El arte del motor.
Aceleración y realidad virtual

Paul Virilio
La velocidad de liberación

Jacques Derrida
*Introducción a "El origen de la
geometría" de Husserl*

Impresos 1000 ejemplares en abril de 2010 en
Talleres Gráficos Leograf SRL,
Rucci 408, Valentín Alsina, Argentina
impresionesleograf@speedy.com.ar

En las brumas y miasmas que oscurecen nuestro fin de milenio, la cuestión de la subjetividad retorna hoy como un *leitmotiv*. Lo mismo que el aire y el agua, ella no es un dato natural. ¿Cómo producirla, captarla, enriquecerla, reinventarla permanentemente para hacerla compatible con Universos de valores mutantes? ¿Cómo trabajar para su liberación, es decir, para su re-singularización? El psicoanálisis, el análisis institucional, el cine, la literatura, la poesía, las pedagogías innovadoras, los urbanismos y arquitecturas creadores... todas las disciplinas tendrán que conjugar su creatividad para conjurar las situaciones de barbarie, de implosión mental, de espasmo cósmico que se perfilan en el horizonte, y para transformarlas en riquezas y goces imprevisibles cuyas promesas son, a fin de cuentas, igualmente tangibles.



9 789875 000063